

el Museo Nacional y es trabajado por Don Antonio Salas, antiguo pintor quiteño y tronco de una distinguida familia de artistas.

Estas nuestras apreciaciones respecto de la fachada del Hospital las expusimos al Profesor Don Antonio Jaén Morente, quien nos ha elegido inmerecidamente para que en las clases prácticas de Historia del Arte que tienen lugar los sábados de cada semana, a las tres de la tarde, en los templos de la ciudad, diéramos a conocer nuestras impresiones.

El Profesor Jaén Morente con su espiritualidad del Greco, con su fantasía caldeada en la fragua arabesca de las Mil y Una Noches y con su gran sentido crítico procedente del enorme acopio de cultura artística que recibiera como el mejor legado de su ilustre ascendencia de Córdoba y que la explota hábilmente en beneficio de la educación estética de las juventudes españolas y americanas, después de hacernos repetir varias veces nuestras observaciones, expresó: sus puntos de vista concuerdan con los nuestros; más escasamente percibimos en las sobrias decoraciones medio platerescas de esta fachada los aderezos del fastuoso barroquismo que, con sus audaces lineamentos y su gran fuerza de espíritu, conspiró contra el orden clásico apoyado por la contrarreforma y vino imperativamente a ocupar su trono con sus atrevidas y hermosas libertades constructivas y ornamentales impregnadas de substanciosos aromas de misticismo y espiritualidad. Cuanto al pequeño atrio, reúne las características de las iglesias españolas.

El Sr. Heiman, Profesor de Economía Política en una de las Universidades de Alemania, admirador del Profesor Jaén Morente, con su alma beethoveana y su cabeza abriantada por los muchos años de consagración al estudio, se da modos con sus ademanes y su español alemanizado o alemán españolizado, de exteriorizar también sus emociones. El Paleógrafo del Archivo y del Museo Nacionales Sr. Rafael Euclides Silva se permite asimismo, a través de sus espesos anteojos y combado mirar, hacer algunas indicaciones. El retratista Sr. Jorge Humberto Garrido, bastante práctico en su ramo y compañero inseparable en nuestras exploraciones artísticas, emite atinadamente sus opiniones en el examen de las obras de arte. Y, finalmente los estudiantes y discípulos del Profesor Jaén Morente; con la facultad que tienen de expresar libremente sus observaciones en las clases prácticas, no dejan de contribuir a vencer las asperezas que imposibilitan nuestras faenas estéticas.

Con este valioso concurso de elementos de análogas tendencias artísticas, las clases son evocadoras y plenas de unción mística y espiritualidad. Mentalmente se traslada uno a los Ateneos de la antigua Grecia, en los cuales Maestros y discípulos, cortesanos y cortesanas en íntima comunión espiritual se fortalecían con los substanciosos y riquísimos manjares de Estética y de Filosofía que mutuamente se ofrecían y con el examen de los templos de las divinidades paganas y del ceremonial y misterioso artificio de sus sacerdotes.

En estos cursos prácticos hemos creído, varias veces, percibir los aromas de otros tiempos y aún gozar de las gratas emociones de la mocedad en que la fantasía no está teñida con la negrura de lo trágico ni el corazón horadado por agudos dolores. Pero a la memoria de aquella época los ojos sobrenadan en un océano de lágrimas formado por el encuentro brusco de sensaciones contrapuestas y el alma atraviesa por una serie de

fenómenos psíquicos que la desalojan de sus elevados dominios para aprisionarla en los umbrosos senos de la subconciencia, en ese estado de adormecimiento absoluto.

Seducidos por las emociones subjetivas de la época, en la que nos imaginamos vivir mentalmente, creemos estar discutiendo fervorosamente sobre las teorías estéticas y filosóficas de los autores de nuestra predilección y que constituían nuestro alimento espiritual.

Creemos disfrutar de los fervores e inquietudes de la mocedad en la que hasta las penalidades y molestias; las sacudidas angustias de la suerte están tocadas de claridades de luna o de crepúsculos de aurora. Creemos estar sesionando los viernes por la noche en el saloncillo que la Jurídico-Literaria tenía en la antigua Universidad Central, antes de que fuese vandálicamente demolida. ¡Qué sesiones y conferencias; qué derroche de erudición y cultura!

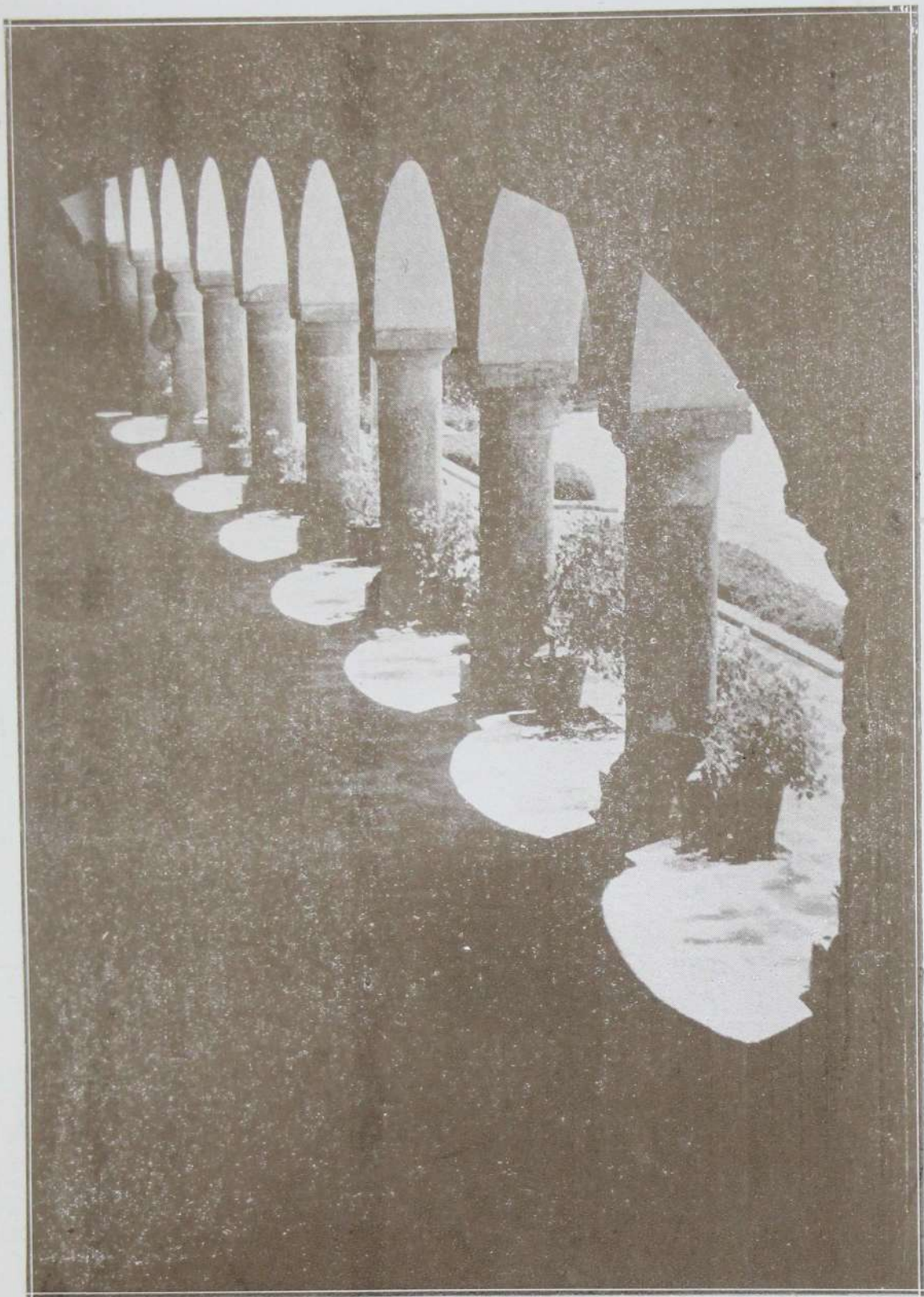
Cuando ese grupo de almas bellas y dilectas celebraba una fiesta o despedía a un compañero que partía al exterior, solía trasladarse a una mansión de recreo en sumo grado pintoresca, denominada El Placer, hoy Normal Juan Montalvo. A imitación del Banquete de los Filósofos o del Epicureísmo de Gouyeau, en esa fiesta espiritual y epicúrea se deslizaban entre explosiones de alegría y risa los chistes agudos y alerosos que brotaban espontáneos como burbujas de vino generoso. En aquellas reuniones festivas si se atendía al organismo con opíparas viandas y licores espumantes también se confortaba el espíritu con exquisitas controversias filosóficas, literarias y artísticas.

Con nostalgia recordamos de aquellos tiempos idos y de nuestros entrañables compañeros desaparecidos. En la soledad en que nos encontramos, distanciados unos de otros en fuerza del rudo batallar por la existencia, nos vemos movidos en determinados momentos a hacer nuestras las célebres coplas de Jorge Manrique. De los veintiocho socios de que se componía esa célebre Asamblea han desaparecido: Tobar y Borgoño, Belisario Quevedo, Aníbal Viteri L., Manuel María Sánchez, Francisco Pérez Borja, Trajano Mera, Eduardo Mera, Alejandro Mosquera, Agustín Cueva, Aurelio Román, Ramón Ojeda, Hugo Borja y César Arroyo. Hoy, apenas sobreviven catorce que se encuentran fuera de ese Centro y añorando esa época de un vivir de intensa espiritualidad y sólida cultura y dignificación moral.

*
* *

En el momento de estar haciendo nuestras anotaciones en el templo para la clase práctica que debía efectuarse al siguiente día, de súbito fuimos sorprendidos por el Doctor Espinosa, Director del Hospital de San Juan de Dios, quien venía acompañado del Médico Dr. Lazo para indicarle las joyas artísticas que guardaba aquella Iglesia.

Apróximándose a nosotros con verdadero entusiasmo decía me solazo, siento indecible alegría al contemplar cada uno de estos retablos en los cuales se perciben las palpitations de los grandes artistas que ejecutaron estas obras, dignas de figurar con lucimiento en los Museos de Europa. Por eso, cuantas veces me permiten mis ocupaciones vengo



Claustro colonial de "El Tejar" (Arte colonial.)

acompañado de otras personas para que gocen, igualmente, conmigo de estas admirables manifestaciones artísticas. Bien quisiera vivir de manera permanente en esta mansión de celestial belleza; pero mis deleitables anhelos se comparten con el Hospital que está contiguo a este tesoro artístico, el que asimismo contiene parajes de amenidad virgiliana capaces de espiritualizar al mismo naturalista Haekel.

Véngase Ud. una mañana, a las nueve, para conducirme; y se deleitará con su delicada alma de artista ante aquellos románticos lugares impregnados de espiritualidad y misticismo que convidan a la meditación y el recogimiento y sensibilizan a los mismos fanáticos discípulos de Zenón que se jactan de su extremada insensibilidad de espíritu. Yo, de Médico y Director de este Hospital, vivo lleno de gozo; pero si imperiosas necesidades domésticas no reclamaran mi presencia, preferiría mantenerme en este retiro que es el más apropiado a mi temperamento. Pienso escribir la monografía de este Hospital que tiene el altísimo honor de ser el Decano en América; pues cuenta con 375 años de existencia, ya que fué fundado el 9 de marzo de 1565 por el Presidente de la Real Audiencia de Quito, Don Hernando de Santillán. Desgraciadamente, las escasas rentas embargaron su florecimiento y vinieron a provocar su decadencia; mas con los religiosos Betlenitas traídos de Lima por el Presidente de la Audiencia Don Francisco López de Castillo cobró el Hospital vigoroso impulso y prestó atención a nuevos servicios, mediante la actividad desplegada por estos religiosos para recolectar fuertes limosnas.

Hacia el 6 de enero del año de 1706 se hicieron cargo los Betlemitas de esta casa de Caridad y Consuelo y fueron ellos quienes construyeron nuevas dependencias, la hermosa Iglesia y los dos claustros, de los cuales se desprenden emanaciones de virginal pureza como si hubiesen sido los lugares preferidos para su retiro y penitencia por la Beata Mariana de Jesús.

Comunmente se creía que con las proyecciones sísmicas del terrible terremoto de Ibarra vinieron al suelo el abovedamiento del templo y una parte de la torre. Carece de fundamento esta especie; pues de documentos aparece que el año de 1779 se interrumpieron los trabajos, quedando en el estado en que se encuentran hasta hoy el artesonado y la torre. Hoy, gracias al fervoroso entusiasmo y actividad de la inteligente y meritísima Superiora Sor Margarita se está restituyendo a su anterior estado el artístico altar mayor bajo la hábil dirección del Dr. José Gabriel Navarro. Piensa llevar a término la emprendedora Religiosa el abovedamiento del templo y otras obras con las cuales quedaría artísticamente acabada esta joya digna de la orfebrería de la afamada Escuela quiteña.

Desgraciadamente, sus nobles miras tropiezan con dificultades económicas que apagan las más bellas iniciativas. Las restauraciones actuales han podido realizarse mediante el auxilio efectivo de la Asistencia Pública y del Ilustre Concejo Municipal. Ojalá estas Corporaciones continúen prestando su valiosa protección.

*
* *

Como soñador, no obstante las apartadas zonas en las que me impone actuar mi profesión de médico, sustento proyectos que, en concepto de la mayoría prosaica y práctica, son tenidos por febriles devaneos. Sí, en

suelos constantemente removidos por las intemperancias políticas tropicales difícilmente reciben amparo aquellas entidades que tienen por objetivo el expresar las diferentes formas de la belleza en el arte. Con dificultad son bien miradas aquellas entidades que tienen por altísima misión el difundir la cultura y el abrillantar artísticamente los sentimientos de las juventudes.

Volubles y fogosos por temperamento y con descomposiciones éticas que recrudecerían la locura de Hamlet; el temor a la caída; el miedo cerval al ridículo; el recelo de la difamación que se mantienen como idea fija en la mente de los Gobiernos, les mueven a éstos a fortalecer el ejército y llenar de manera preferente sus necesidades y exigencias, a fin de poder convivir pacíficamente. He ahí la razón fundamental para que ideales culturales floten sin cristalizarse en la fantasía y para que, Entidades como el Museo y el Archivo Nacionales, exponentes por medio de los cuales se valoriza el nivel de la cultura de un pueblo, sean relegados y su sostenimiento calificado de superfluo por los elementos financistas, que se denominan irónicamente prácticos.

Llegó el momento, distinguido amigo mío, de que le declare mis propósitos. Quisiera que el Gobierno en este Hospital de arcaica fisonomía claustral y bajo mil conceptos adorable de esta ciudad estableciera el Museo y el Archivo Nacionales; pues, estuvieran espléndidamente acomodados en sus amplias salas y anchurosos corredores. Entonces vendrían junto con la artística Iglesia a formar un hermoso conjunto que impresionaran gratamente a visitantes y turistas; en la otra parte ruínosa y extensa que se encuentra situada en la Carrera Rocafuerte, levantar un hermoso Hospital de emergencia de cinco pisos, que reuniera todas las condiciones modernas y sea digno de la Capital de la República.

Estos son mis sueños, mis delirios, y deseara seguir largamente desvariando sobre sus beneficiosos efectos culturales y humanitarios; mas los enfermos reclaman mi presencia y paso por el pesar de despedirme de Ud.

Sorprendiéndome, efectivamente, encontrar un alma espiritual en temperamentos indiferentes, tan acostumbrados a oír los lastimeros quejidos de los enfermos y a presenciar las terribles convulsiones de los moribundos que se debaten entre la desesperación de vivir y el temor a la muerte, el temor a lo desconocido, a lo de más allá que constituye el eterno misterio ante el cual se estremecen los mismos naturalistas.

En médicos, de constitución delicada y artística como la del Dr. Eduardo Espinosa, Director del Hospital de San Juan de Dios descuellan entre nosotros: el Dr. Francisco Coussin, que se educó en ese ambiente de amor a las obras de arte que supo despertar en él su padre, inteligente coleccionador de magníficas pinturas; el Dr. Gabriel Araujo que tuvo la suerte de recibir en herencia las tendencias artísticas de su padre, el Coronel Araujo, que fué uno de los aventajados discípulos de Cadena; pues, su cuadro al óleo de la muerte del Presidente García Moreno es de un barroquismo técnico vigoroso, que hace la impresión de haber trasladado al lienzo con las sangrantes heridas la víctima de aquel trágico acontecimiento. El Dr. Araujo rindió preferente culto al Profesor Casadío, aventajado Maestro italiano, con primorosa alma de niño y uno de los magníficos artistas que contribuyó eficazmente a la educación estética de la juventud. Con la misma maestría cincelaba el mármol como extendía

con el pincel los colores sobre el lienzo. Las pinturas de Casadio que posee el Dr. Araujo demuestran por la expresión arrogante y vigorosa la famosa escuela artística italiana en la que se educó. Por otro joven artista, por el cual tuvo veneración el Dr. Araujo fué por Paul Barparisiense, que estuvo de Profesor de Pintura decorativa hace años en la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad. Fué el iniciador de este género antes desconocido entre nosotros. Supo con inteligencia despertar la originalidad de sus discípulos, haciéndoles que tomaran cualquier motivo de la naturaleza para que lo desarrollaran con arreglo a su ingenio y manera de sentir. Los lienzos de Bar que conserva el Dr. Araujo son de un impresionismo demasiado atrevido que no encuentra aclimatación todavía entre nosotros, a pesar de la ponderación y esfuerzos de sus fanáticos propagadores.

*
* *

En cuanto se penetra al templo del Hospital, insensiblemente se traslada uno con la mente a la época del reino de la raza espiritual y soñadora, que hizo de Córdoba y de Granada asientos de sus famosas dinastías.

Aquellos festones de ensueños artísticos que se entrecruzan por aquella mansión consagrada al culto producen narcotismo y al despertar se apodera del alma un hondo sentimiento de religiosidad y misticismo y de amor a lo bello, que se cree, en verdad, vivir en una atmósfera de celestial espiritualidad.

El altar Mayor junto con los ocho retablos distribuidos a uno y otro costado del cuerpo de la iglesia forman un concierto de sinfonía: un conjunto orquestal de instrumentos de cuerda que deleitan con sus lejanas melodías. Por escéptico e indiferente que fuere el espíritu que contemple este armonioso conjunto artístico de los orfebres quiteños, legítimos herederos de la portentosa fantasía soñadora mudéjar, se vería forzado a obedecer a estímulos de honda religiosidad y misticismo. Hasta el filósofo materialista, que tiene la convicción firme de que al término de la vida desaparecen los mismos fenómenos biológicos y psíquicos, ante la concurrencia de estas bellas manifestaciones del ingenio artístico, forzosamente se siente místico y cree en la supervivencia espiritual, en el vivir supra - terrestre.

Los mismos orfebres que ejecutaron con tanto ingenio la capilla de la Virgen del Rosario de Santo Domingo se han esmerado en producir otra joya que rivaliza en ritmos y acordes con aquella. Efectivamente, esa musical combinación del rojo con el dorado comunica a estos retablos un sabor de clásico americanismo con aliños y brillantaciones orientales.

Los retablos, no obstante obedecer a diferentes estilos arquitectónicos y ornamentales, cada par, de frente a frente, son de idénticas características en sus adornos y lineamientos, en su dibujo y tallados y en sus caprichosas estilizaciones que semejan magníficos ropajes estampados sultanescos. ¡Cuánta poesía; cuánta espiritualidad; cuánto raudal de emotividades dejaron los artistas criollos en todos estos retablos brotados de su fantasía! En cada una de las hornacinas magníficamente decoradas; en cada una de las piezas ornamentales vibran sus sustancias vitales. Las

obras de arte por lo mismo que son el resultado maravilloso de los esfuerzos y vitalidad espiritual de un pueblo, contienen su substratum psicológico y son la historia viviente de su cultura y civilización, y del grado de sus sentimientos religiosos.

Al fijar la atención en el púlpito, que figura entre los suntuosamente decorados de las iglesias de la ciudad, sorprendiéndome encontrar la Imagen de la predilección de Legarda que me daba la clave de la dirección artística de aquella joya. Desde lo alto, con melodiosa elocuencia está revelando que el caudillo de aquella pujante pléyade de artistas de fecunda imaginación creadora en el inspirado autor de la Inmaculada, en cuya imagen acertó a dar un movimiento realista de excelsa vitalidad, que conmovió a los mismos imagineros consagrados del viejo mundo.

En lugar preferente de la cátedra que respalda al orador se encuentra ocupando el centro esta bella estatua como para demostrar que las inspiraciones dogmáticas que recibe del Espíritu Santo, que aletea en forma de paloma en el ático de la parte posterior del púlpito, están fortalecidas por el poderío espiritual, por el atractivo de la pureza que encarna la Madre del Supremo Regenerador de la humanidad adolorida.

Sospecho no estar muy desorientado al afirmar que el director artístico de este brillante grupo, que hizo derroche de ingenio en esta iglesia hacia el segundo tercio del siglo XVIII, fué Legarda; pues, este meritisimo quiteño se distinguió, igualmente, como escultor, arquitecto y pintor. De ahí que sus estatuas se caractericen por una policromía y estofado divinamente poéticos.

El Profesor Jaén Morente expuso: participo del concepto de ver la figura de Legarda en estas fantásticas concepciones de los retablos; pero una buena parte del púlpito no es brote suyo como lo demuestran: el blanco de plomo, de muy mal gusto, del fondo; y los motivos decorativos que no guardan correspondencia con el ritmo y la magnificente riqueza de las decoraciones de los retablos, en los cuales se saborea la exquisita mezcla de los aderezos mudéjares y americanos.

Pero en medio de esta grandiosidad fantástica que me abrumba, advierto una soledad absoluta que me congela el alma. Y, es que las actuales estatuas, de una modernidad europea mediocre y de muy mala factura, que han venido a reemplazar a las antiguas, que debieron ser bellas cuando las han robado, su antiestética presencia constituye una ironía y produce calofrío desconcertante en quien ama lo bello. Hasta La Trinidad ha sufrido los despiadados destrozos del vandalismo. Se lo han llevado al Hijo, dejando en el desamparo más horrendo a las dos figuras, que lamentarán perpetuamente tan incalificable iniquidad.

La expulsión de sus propios altares, de imágenes destinadas a complementar la grandiosidad artística de aquel templo tenía que producir en un espíritu delicado y exquisitamente culto como el del Profesor Jaén Morente amargas exclamaciones y vivos dolores. A veces, en determinados momentos, a manera de ensueño angustioso cruzaba por mi mente la idea de que algunos ciegos partidarios de esa agrupación nihilista e iconoclasta, que se rebeló con terrible audacia contra el predominio clásico renacentista de cuatro siglos, consumaron aquel sacrilegio artístico, a fin de destruir las creencias y los objetos de su culto. Nada de eso! No hubo otras inquietudes e ideología que el mercantilismo más desvergonza-

do. Hasta los hermosos paramentos o frontales de plata repujada, según testigos presenciales, fueron remitidos al exterior.

El único retablo que está completo es el que se lo ha destinado a San Vicente de Paul, ejecutado inteligentemente por el escultor quiteño José Domingo Carrillo el año de 1875. Según afirma el Dr. Eduardo Espinosa, Director del Hospital, lo mandó a trabajar el Presidente García Moreno para obsequiarlo a esta Iglesia. Carrillo es autor de dos interesantísimos grupos de tamaño natural; el uno se encuentra en un retablo de San Francisco y el otro, en este sitio. El niño que está con la mirada fija en el rostro de San Vicente de Paul lleva los vestidos rotos y en el bolsillo del saco guarda un librito de Moral en cuyo forro consta que la pieza escultórica es obra de Carrillo que la ejecutó el año anteriormente indicado. El solo nombre del artista puesto en un textito de Moral habla más al fondo del alma que las ideologías divulgadas con apasionamiento por los insinceros sacerdotes del socialismo.

El Profesor Morente, fijándose emocionado detenidamente en la expresión y en la ropita andrajosa del niño, repetía: la actitud angustiosa, el realismo de esta figura me abate, me desconcierta, me enferma; no puedo ser indiferente por temperamento a la miseria y los dolores de las clases menesterosas. Estas desigualdades en clases de escasas cimentaciones éticas engendran rencores y odios contra aquellos que, pudiendo aplacar en algún tanto el hambre y las congojas de las muchedumbres desafortunadas y adoloridas, se mantienen con estúpido egoísmo dentro de la concha de la avaricia. Tales elementos que no son útiles socialmente se conquistan con su indolente manera de ser muchas antipatías. Cuantos acaudalados pudieran en esta misma Casa de Dolor dulcificar los amargores de la vida de tanto desgraciado y llevar una positiva luz de consuelo que disipe el denso pesimismo en que se mantiene su alma alimentada desafectos y siniestros propósitos.

Si el niño de San Vicente de Paul de Carrillo, respetable Profesor Morente, le ha conmovido hondamente el espíritu ¿qué efectos no produjeran en él las figuras que componen el hermoso grupo de San Francisco de Paul? Esta obra de incalculables consecuencias sociales constituye un elocuente poema escultural de la clase desvalida, rendida al desaliento y que no sustenta la más remota esperanza de remediar su suerte. Con esta obra de artístico numen social se adelantó Carrillo a su época. Y aquella mujer, con su rostro menoscabado por la necesidad y los pesares, implorando de rodillas ante el Santo le libre de la muerte a su tierno pimpollo que agoniza entre sus brazos; y aquel otro niño, hijo suyo, con la carita de frescura de aurora, ligeramente deslucida con toques de inquietud, con su mirar de escasez y sus vestidos rotos reforzados con remiendo; una y otra figura con su fuerza de expresión psicológica producen mayores emotividades en cuantos las admiran que aquellas producciones pictóricas, en las cuales un mal entendimiento modernista les ha llevado a muchos jóvenes, en sus creaciones de acción social, a exagerrar con poco sentido estético las extremidades humanas, prescindiendo, muchas veces, de la perspectiva y, haciendo uso, estudiadamente, de una desarmónica yuxtaposición de colores.

No se ignora que cada generación tiene sus puntos de vista y sus símbolos brotados de las necesidades de los sentimientos e inquietudes y

del palpar del espíritu de la época. Se comprende que el arte es un cosmos en perpetua germinación de vida rítmica; pero, es indudable que el arte en esencia tiene sus normas fundamentales, invariables y eternas. Si cada generación tiene sus puntos de vista y sus símbolos; mas no por eso, para expresar los grandes problemas sociales, las injusticias y opresión de la clase proletaria, se han de atropellar de modo arbitrario los fundamentos que constituyen el ritmo y la armonía de la coloración, las proporciones de la contextura humana y la hábil distribución de las luces y las sombras. Para expresar la fuerza de las pasiones y de las emotividades humanas Rubens, Rambrandt, Velázquez recurrieron al barroco y a una coloración caliente y vigorosa.

*
* *

Terminada que fué la relación del grupo escultórico de Carrillo, el Profesor Jaén Morente manifestó vivo deseo de conocerlo y dispuso continuar la excursión artística. En este instante apareció Sor. Margarita Camacho, Directora del Hospital, junto con otras religiosas, quien después de oír algunas apreciaciones respecto de la Iglesia expuso: estoy procurando restaurar el altar mayor que, talvez por incomprendibilidad estética de administraciones anteriores, se le despojó de su antigua fisonomía artística. Para esta obra que la conceptúo de enorme importancia por el aspecto de la cultura colonial han contribuido con suma gentileza la Junta de Asistencia Pública y el actual Concejo Municipal; y para que este retablo satisfaga las exigencias de los entendidos he recurrido a la magnífica voluntad del Dr. José Gabriel Navarro para que dirija a los operarios. Grandes son mis deseos para que esta bella Iglesia quede perfectamente terminada; pero el abovedamiento y el artesonado; la pintura al óleo y la terminación de la torre representan fuertes desembolsos, que difícilmente los puedo efectuar sin un socorro inmediato. Respecto a otros datos que se le solicitaron los satisfizo la inteligente Religiosa ampliamente.

En seguida nos condujo la Madre Superiora a que conociéramos los patios interiores del Hospital. A la vista de uno de ellos el Profesor Morente quedó conmovido y maravillado, como que se le viniera a la mente el cuadro de una mansión harto querida para él; después de volver de la sorpresa nos dice: este patio semiclaustral parece estar vaciado en la turquesa del patio de la Serena de Córdoba. Es algo típico y el único ejemplar de esta clase en Quito. Los arcos de este edificio, ligeramente encorvados en forma de herradura, descansando sobre columnas de piedra octogonales, forma última de la evolución arquitectónica mudéjar, le comunica una fisonomía familiar de leyenda monacal que la lleva insensiblemente a vivir en intimidad espiritual con aquellos monjes misteriosos y meditativos salidos de la mística paleta de Zurbarán. Hasta los detalles de los jardincillos que despiden aromas de lirios y violetas, concurren a la deleitación de este retiro. La grutita de la Virgen de Lourdes construída con tanta gracia junto a esa fuente y en su propio sitio al aire libre y cubierta de plantas trepadoras refrescadas constantemente por el rocío del dolor que vierte de los ojos de tantas almas azotadas despiadadamente por

la miseria y aquí hospitalizadas; las pilas de piedra de inconfundible factura indígena evidenciada en sus mascarones y toscas estilizaciones de criaturas con los brazos abiertos que, aparentando danzar, decoran el contorno del tazón y del cual cae cadenciosamente al gran receptor el agua que suena a mis oídos a modo de lejanas melodías; todo esto, repito, se reúne a formar esta atmósfera de religiosidad que he aspirado con tanto agrado algunos momentos con mis acompañantes.

Casi al despedirse el Profesor Jaén Morente le dice el Dr. Eduardo Espinosa, Director del Hospital: me imagino que será esto lo más viejo que Ud. conozca. El Profesor un tanto sonreído le contesta: talvez en Quito. En España, mi tierra, que enriquece la historia antigua con extraordinarios acontecimientos cuyos héroes tienen misteriosa coloración de leyenda como Pelayo, el Cid Campeador; los Señores que resolvían sus diferencias en el campo del honor; los andantes caballeros que inspiraron al Manco de Lepanto para la esculturación más acabada de los héroes de su inmortal poema; en España se mantienen de pie restos arquitectónicos de la época de los visigodos. A cada paso se tropieza el viajero con edificios que representan siglos de siglos. En cada uno de ellos se tiene la ilusión de ver: el palacio en el que Don Juan de Austria celebró su victoria sobre las legiones moriscas; la casona en la que habitó la motivadora de los dulces devaneos de amor del Andante Caballero Don Quijote de la Mancha; la residencia en la que el vellaco Sancho Panza desempeñó el alto cargo de Gobernador bajo los sabios consejos del cuerdo loco Don Alonso Quijano. Ya sabe Ud, Señor Doctor y hasta otra vista.

Así que abandonamos el Hospital, nos dirigimos al templo del Carmen Antiguo. Nada encontramos en él que respondiera al calificativo de su denominación de antigüedad. Apenas existe a la entrada un cuadro de regulares proporciones que se denomina del Hijo Pródigo. El pintor ha tenido la risible ocurrencia de representar las figuras de la relación bíblica con vestidos de la corte de Napoleón I. Ante esta sencilla concepción pictórica no pudo contener la risa el Profesor Morente. Hasta el Dr. Hanns Heiman, hombre sumamente serio y cultísimo rióse de la peregrina ocurrencia imaginativa del autor.

Continuando nuestro peregrinaje de estudio práctico entramos a conocer varias casas con patio de la calle Cuenca; la de la familia Donoso Riofrío le agradó mucho al Profesor. Para cerrar con llave de oro la clase de hoy, vamos entrando por breves momentos a la iglesia de Cantuña, expresó el mencionado Profesor Morente, pues, me sugestionan y me mueve a contemplarlo, cuantas veces puedo, la estatua de San Pedro de Alcántara del célebre Padre Carlos, en cuya figura encuentro ese naturalismo sublimemente espiritualizado de Juan de Mena en su magistral imagen de San Francisco de Asís. No me deja lugar a duda que el Padre Carlos es uno de los más aventajados discípulos de Mena y de aquellos imagineros españoles que en los siglos XVI y XVII brillaron con tanto esplendor y que algunos partieron a Roma en donde la soberana docencia escultural de Miguel Angel conquistaron tantos triunfos y fueron los mejores escultores de la época.

* * *

Al día siguiente, domingo, invitado de manera especial por la Madre Superiora, Sor Margarita, concurrí a la iglesia del Hospital a las tres de la tarde, hora en la que debía efectuarse la ceremonia de la bendición del altar mayor, inteligentemente restituído a su primitivo estado por hábiles operarios bajo la dirección del Dr. José Gabriel Navarro. El objetivo que perseguía la Madre Superiora al invitarme fué el que les hablara a los Señores de la Asistencia Pública y del Concejo Municipal que debían concurrir a la ceremonia, sobre el invalorable mérito artístico de esta iglesia que, junto con la capilla del Rosario de Santo Domingo, son las joyas más fantásticas de la orfebrería estética colonial. Estas dos Entidades habían contribuído con espontánea liberalidad a los trabajos realizados hasta ese día y pretendía, justamente, la Madre Superiora obtener un nuevo auxilio económico para continuarlos hasta donde le permitieran sus esfuerzos; pues, la terminación íntegra de la obra que la mencionada Madre Superiora anhelaba ardientemente llevarla a término, representaba un fuerte desembolso.

Muchas personas distinguidas hubo en la ceremonia; pero sorprendíome no ver entre ellas a miembros de Instituciones a las cuales les correspondía más íntimamente prestar su cooperación para dar mayor solemnidad al acto; no obstante que estas Instituciones tienen en su seno elementos valiosos y que han demostrado fervoroso afán por la realización de obras de suma importancia colectiva.

En cuanto se terminó el acto de la bendición, procuré ocultarme; mas dos jóvenes practicantes sumamente atentos y cultos me exigieron a nombre de la Madre Superiora pasara al salón de los invitados. Accedí gustoso y participé del generoso vino y de las delicadas galletas con que la Madre Superiora agasajó a los concurrentes.

Me despedía ya, expresándole a la Madre mi contrariedad por no haber podido cumplir con tan simpática comisión; pero suplicóme me detuviera breves instantes hasta darme un recuerdo de la ceremonia. Efectivamente, con suma delicadeza me obsequió una carterita de níquel con una imagen esculpida en la portada para mis anotaciones. Al volver de despedir a las madrinas, ya para tomar el sombrero y separarme, de nuevo le manifiesto mi contrariedad de no haber podido realizar su pedido. Como herida por un grave accidente derrama tiernas lágrimas sin poder contenerlas. Comprendí al momento los extragos que causó en las interioridades de su espíritu exquisitamente delicado el volver a recordarle la falta de asistencia de los miembros de aquellas Instituciones en las cuales fundaba con justicia sus esperanzas para coronar la obra de la terminación de la Iglesia que constituye para ella el objetivo más hermoso de su vida.

Así que recobró la Madre Superiora su serenidad me repetía: lloro por mis pobres que tanto y tanto me preocupan. Cuanto agradezco a Dios me haya llevado por otro camino diverso de aquel que intentaba mi familia y traído a esta Casa para siquiera con mis servicios y buena voluntad sosegar las aficciones de tanto desgraciado. En los años que llevo de com-

partir nuestras estrecheces con ellos conozco las diferentes formas de dolor que les aqueja. Quisiera tener dinero para comprar una pianola, un radio, un cine y dotar de un salón de billar y otros juegos para que estos infelices olviden por breves momentos sus pesares; para llevar un rayo de sol a esas almas que viven en la obscuridad con su corazón sobrenadando en yelos y alimentando aborrecimiento contra los acaudalados que no dan el menor indicio de contribuir con una dádiva para aclarar sus borrascas. Hoy los tiempos que atravesamos son amenazantes, de distinta coloración ética y social, en que se requiere desarrollar una efectiva labor de acción social humanitaria para no ser víctima de esas multitudes que ansían por medios siniestros vengar su infortunio.

La Madre Superiora por sus grandes dotes intelectuales y su sólida virtud inspira respeto y veneración. Es de aquellas almas vaciadas en la turquesa de nardos de Mariana de Jesús y su espíritu aparece ante mentalidades que la comprenden entre vapores de oro y nubecillas de incienso.

En aquellos momentos en que la Madre Superiora lloraba tiernamente por sus pobres se me vino de súbito a la memoria aquella tarde, que jamás la olvidaré, en que me encontraba junto con el Profesor Casadio en la portería del convento de San Francisco contemplando los magníficos cuadros que decoran los cuatro lienzos de aquella sacra mansión. Tanto él como yo fuimos sorprendidos por las lamentaciones de una joven que con un pañuelo de Holanda enjugaba las lágrimas de sus brillantes ojos que no envidiaban al lucero de la mañana. Después de algunos momentos de haber dominado sus congojas, expresó: por temperamento no puedo ser indiferente a las desdichas ajenas y paso por situaciones de espíritu que me desconciertan y abaten. Nacida en la ciudad de Avila crecí en un ambiente de cultura de legendario refinamiento y de un misticismo y espiritualidad de honda cepa castellana. De ahí que mis sentimientos de figura de filigrana vibraran al menor roce como arpas eólicas. Ante este cuadro del Vble. Hermano Fray Domingo de Brieba con los dos mendigos que, desesperada y ansiosamente le piden el pan de San Francisco que lo está sacando de su ancha manga para medio aquietar su hambre, me desmayo y enternezco con la blandura de un niño. El pordiosero que figura en primer término cubierto de andrajos con el rostro surcado por el hambre y con la una mano que se afirma sobre el suelo para sostener su cuerpo que bambolea por la debilidad, en tanto con la otra está en ademán suplicante extendida para implorar su misericordia; y el otro mendigo que aparece a la izquierda detrás de Fray Domingo con semblante agrietado por los años de rígida abstinencia, con la vista encorvada y de envidia de no ser preferido en la dádiva y descansando el tronco del cuerpo sobre un bastón nudoso que lo tiene asido con fuerza con ambas manos; estas dos figuras ejecutadas por Miguel de Santiago con ese realismo magistral y casi divino que aprendió de Velázquez, del Spagnoletto, de Zurbarán y de aquellos célebres artistas españoles que con su extraordinario talento artístico amenguaron el dominio del amaneramiento del academismo clásico inespiritualizado de la época; estas dos figuras, repito, hablan a mi espíritu con un lenguaje que me abruma, que me taladra el corazón y que hace jirones mis entrañas. Es el poder de los grandes artistas, nos dijo y partió.

No desmiente esta joven, le dije al Profesor Casadío, su origen castellano y su cuna. Es un alma como la de Santa Teresa de Jesús, su paisana, matizada de estrellas e impregnada de aromas. Nos abrumó con el poderío de su espiritualidad y le seguía ávidamente con la mirada de lejos como Dante a su Beatriz.

* * *

Verdadera interpretación de la fachada de la Iglesia del Hospital

En los años que llevo de explorar nuestra flora artística colonial he tropezado con tantas y tantas dificultades que, no obstante mi apasionamiento por aquellos estudios, he perdido el fervor y desistido, muchas veces, de continuar con aquellos propósitos que constituyen realmente la recreación de mi espíritu.

Todo hombre, por cuerdo que fuere y que en su discurrir estuviese sometido en todo momento al dominio de la razón, alimenta siempre un tema que se fija en la mente y que lo lleva consigo al sepulcro. Como la idea fija de los dementes es la que vivo sustentando por inquirir, a través de las espesas brumas que envuelven el arte de la colonia, los elementos que concurrieron a la formación de la célebre escuela Quiteña. He ahí explicado el motivo fundamental de proseguir mis estudios.

No pocas veces he creído, al fijar la atención sobre las fachadas de los templos coloniales de Quito y ver en la mayor parte de ellos ejemplares estilizados de nuestra flora y fauna, atribuir a brotes de la fantasía de nuestros artistas, en cuyo desarrollo han intervenido de manera acentuada los riquísimos estímulos de la raza conquistadora. Pero ahondando más mi pensamiento alcanzo a ver en aquella extraña mezcla de los motivos ornamentales de los pórticos y retablos de nuestros templos, que responden éstos a sentimientos religiosos y a las concepciones filosóficas y místicas de las religiones de las dos razas,

Así que los artistas quiteños, como legítimos descendientes de la famosa Escuela Sevillana, supieron aprovecharse en sus producciones, de los procedimientos y recursos estéticos de aquella. Comprendieron que el símbolo es compañero inseparable del arte y por eso acudieron a su auxilio como el medio de expresar con mayor fuerza, precisión y poesía el sentimiento de lo bello.

El pueblo egipcio con su extraordinario sentido filosófico penetró en los recónditos dominios de la psicología humana y comprendió la preponderancia absoluta que ejerce en los dominios sensuales y volitivos el símbolo. Por ese poder maravilloso que ejerce sobre la mentalidad y las sensaciones acudió al simbolismo en las diversas manifestaciones del arte para mantener perpetuamente por ese medio, con igual fervor, la admiración y el culto de las generaciones. Por eso los sacerdotes egipcios creían traducir por medio de los signos del Zodíaco el destino a que fatalmente estaba sometida la criatura en su peregrinaje por la vida y a sus oráculos, de propósito, les rodeaban de tules de nebulosidad metafísica, para que el vulgo tuviera conciencia cierta de que los dioses pronunciaban sus sentencias por medio de ellos. El laberinto de columnas de sus templos obede-

cía a la profundidad de su pensamiento filosófico y a su afán de que el pueblo maravillado no se atreviese a inquirir el misterio de sus símbolos. En sus laboratorios los sacerdotes egipcios expresaron en símbolos de virtualidades éticas de sus divinidades y los preceptos y ritos de su culto. Y en las gigantescas pirámides del Egipto, que son hasta hoy estudiadas con sumo interés por los hombres de ciencia, se encuentra expresada en símbolos la historia política de cada uno de los Soberanos de esa antiquísima dinastía.

El símbolo tiene el poder maravilloso de envolver la idea entre vapores redencillas del misterio y de expresarla a través de esa plateada transparencia con los encantos y ficciones que cautivan tanto el alma humana. Y, precisamente, por envolver la idea o el concepto entre indefinibles vapores de oro, el símbolo es objeto de variadas interpretaciones y consigue así mantener subyugados en todo el tiempo el pensamiento y el corazón del hombre y de los pueblos.

Antes de interpretar la estrella polar que campea en lo más alto del ático de esta fachada y de las tres coronas repartidas, formando un triángulo invertido, y de la llama que ondula hacia el centro; me imaginaba, realmente, que estos símbolos expresaban: que la criatura en sus tres estados, de infancia, juventud y madurez está alumbrada por la luz divina para que se dirija con seguro paso por la obscura travesía hacia el término de su destino, sin que le sea dable desviarse por si fuere pontífice, emperador o multimillonario. Otras veces creía que la Providencia Divina acude en aquellos momentos de desconcierto ocasionados por la adversidad en auxilio del desventurado para fortalecerlo con nuevas esperanzas e iluminar su razón, a fin de que no pueda deslizarse en la estrecha vía cercada de despeñaderos a uno y a otro lado. Y presumía que esta interpretación era la más auténtica, sencillamente; porque cuando un ciclón me arrojó con ímpetu ciego a desiertas estepas, desnudándome de cuanto poseía y pasé por el sentimiento y la amargura infinita de desprenderme de obras que constituían el alimento preferido de mi espíritu para adormecer desazones y evitar la amortiguación de retoños que brotaron a la vida, quizá con el designio de llenar una noble finalidad; entonces, en medio de mi desesperación y del denso pesimismo que me abrumaba, apareció una estrella que sembró mi mente de bellos ensueños, haciéndole ya que alimentara nuevas esperanzas. Desde aquellos días le rindo culto y resplandece tan lejos de mí, temerosa, sin duda, de que con mi aliento empañe la brillantez de su pureza.

Repetidas investigaciones posteriores me han puesto en posesión de su efectiva interpretación, la que no da lugar a duda, toda vez que los motivos simbólicos contenidos en el ático guardan correspondencia o más bien complementan el concepto del bello poema del nacimiento de Jesús, que simboliza el renacer y la redención espiritual del género humano, y se encuentra delicada y melódicamente estilizada en el centro de un cuadro encerrado dentro del tímpano.

La estrella que se ostenta en todo su esplendor en lo alto del cielo; las tres coronas repartidas simétricamente y la llama ondeante que se levanta de una especie de brasero simbolizan: la estrella que dirige a los tres Reyes Magos a Belén para que adoren al Niño Jesús que ha nacido en un pesebre y se halla semidesnudo sobre un lecho de paja junto a José y

María y teniendo a la cabecera al Espíritu Santo a que alumbre y comunique calor a ese ambiente de hielo; y la llama es el humo del incienso y la mirra que le ofrecen como a Dios y hombre mortal. El oro que le ofrecieron como a Rey está expresado por trabajos de orfebrería repartidos en el cerco que rodea el ventanal octagonal; y así mismo la piña, la panoja del cacao, la mazorca de maíz, la higuera de tuna y los racimos de uva, igualmente expresan que los pastores henchidos de alegría se dirigen, danzando al son de un concierto de pífanos, dulzainas y tamboriles, al portal de Belén a rendir culto al Niño y ofrecerle los frutos de la tierra.

En la leyenda de *Gloria in Excelsis Deo* estampada en la cinta que pende al pié de la paloma que personifica al Espíritu Santo, está la clave del maravilloso poema simbólico esculpido en esta fachada.

Al oír esta interpretación el Profesor Jaén Morente manifestó su complacencia por el positivo interés que había tenido en explicar el sentido de la simbolización del Nacimiento de Jesús y de la adoración de los tres Reyes que encarnan la raza blanca, bronceada y de color. Indudablemente esta primorosa fachada y la de la sacristía de la Catedral son los dos mejores ejemplares del neoclasicismo existentes en esta ciudad. Pero lo que me sorprende e intriga es que casi a más de los doscientos años de haber desaparecido el dominio de tal estilo en Europa aparezca aquí con pujantes bríos estéticos y en una forma expresiva y llena de espiritualidad.

Tan luego que se terminó de estudiar por segunda vez la fachada, el Profesor Morente y sus acompañantes volvieron a penetrar a la iglesia del Hospital en donde se encontraban a recibirnos la Madre Superiora y el Dr. Eduardo Espinosa, Director, quien con inteligencia satisfizo nuestras investigaciones. El Profesor Jaén Morente declara: esta iglesia y la capilla del Rosario de Santo Domingo son dos hermanas gemelas que me cautivan y arrebatan. Y es que percibo en ellas aromas de mística unción espiritual, que me siento vivir en estos instantes en uno de los lugares interiores de la encantadora mezquita que levantó el portentoso ingenio morisco en mi ciudad natal. Sensible, en extremo, es que tan bellos retablos lamenten, como lo expresé en mi anterior visita, la desaparición de sus propias imágenes, que debieron ser trabajadas quizá por el famoso Legarda.

* * *

Aprovechando de la presencia del Dr. Eduardo Espinosa, le pedí con insistencia nos condujera al lugar, del cual me había asegurado, anteriormente, que se mantenía sin la menor modificación desde que se lo construyó. Con su habitual gentileza condescendió con nuestro pedido. Después de atravesar los pequeños jardines formados en los patios interiores de los dos claustros, respecto de los cuales manifestó ya el Profesor Morente en otro lugar sus impresiones, nos puso, atravesando el departamento destinado a la cocina, en el mismo sitio del primitivo Hospital. Aquí el Dr. Espinosa se detuvo a explicar en esta forma: este es uno de los salones del antiguo Hospital, en donde trabajó como Administrador y Cirujano el padre del celeberrimo Dr. Eugenio Espejo, precursor de la Independencia Americana. Precisamente aquí creció, se educó y practicó esta múltiple figura de prestigio continental que presintió, con su

monstruo cerebro clínico, paralizar por medio de la vacunación los terribles efectos mortíferos de las enfermedades infecciosas que arrasaban las poblaciones. Estas dos hileras de cavidades, a modo de medio hornacinas, altas y bajas, muy estrechas, que aparecen en estos muros, en las que con dificultad puede moverse un individuo, son las que se denominaban tarimas para los enfermos; y esos cañones abovedados que difícilmente dan acceso a la luz e impiden con tenacidad la penetración del aire, elemento tenido entonces por maligno, son construídos de acuerdo con el criterio médico de aquel tiempo. Por fin el Dr. Espinosa historió con lujo de detalles las funciones terapéuticas del Hospital de tiempos pretéritos y los procedimientos quirúrgicos de que se servían en las operaciones.

El Profesor Jaén Morente, después de oír con vivo interés la exposición del Dr. Espinosa, expresóle: descubro en Ud. al hombre culto, al apasionado profesional que ha hecho muy suya esta mansión del dolor, a la cual no gustan de llevar sus miradas almas que podían serenar las tempestades interiores que arrasaban las más de las veces los delicados afectos de espíritus bellos. ¿Ha dado Ud. a conocer por la prensa la relación interesantísima que se ha servido, con exquisita amabilidad, referirnos? Algo publiqué hace dos años, poco más o menos, en "El Comercio" de esta ciudad, contestóle el Dr. Espinosa; pero tengo bastante escrito sobre la historia de este Hospital. También el Dr. Gualberto Arcos publicó en la Gaceta Municipal una monografía muy valiosa. Agradezco a Ud. estos datos que me ha suministrado, le dijo el Profesor Morente y me despedido de Ud. reiterándole mis consideraciones.

Pocas veces he experimentado un calofrío tan persistente como el que se apoderó de mí en aquellos momentos en que estuvimos en ese albergue negruzco y demasiado sombrío del antiguo Hospital. Varios días me sentí moralmente enfermo y aquella visita me indujo a tantas y tantas reflexiones sin ser filósofo ni moralista. Razonaba en esta forma dentro de mí: Si aquellas casas destinadas a curar las dolencias, eran azás horripilantes y muy apropiadas para pedir auxilio a la muerte; ¿de qué condición serían las cárceles, en las que tenían forzosamente que purgar sus culpas los delincuentes? ¡Qué concepto el que se tenía en pasadas edades de la dignificación de la personalidad humana! Con qué tiranía e injusticia se procuraba acongojar la existencia del desafortunado, del esclavo, del consiervo, del zagal! Las famosas insurrecciones de los esclavos contra la Roma antigua tuvieron origen en el trato brusco, en la temeraria injusticia, en los trabajos forzados. En todo tiempo en las entrañas de la muchedumbres adoloridas germina la rebeldía y se desarrollan con enorme corpulencia esos aviesos sentimientos que les arrastra por medio del exterminio, del incendio, de la impiedad, a destruir las desigualdades sociales y económicas y acallar así sus gritos de dolor y de angustia.

Todavía las clases proletarias, las menesterosas, no sienten entre nosotros con la crudeza del temporal de invierno las desazones de que son víctimas en otras partes; mas esto no desvirtúa la coloración del cuadro de nuestras efectivas realidades sociales. Tenemos, efectivamente, necesidad de mayor justicia social; tenemos problemas propios que resolver de acuerdo con las exigencias del medio y de la época; pero, no por un fervoroso afán de innovación hemos de atropellar nuestra actual constitución

social, que sí responde en parte a los pedimentos sociales de las clases que se conceptúan lesionados en tal sentido.

No pocos de los que se denominan caudillos o sacerdotes del socialismo, en esta nuestra paupérrima colectividad, acuden a fascinantes espejismos ideológicos que tienden a sosegar los sufrimientos y miseria de los desfavorecidos de la fortuna por lograr una ventajosa situación política o producir trastornos en los bienes de los adinerados o de la burguesía para extraer sus jugos en provecho propio. De propósito provocan estados sociales con los cuales se esmeran en avivar antipatías y rencores contra ciertas clases, a las que maléficamente se las hace aparecer como causantes de los gemidos y pobreza colectivos. Bien saben éstos que aparentan condolerse del cruel malestar y hambres de las muchedumbres que las desigualdades económicas y sociales provienen del desnivel de energías y de mentalidad y de los estímulos de que se disponen para romper las escabrosidades que, en la lucha por la existencia, entorpecen el triunfo.

En toda condición social hay alburas de aurora y el siniestro relampaguear de tormentas nocturnas. La inmensa caravana que atraviesa fatalmente el árido desierto sin detenerse hacia su fin último, está compuesta de diferentes clases de muy distinta condición social y económica; y, sin embargo cada cual ansía encontrar un oasis para extinguir su sed y refrescar la tostadura de su piel producida por los ardientes rayos del sol.

Muchas veces la clase privilegiada soporta en secreto agudísimos dolores que le hacen envidiar el sosiego de las otras clases; ¿por qué engendrar rencores contra ella? Ciertamente que no pocos gustan de explotar terriblemente las necesidades del pueblo y estrechar cada vez más su situación de pobreza; cierto que varios tienen sentimientos de granito de los cuales en manera alguna salta ni con fuertes estregaduras una chispa que pudiera encender la hulla de una techumbre que se hunde con la lluvia congelada de la miseria; pero no es menos cierto que en este suelo fecundizado por las prodigiosas virtualidades de Mariana de Jesús hay bellos ejemplares que gustan emplear sus riquezas en fines altruistas de acción social y de cultura. Por eso es muy justo recomendar a la memoria de las muchedumbres la labor de docencia de la meritísima Señorita Rosa Pérez Pallares y la de acción social de la distinguida e inteligente Señora Doña Augusta Urrutia de Escudero.

Cuando un buen día, de modo intencionado, hablando con un viejo solterón acaudalado le ponderaba la obra ejemplarizadora de estas auténticas matronas quiteñas respondiéndome: obras más hermosas son a los ojos de Dios las de las caridades ocultas. Creía el sencillón engañarme con esta patraña. Las caridades ocultas son el antifaz con que oculta el avaro su alma enmohecida con el antimonio que se desprende del oro que guarda bajo su lecho.

¿Cuándo aparecerán otros bellos ejemplares de adinerados que levanten un espléndido Hospital de emergencia moderno y un palacio adecuado para el funcionamiento del Museo y Archivo nacionales, que sacien los anhelos manifestados al respecto por el Dr. Eduardo Espinosa, Director del Hospital San Juan de Dios, y de tantos elementos cultos nacionales y extranjeros? El Museo y el Archivo por sus mismas finalidades de intensificación cultural y artística y por sus tesoros de arte e historia no pueden estar en perpetuo peregrinaje sometidos a las eventualidades del

inquilinato. El Gobierno, de por vida agobiado con las estrecheces de la Hacienda pública y a cada hora temeroso e inquieto de la actitud hostil y agresiva del tropicalismo político de sus adversarios, se encuentra físicamente imposibilitado de atender de manera eficaz a aquellas Entidades que ocupan lugar muy secundario y son calificadas como mercancías suntuarias y superfluas.

Ya aparecerán, igualmente, otros ejemplares de acaudalados que empleen sus bienes en concluir la obra comenzada en la Iglesia del Hospital y en terminar el decorado del cuerpo principal del majestuoso templo de San Francisco; a fin de que uno y otro se manifiesten con toda su grandiosidad artística colonial. El mismo retablo del presbiterio franciscano clama por la reposición de sus antiguas hornacinas magníficamente decoradas y doradas para que vuelvan a ocupar sus propios sitios, en vez de las mediocres pinturas de Astudillo, las excelentes estatuas coloniales que se encuentran diseminadas en lo alto de ambos costados del cuerpo del templo sin contribuir a su conjunto armónico.

¿Se me censurará por esta mi manera de pensar respecto de los diferentes asuntos tratados en este estudio de la capilla del Hospital?

Jesús Vaquero Dávila.

Por Luis Alayza P. S.

VIDA NOVELABLE DEL MARISCAL LA MAR

I

Una existencia digna de ser inmortalizada en las páginas del romance, por la pluma de Andrés Maurois o de Stefan Zweig, o entre nosotros por Camino y Calderón, o —¡Ay! si viviera— Angélica Palma, es la del melancólico General La Mar.

Su figura de romántico de los tiempos de Byron y de Marseau, que el pintor Merino ha inmortalizado en una aristocrática tela, es delicada y pálida. Ojos carmelos, de mirada amable y triste. Manos cativas y cuidadas, atildado en su persona y palabras. El tinte alimonado de su tez delata su complexión saturniana, de hombre de profunda vida interior y débiles reacciones externas, con más empeñamiento que carácter y rencoroso aunque manso. Dulce magüer sus esporádicas acometidas de tigre colérico. Siempre noble. Siempre señor. Siempre elevado.

Nació en Cuenca, el 12 de Mayo de 1776. Era hijo de Marcos La Mar y de Josefa Cortázar. Se formó al lado de un encumbrado caballero de la colouia; su tío don Isidro Cortázar, Oidor de la Audiencia de Bogotá y luego Regente de la de Quito. A la sombra de Cortázar llegó joven a España, ingresó en el ejército y después de haber peleado en el Rosellón —1792— tocóle actuar en la epopeya novelesca de las guerras napoléonicas. Tuvo como jefe y modelo al heroico Palafox y siendo Teniente Coronel se destacó en la defensa de Zaragoza, la gloriosa y mártir. Luego sirvió a órdenes de Blak, y hallóse entre las tropas de éste rendidas al General Souchet.

Herido y prisionero es conducido a Francia. Una escapada digna de ser narrada por Alejandro Dumas, le lleva, a través de la Suisa, a Trieste, de donde regresa a España, a ofrecer nuevamente su espada a Fernando VII, que ha recuperado la libertad y el trono. El monarca premia a La Mar con el cargo de Subinspector del Virreynato del Perú, con el grado de Brigadier y con la condecoración de la Gran Cruz de San Her-

menegildo, en 1815. Cuatro años después, el Virrey Pezuela elevólo al rango de Mariscal de Campo, y desde entonces, es Gobernador de la fortaleza del Real Felipe del Callao. (1).

II

Antítesis Primera

Por esa época comienza a deslizarse una gota de acíbar en su existencia. San Martín con sus huestes libertadoras ha llegado al Perú; el Virrey, constreñido por los manejos subterráneos de la guerra de zapa del emiiente prócer argentino, abandona la capital, dejando las armas y los tesoros que no pudo sacar de ella, en los castillos inexpugnables del Real Felipe, bajo el mando de La Mar. San Martín por tierra y Lord Cochran por el océano, asedian la fortaleza y la plaza del Callao. La Mar comienza desde esta época a padecer en su doble condición de ciudadano

(1) Olmedo en una de las notas del Canto a Junín, edición de 1826, dice: "El General La Mar es natural de Guayaquil; mandó bizarramente el ala izquierda del ejército que fué la que sufrió el más terrible choque de la fuerza enemiga y decidió la victoria. Desde muy joven fué enviado a la Península por su familia y se distinguió después de la guerra que España sostuvo tan gloriosamente contra los franceses de Napoleón. Volvió a América nombrado Inspector General del Perú y los jefes españoles le dejaron en el mando de la plaza del Callao, cuando por primera vez abandonaron Lima, al acercarse el valiente y astuto General San Martín. Esta fué la situación más difícil para un hombre como La Mar, que de muy antiguo abrigaba sentimientos americanos, y que se veía entonces obligado a sofocar por cumplir severamente las leyes del honor. Pero en esta misma época fué cuando los patriotas presos en el castillo conocieron el corazón de ese virtuoso americano.

"Disueltos, al fin, honradamente los lazos que tenía con España, llegó a tal punto la opinión pública a su favor, que pocos meses después de la capitulación del Callao, fué elegido unánimemente por el Primer Congreso del Perú, Presidente del Perú. Entonces fué cuando los enemigos de La Mar, es decir, los enemigos del orden y del bien público, conspiraron contra él y divulgaron que tenía comunicaciones con el jefe del ejército real. Pero el campo de Ayacucho ha hecho ver cuáles eran las comunicaciones que La Mar quería tener con los enemigos de su patria. Y el tiempo recorriendo el velo a todos los sucesos, ha descubierto también quiénes eran los falsos patriotas; quienes si desearon un tiempo que su patria fuese libre, fue con el voto condicional de mandarla ellos; quienes los que usurparon un poder que los moderados renunciaban; quienes en fin los que mandando su patria la tiranizaron y después de tiranizarla la vendieron. Goza de este triunfo superior a la gloria militar de que te has cubierto, Oh tierno amigo.

"O magnae Spes altera Roma".

O'Leary—enemigo de La Mar—en la nota de la página 432 del II tomo de sus memorias dice: "El General La Mar estaba altamente resentido con los jefes españoles Canterac y Valdes, porque cuando depusieron a Pezuela colocaron a La Serna, que no tenía destino en el Perú, con agravio suyo, que era el Teniente del reino, Inspector General y Comandante de los Castillos del Callao. Sorprende a cualquiera que sepa que La Mar era americano y que conozca su mediocridad, ver cómo la Corte de España pudo ascenderle; pero al saber la causa, nada parece más natural. Una hija del señor Requeña del Consejo y Cámara de Indias, estaba casada con el señor Cortázar, tío carnal del General La Mar; de aquí provino su carrera y la de todos los que tenían relación con la familia... con esta familia de Requeña ha sucedido en Colombia lo que con la de Goyeneche en el Perú".

americano y jefe realista. La voz de la tierra en que ha nacido y sus vínculos con los eminentes peruanos que luchan por la independencia, los sentimientos de su espíritu de hombre que ha vivido en Francia, patria de la libertad y que ha conocido de cerca a España catedral del despotismo, son fuerzas incontrastables, que lo impulsan a la causa del legendario Libertador de Chile, a quien conoce desde los tiempos de la guerra del Rosellón, donde fueron compañeros de armas. Pero su honor de militar, la palabra empeñada, la gratitud al monarca y al Virrey que le colmaron de honores y le confiaron el último reducto, el Real Felipe, contrarrestan sus ímpetus de patriota; y el paciente de nervios débiles, por no decir sin nervio, el hapático, caviloso y autoverdugo que es el General La Mar, comienza entre los muros de la fortaleza chalaca a remontar la cuesta del calvario de su neurastenia, y es desde ese momento, hasta el fin de sus días, el hombre colocado por el destino en una posición, cuya eminencia requiere actitudes eminentes también; cuya delicadeza exige en todo momento reacciones de nobleza y sacrificio; cuya altura superior señala, despiadada y nítidamente, las responsabilidades ante la historia, de cada uno de sus pasos y de cada una de sus palabras.

Manteniendo al tope el pabellón de España en los castillos, dispara con sus cañones formidables, diez veces mayores que los de los sitiadores, contra sus hermanos de patria y de ideal, porque el honor se lo impone; y después de cada día de lucha siente caer sobre su pobre alma en sus noches de insomnio los proyectiles que ha disparado contra sus hermanos, lleno de dudas y de remordimientos. Está asesinando a la amada de sus sueños: la libertad americana, y sirviendo al verdugo de ella: Fernando VII. Este monarca, ha destruído las conquistas liberales de las Cortes de Cádiz, en favor de los criollos de ultramar y tortura y mata en sus masmorras a los campeones más decididos de la dignidad de América, que desde hace años, luchan por la igualdad de los derechos políticos de los peninsulares y los hijos del Nuevo Mundo.

San Martín, dueño ya de Lima, asedia por mar y tierra al Callao. Mientras Lord Cochrane tiene formada su legendaria escuadra en la bahía, el General Las Heras ataca porfiadamente desde los campos vecinos, la inexpugnable fortaleza del Real Felipe. La Mar, con un puñado de realistas, permanece impacible ante los alardes del primero, y destroza los planes del General argentino, que varias veces intenta tomar la fortaleza por asalto.

III

Cochrane y La Mar.

El Almirante Cochrane es un héroe que tiene dentro del alma un pirata. Sabe Dios que extraños atavismos se confunden en él. Su arrojo y la temeridad en sus planes rayaban en lo increíble. Estaba dotado de una astucia que daba mayor eficiencia a sus grandes conocimientos de hombre de guerra. Abrigaba en su pecho valeroso, la envidia y la codicia.

En agosto de 1821 asaltó una goleta en que San Martín conservaba un tesoro, y, años después se jactaba de ello como de una hazaña. (2)

Cuando se tratara, dos años antes, de formar una escuadra en Valparaíso para las futuras operaciones sobre el Perú la opinión era desfavorable a Cochrane; pero terció San Martín con la influencia decisiva que le daba haber libertado a Chile, el haber sido Jefe de las fuerzas argentinas y su amistad con O'Higgins, Director de la República del Sur y adicto al vencedor de Chacabuco y de Maypú; y Cochrane fue designado como Jefe de la armada. Desde ese momento, todo su empeño consistió en asumir el mando de la expedición poniéndose por encima de su benefactor, el General argentino. Durante la travesía de Valparaíso a Pisco, se exteriorizó, aunque embozado, varias veces este propósito, pero se estrellaba contra la resistencia fría del Libertador.

En el Perú, donde había un elemento decisivo para las pasiones del marino inglés: el oro, la rivalidad hízose feroz: la codicia superó a la discreción y Cochrane llegó hasta la felonía.

Mientras a órdenes del Protector del Perú sitiaba el Callao con la Escuadra, trató de entenderse secretamente y a espaldas de su Jefe con el General La Mar, para que se rindiese ante él, y enarbolar el pabellón chileno en el Real Felipe, burlando a San Martín. Hizo proposiciones ventajosísimas a los sitiados. Estaba resuelto a conceder cualquier cosa para arrebatarse la conquista a la expedición libertadora. (3) Sin embargo, no cesaba de reclamar, como auxiliar del gobierno peruano, sueldos y gratificaciones al Protector. La labor de Cochrane para enarbolar la bandera de la Estrella Solitaria en el Callao contra San Martín, que los sitia para los pendones del Perú, es el primer asomo de la emulación de las dos Repúblicas del Pacífico.

(2) "El Protector había hecho embarcar y en su yate Sacramento, grandes cantidades de dinero del cual había sacado el lastre para estibar la plata, y así en otro buque mercante. En el puerto no quedaba otro buque que el Lautaro. Este dinero había sido enviado a Ancón, bajo el pretexto de ponerlo a salvo de cualquier ataque de las fuerzas españolas, pero con el ánimo quizá de hacerlo servir a las miras ulteriores del Protector.—Por esta casualidad la escuadra tuvo una prueba ocular de que sus atrasos podían ser pagados. Mi modo de ver coincidía con el de la escuadra y como me hallaba determinado a que no se la defraudase ni destruyese, me dí a la vela para Ancón y en persona me apoderé del tesoro delante de testigos". (Memorias de Lord Cocharne.—Lima, 1863).

(3) Pacífico Otero, en el sumario del Capítulo XVI del tomo III de su obra—Historia del Libertador don José de San Martín—dice: "Cochrane prepara una celada a San Martín, con el propósito de posesionarse de las fortalezas y dictar la ley" y desarrollando el punto se expresa así: (Pág. 416). Mientras las operaciones ofensivas contra el Callao se desarrollaban en la forma que queda expuesta, el Almirante Cochrane le preparaba a San Martín una celada—acto de verdadera traición—proponiéndole al Gobernador la entrega de los Castillos y de la tercera parte de los caudales allí acumulados. En cambio él ofrecía su protección y le garantizaba además la extracción de los tercios restantes, como el libre paso igualmente de las personas que quisiesen abandonar el Perú, lo que podrían hacer en sus buques, mediante un precio convenido". Como se ve, las proposiciones de Cochrane, en los diversos puntos que contienen son otros tantos negocios. Todo en ella está relacionadas con el inero. Quiere obtenerlo por diversos medios, explotando la mina en todos sus frentes".

IV

Expedición de Canterac.

El 25 de agosto, Canterac, separándose en Jauja del Virrey La Serna, decidió caer sobre los independientes y reconquistar Lima, para, enseguida auxiliar a los sitiados del Callao, que faltos de víveres, estaban en el límite de la resistencia. Bajó por la cordillera hasta Santiago de Tuna y dividió ahí sus fuerzas en dos columnas, que marcharían por distintos caminos hasta Cieneguilla. A última hora decidió un cambio de ruta y bajó por la quebrada de Espíritu Santo, realizando una de las marchas más desastrosas de la campaña. Ahí el terreno inaccesible y los precipicios tragáronse a parte de sus tropas. Sólo a costa de muchas pérdidas llegó finalmente a Lurín, el 5 de setiembre, para acercarse a Lima por Pampa Grande.

San Martín supo la proximidad de Canterac el 4 de Julio, en momentos que se encontraba en el teatro. Poniéndose de pie en su palco en un raptó grandioso, dirigió la palabra al público, en términos llenos de inspiración guerrera. Dijo del peligro en que estábamos de ser atacados y del placer que le causaba el medirse al fin con las tropas realistas en un final encuentro.

El efecto de estas palabras fue mágico. Lima estaba impregnada de sentimientos de patriotismo y ardor bélico. La presencia de las heroicas huestes argentinas había producido un contagio de heroísmo en todo el mundo. Los primeros rayos del Sol de la Libertad habían despertado los sentimientos grandes del alma peruana, tantos siglos dormidos bajo las cadenas de la esclavitud. Toda la población como un solo hombre, púsose de pie, en el arranque guerrero más grande que la Ciudad de los Reyes haya presenciado. Los ancianos, los niños y las mujeres salieron a las murallas a esperar al enemigo, para oponer la resistencia alocada del heroísmo. Los frailes abandonaron el convento para recorrer las calles con la cruz en la mano, llamando a los ciudadanos al campo del honor. Hasta los esclavos, los negros esclavos, sin esperar el látigo acostumbrado, ofrecieron su sangre humilde en aras de la libertad del Perú. El día 7 de setiembre marca el punto más elevado del delirio. Debió ser algo imponente, porque las historias y crónicas de la época traducen una enorme emoción. Pasan los años y todavía durante muchos lustros, se habla del 7 de setiembre en Lima, día en que la ciudad frívola y sensual dió la más alta exteriorización de cómo en los grandes momentos, salen a la superficie sus grandes potencialidades.

Toda esta tempestad de entusiasmo y de fervor patriótico no tuvo el final que pudo esperarse. Canterac y San Martín, con sus respectivos ejércitos, mirábanse de lejos aunque varios días sin decidirse a luchar y la enorme fuerza psicológica desarrollada por la multitud limeña, esa fuerza incontrolable que todo lo arrolla, quedó desperdiciada.

V

Batalla sin sangre.

Los primeros kilómetros del camino que conduce hoy de Lima a Chosica, presenciaron la marcha expectante de las dos legiones. San Martín ocupó la chacra *Mendoza* y apoyó su ala derecha en el camino, de *San Borja*, *Valverde* y *Tebes*. La retaguardia en el cerrito de *El Pino* y el ala izquierda en el de *San Bartolomé*.

Canterac, por su parte, situóse en la chacra y el cerro de *La Molina*.

El 10 de setiembre el Jefe español avanzó resueltamente al Callao, a guarecerse bajo la protección de los cañones del General La Mar, y penetró en la fortaleza. Este último paso era la realización de los cálculos de San Martín. Este guerrero que ha conquistado tantas plazas con el filo de su espada como con el estilete de su ingenio, se había propuesto vencer una vez más a España, sin derramar una sola gota de sangre. Ya antes lo había logrado, haciéndole saltar, sin dar batalla alguna, de la capital, y ocupando pacíficamente la Metrópoli del virreynato. Ahora por medio de movimientos inexplicables para el vulgo, había constreñido al enemigo a embotellarse dentro de una fortaleza sitiada, en la que los víveres escaseaban. En ese momento, San Martín exclamó: «*Están perdidos. No tienen alimentos sino para 15 días. Después de ellos, serán míos*».

VI

El misterio de aquella noche.

¿Que pasó en las murallas del Real Felipe al introducirse en él Canterac? Esto ha sido un misterio hasta hace pocos años, en que el historiador Pacífico Otero, de inolvidable memoria para nosotros, descubrió los informes del Almirante Vacaro.

El 11 de setiembre en una memorable junta de Guerra convocada por La Mar, con asistencia del general Canterac, los Brigadieres Feliú y Monet, el jefe de Ingenieros Manuel Llanos, el Almirante Vacaro y los Coroneles Carratalá y Valdés, se conocieron las instrucciones expedidas por el Virrey La Serna a los expedicionarios: tomar Lima si podían hacerlo sin exponerse a un revés, imponer el más crecido cupo en metálico a los pobladores de la capital y llevarse la casa de moneda con sus máquinas, cuños, y hasta los empleados; tomar una parte de las armas del Real Felipe y aprovisionarlo para cuatro meses de resistencia. En fin, demoler si era preciso los castillos y regresar llenos de gloria, de fuerza y de oro a la cordillera. (4)

(4) Esta es la instrucción que trajo el jefe Canterac, digna de eternizarse en la memoria, así por lo contradictorio e impolítico de su tenor, como por el espíritu de arbitrariedades y encono que envuelve contra la capital, en desprecio de los intereses tan respetables del Rey y de la Nación y del honor de las armas españolas.— Impuestos de ella, y manifestando Canterac su decisión de no atacar al enemigo por creerlo superior en fuerza, se suscitó la cuestión con varios vocales, bajo las siguientes reflexiones: ¿A qué ha venido a acampar en el glacis de la plaza sin traer víveres, como previene la instrucción, ni auxilio de ninguna especie? Y en este caso ¿por

En este momento estalló la tempestad bajo las pesadas bóvedas de la Sala del Real Felipe, donde se celebraba la junta. Todo el plan había fracasado. Canterac penetraba al Castillo, a consumir con sus tropas, los escasos víveres que quedaban. Había desfilado delante de Lima y de los independientes sin disparar un tiro. Su ejército estaba mermado por las deserciones y era necesario que saliese cuanto antes, en una retirada que tenía mucho de fuga, para no empeorar la suerte de los sitiados; que ya estaba decididamente perdida por la desastrosa intrusión de Canterac.

La Junta de Guerra va perdiendo sus augustos caracteres. Bajo las pesadas bóvedas de la sala, retumban como cañonazos, las frases de nuestro y de reproche. Los bravos capitanes claman que un error del Virrey y una torpeza de Canterac, los ha perdido irremediablemente. Canterac perdida la moral vocifera y detona disculpándose, hasta que vierte la frase terrible: en el último caso hay que entregar los castillos después de saquearlos.

En medio de esta escena, digna de las pugnas de los réprobos en la obra del Dante, hay una máscara amarilla silente, apacible y fría, que preside el aquelarre sin una palabra, sin un gesto, sin una mirada, porque hasta los ojos háñse vitrificado en una actitud inexpresiva de cariátide. Es el General La Mar, que está bañando su espíritu en el primer rayo de la esperanza; capitular, rescindir sus compromisos con Fernando VII, consagrarse a la patria en que ha nacido.

Canterac partió el 14. Todavía un nuevo error obligó a regresar nuevamente al Real Felipe horas después, para definitivamente abandonarlo el 16 de setiembre, perdiendo sus efectivos por las deserciones más descaradas que nunca, de sus soldados y oficiales, y por los constantes ataques de las tropas y montoneras destacadas por San Martín, para picarle la retirada.

El prócer argentino comprendió que había llegado el momento de co-ger el triunfo del talento y de la táctica, sin verter una sola gota de sangre. Una de sus batallas blancas, batallas sin sangre, como el decía. Envió una vez más proposiciones de capitulación a La Mar, que esta vez las aceptó en el acto. (5) En el cuartel general de Baquijano, reunié-

qué no se ataca al enemigo que es el medio único de salvarla, con la esperanza fundada del éxito, ya que sus fuerzas compuestas de negros reclutas sin organización, faltos de artillería, pues sólo tienen 8 o 10 piezas de calibre de 4 y de 8 y dos obuses, de a 9, cuando en la plaza puede disponerse de un tren el más respetable, con que se les arroje de sus posiciones y obligue a dejar la capital?... .." (Memoria del Almirante Vacaro, reproducida por Pacífico Otero en su obra citada, tomo III, Pág. 426).

(5) "Desde este momento no teniendo ya que esperar del ejército del Rey y apurando nuestra situación por el estado de la plaza, falta absolutamente de guarnición, con víveres solamente para siete días, según se demuestra en el que acompaño con el No. 5, convocó el General La Mar a los jefes de la guarnición en Junta de Guerra y con el examen más detenido de nuestro estado se decidió por unanimidad entablar propuestas de capitulación con el General San Martín, que acababa de intimar por quinta vez la rendición de la plaza, en vista de haberla abandonado a su suerte el ejército del Rey y al estado apurado de víveres que le constaba. También había dos intimaciones: el jefe Cochrane de las fuerzas del mar con independencia de San Martín, a la que contestó La Mar con independencia y dignidad". (Memoria del Almirante Vacaro, reproducida por Pacífico Otero en la obra citada. Tomo III. Pág. 462).

rouse sus delegados, Manuel Arredondo y José Ignacio Colmenares, con Tomás Guido Diputado de San Martín, concertaron las bases el día 19, y el 21 los realistas desalojaron los castillos. Momentos después flameaba al tope de ellos el bicolor peruano; mientras el General La Mar, a la cabeza de sus tropas, desfilaba hacia Lima con todos los honores de una honrosa capitulación.

VII

Los roedores.

San Martín dejó en el Perú el 20 de setiembre de 1.822, entregando las insignias del mando ese mismo día, al Congreso que acababa de instalarse.

En ese instante hacen su irrupción en nuestra historia los Roedores.

Un grupo de altos espíritus, de esforzados varones, labora con abnegación y altura por la emancipación americana. No hay acción atrevida de que no sea capaz, ni empresa tan difícil como para no darle cima. Y así, entre esfuerzos de titán y ejemplos de heroísmo, va desorrollándose la gestación de la nacionalidad. Pero en los ángulos oscuros de los recintos más augustos y en los vericuetos de los campos de batalla, agítase entre las sombras un grupo de roedores que buscan el medro, se encarama, sabe Dios por qué artes, en las posiciones expectables y, en sorda labor de incisivos y garras, mina por sus bases los más sagrados monumentos.

Ellos han actuado para expeler a San Martín del poder y actúan enseguida para reemplazarlo por un triunvirato sin efectividad. En tanto que el Congreso, sede principal de los roedores, manejará los hilos del gobierno. (6)

Se necesitan tres hombres sonoros (7) y los roedores apuntan: el Ge-

(6) "La gente vulgar y sin principios era la más solicitada para representar una provincia que sólo de nombre conocía: el hombre honorable digno e independiente era un fantasma para los pretendientes o los mandatarios; y estas vilezas e iniquidades eleccionarias, nos dan la pauta histórica para apreciar el patriotismo de los que con tan reprobados medios se adueñan del poder". (Hist. del Perú Independiente.—M. N. Vargas.—Tomo II Pág. 5).

"La liquidación de las dietas fué una tarea bochornosa siempre. Tenían el pudor de tratarla en sesiones secretas. Algunos residentes en Lima, representantes de apartadas provincias, cobraban derechos de ida y regreso. Como el Ser Supremo tenían el don de ubicuidad. Quinientos mil soles costaba el Congreso ordinario". (Historia del Perú Independiente.—M. N. Vargas.—Tomo II Pág. 9).

"Luna Pizarro que quería dominar y temía que el ejército no fuera su instrumento si no organizaba y elegía a su amaño oponía su influencia y sus argumentos: en un elocuente discurso que alucinaba, probó la conveniencia y necesidad de que el Congreso continuara, con la suma del Poder, nombrando a tres individuos de su seno". (Historia del Perú Independiente.—M. E. Paz Soldán—2o. Período. Tomo I. Pág. 5).

(7) "Militar de escuela, inteligente, pegado a la disciplina, sin vicios, trato fino, palabras suaves (La Mar) fué el encanto de sus amigos y de los que le conocieron. Grave en el consejo, sereno en el peligro, parece que la muerte le hubiese revelado

neral La Mar, soldado lleno de prestigios y dócil instrumento (8) de Luna Pizarro; Manuel Salazar y Baquijano (9) bañado con una lumbre postiza, destello de la gloria de su insigne tío José Baquijano y Carrillo Conde de Vistaflorida y heredero de su título, y Felipe Antonio de Alvarado, que ostenta los prestigios del apellido de un soldado lleno de méritos y de reveses, su hermano el General Rudecindo Alvarado.

Nada hizo ni pudo hacer La Mar en su Junta Gubernativa de figurones. Ni siquiera mantenerse en ella, porque otra banda de roedores la destruye, a su vez, hasta hacerla caer tristemente, en el cuartelazo de 23 de Febrero de 1.823. Verdad que al triunvirato y al Mariscal Riva-Agüero, su sucesor, está quemándoles desde lejos la hoguera de las glorias de Bolívar. Bolívar es el Sol: al acercarse sus resplandores calcinan la hojarasca del discutible mérito de tanto pigmeo. Además necesita convertir en cenizas al Perú, para imponer su planta sin contradicciones y sin control en la tierra de los incas, donde está escrito que ha de librarse la última batalla de la independencia americana.

que no le sorprendería en el campo de batalla. Estudiaba en mucho a los oficiales estudiosos y la mejor recomendación para ellos en su concepto era la competencia profesional. Lleno de cualidades excelentes, franco sin resabios, generoso, magnánimo jamás se dejó arrastrar por la ambición, ni seducir por el lucro, que en sus grandes miras, nada era más noble que prestar sus servicios a la patria desinteresadamente.

“Por desgracia su probidad y buena reputación no estaban realizadas por la energía de carácter y la vivacidad. Débil, caviloso, taciturno, era todo un hombre de bien, a la vez que un misántropo esclavo de la malicia; y así Luna Pizarro encontró en él una víctima inconsciente y propia para sus planes políticos.

“El primer paso de una nación libre fué pues una cábala de la intriga, en la que se aprovechaba de la buena fe e ingenuidad de un patricio para enseñorearse del poder. Luna Pizarro era uno de esos ilustres y aunque no ignoraba que la verdadera democracia exige el olvido de sí mismo y que las circunstancias le ofrecían una oportunidad brillante para ser el fundador de un Estado, prefirió disponer de la Junta, a someterse a sus órdenes, no obstante de que veía al país al borde de la ruina

“La presidencia de ella (de la Junta Gubernativa) tuvo también por objeto quitarle a La Mar el mando de la expedición que se proyectaba. El y Arenales, únicos competentes para dirigirla, eran dos fantasmas para los pretendientes”. (Historia del Perú Independiente.—M. N. Vargas.—Tomo II. Pág. 17).

(8) Paz Soldán juzga a La Mar así: “La Mar, según hemos visto, fué nombrado Presidente del Consejo de Gobierno desde enero de 1825, pero continuó en Guayaquil hasta diciembre, sin resolverse a venir a Lima a desempeñar la Presidencia del Consejo. Por una parte preveía los conflictos en que se vería envuelto bien a su pesar, y por otra conocía que ni por su carácter ni por el cansancio que dan los muchos años en los negocios públicos era el hombre para la política; confesaba ingenuamente que no había nacido para mandar: **Tel brille aud second rang qui s'eclipse au premier**, le decía su amigo Luna Pizarro. (Historia del Perú Independiente.—II Período.—Tomo II.—Pág. 58).

(9) “En cuanto al Vicepresidente, no creemos que el paisanaje nos ciegue cuando tributamos la justicia debida a sus servicios, integridad y firmeza de carácter. Es un magistrado que hace honor a Lima; el valor civil es tan apreciable como el guerrero, y aún más difícil de encontrarse”. (La Crónica Política y Literaria de Lima, 11 de Junio de 1827).

VIII

El Sol de Ayacucho

La Mar ingresó con Unanue, ambos como representantes por Puno, a la Primera Asamblea Constituyente del Perú. Y cuando ésta recibió de San Martín—que para siempre nos dejaba—las insignias del Poder Ejecutivo, presidió la Junta Gubernativa, que arrastró una lánguida existencia, desde setiembre del 22 hasta febrero del 23, 5 meses y una semana, al final de los que el primer cuartelazo de nuestra vida independiente, le arrojó del palacio de Pizarro. Aquel 23 de febrero inicia el menguante de la estrella del insigne General. Desde ese momento con violentas alternativas las mareas del destino le elevan a las cumbres y le precipitan a los abismos, como juguete a veces de la fatalidad de los acontecimientos y a veces de la intriga de los hombres, que sorprenden la buena fe del guerrero y la confianza del caballeroso amigo. (10)

Es entre esas alternativas, que tócale llegar al punto más alto de su gloria: Ayacucho. Desde meses atrás, solicitado por Bolívar entregóse a crear una división peruana, para participar con los bravos de Colombia en las últimas campañas de la independencia. Está en Junín presente, aunque

(10) El General Heres decía en una carta: “Es preciso que no se alucinen allí creyéndole un gran hombre; es menester que se convenzan de que no es para este tiempo; La Mar llenaría su vocación si fuese al desierto a vivir una vida anacoreta”.

Otra —1825.—“V. E. se servirá considerar los embarazos en que se encontrará el General La Mar, mientras vea en posición a Santa Cruz, Gamarra y La Fuente, de quienes desconfía y a quienes teme, sea o no, con fundamento y ¿qué puede esperarse de un hombre con tales ideas? Lo dejo a la penetración de V. E. En cuanto a mí, creo que aunque esos tres jefes expresados, no hagan nada contra el General La Mar, por consideración a V. E. ahora, y otro día por patriotismo, me atrevo a asegurar que jamás obrarán de buena fe a sus órdenes, y, aunque rivales entre sí, se unirán siempre contra él”.

Otra.—1828.—“Gamarra no es ningún atrevido, capaz de arrojo y aún suponiéndolo tal el estado de Lima y de revolución, en que él sin duda tendría parte, siendo contra La Mar”.

Dice Paz Soldán: “En la mente de Luna Pizarro y su círculo, ya se tenía señalado el personal de la Junta y para legalizarlo se procedió en el mismo día, a elegir a esos tres individuos. Recayó el nombramiento en el General don José de La Mar, don Felipe Antonio Alvarado y el Conde de Vista Florida don Manuel Salazar y Baquijano. Quedaba desde este momento sembrado el germen de todos los males que pronto causaron la desventura de la patria. La división del poder siempre lo debilita y es casi imposible proceder con vigor; esto sucede aun cuando los miembros del poder sean activos, enérgicos e inteligentes individualmente; mas por desgracia en la elección sólo se había consultado un personal fácil de ser guiado por inspiraciones ajenas. La Mar como militar tenía incontestable mérito; sus honrosos antecedentes; su estudio en las guerras de la Península; su probidad notoria y acreditado patriotismo no bastaban para dominar la situación. Como militar tenía valor para presentarse delante del enemigo o atacar una fortaleza. Mas en el gabinete, era tímido, débil hasta el extremo. Toda observación le producía efecto y en sus dudas se inclinaba ante la opinión del último que hablaba” “La Mar era íntimo amigo de Luna Pizarro, le agradaba más dirigir al que mandaba que mandar él; tal es la verdadera causa de que La Mar fuera Presidente de ese triunvirato”. (Historia del Perú Independiente.—M. F. Paz Soldán.—II Período.—Tomo I Pág. 7).

no interviene en ese lance, que fué sólo un duelo de caballería, y actúa en Ayacucho como factor decisivo (11) desde antes de la batalla.

Sucre vacila entre si emprende el combate o la retirada. Reune a sus generales para someterlos el asunto, y es La Mar, el lánguido La Mar, quien abandonando su acostumbrada timidez, con más calor, se pronuncia por el ataque y decide el punto. (12)

Luego en medio de la épica jornada tocóle luchar con el más temible de los grandes generales españoles, con Jerónimo Valdés y sus aguerridos batallones. Entonces puede verse la preparación y la moral que La Mar ha infundido a sus reclutas peruanos. (13)

11) "En el parte de la batalla de Ayacucho dice Sucre "que recomienda a todos los valientes de la tierra "la serenidad con que el Sr. General La Mar ha rechazado todos los ataques y aprovechado el instante de decidir la derrota".—El Cónsul yanqui en Lima, Tudor va más lejos; recogiendo una opinión muy generalizada, afirma que el triunfo de Ayacucho se debió a La Mar.

(12) Agrega Gutiérrez de Quintanilla en su erudito aunque estrambótico folleto citado: "Autorizándose con el relato del General Nieto, el Deán Valdivia refiere cuál fué en el ejército unido libertador el proceso generador de la gloriosa batalla. La victoria brilló en el espíritu del eminentísimo La Mar antes de la deliberación. A su empeño por librar batalla el General Sucre, opone las dos reflexiones con que finaliza el pliego escrito por el Ministro Heres. Extremada circunspección, tino sumo en las operaciones, no libran la suerte del Perú y la América a la suerte de las armas, sin plena y absoluta seguridad del éxito". La excepcional responsabilidad contemplada y en estos términos definida, cohibe la acción del General en Jefe. La posible derrota causaría el pavoroso desastre del Perú y de Colombia.

"Reconocida aquella pobre situación, La Mar propone romper los fuegos. Soy de vuestra opinión replica Nieto; si hemos de morir sin resistencia mejor es morir en el campo enemigo; que sea allí el combate de las dos fuerzas, la del verdugo que a mansalva mata y la del patriota que indefenso vence. Así llegó el 8 de diciembre de 1824, "día en que habiendo medido el sentimiento de la oficialidad, La Mar representa al General en Jefe la necesidad de resolverse a dar la batalla. Sucre se resiste, pero accede a la celebración de una junta de guerra. Allí expuso La Mar las siguientes razones: Nuestro ejército es inferior al realista: perdimos en Corpahuaico parte del mejor batallón de los aqueipos y la artillería; fuerza enemiga nos cortará la retirada sobre Huanuco; la tropa está sin calzado y los caballos sin herraduras; rehusado el combate, nuestra retirada se hará a través de los pueblos hostiles y sin descanso; la retirada sobre Lima o Ica nos obliga a salvar la distancia inmensa, que bastará a destruirnos; en este precioso y reducido valle la naturaleza cubre nuestros flancos y el frente, de manera que el enemigo no podrá acometernos en formación: tenemos a retaguardia el pueblo de Quinua, de donde recibiremos auxilios; los españoles están colocados en la dura situación de atacarnos; nuestro ejército es valiente y no pudiendo desplegar el enemigo toda su fuerza, veo de nuestro lado las posibilidades de la victoria".

"Este razonamiento persuade a los principales jefes y provoca en la Junta la votación deseada. Apoyado por la opinión unánime de los jefes peruanos, La Mar había conferenciado antes de la Junta con el General colombiano José María Córdoba, quien de un salto se pone de pie, escribe el Deán Valdivia, y abraza a La Mar diciéndole: "Mi General, cuente conmigo y con mis compañeros y se dará la batalla y mañana seré General de división o estaré en los infiernos". El abrazo de estas dos culminantes figuras, fué un seguro de victoria, presagio de luminoso día".

(13) 179.—Carta a Sinforiano García. 18 de diciembre de 1824, de Huamanga. Describe la batalla de Ayacucho y dice: "Mientras que la división del Perú, al mando del General La Mar y algunos batallones de reserva batieron completamente la derecha enemiga, que talvez tendría más de cuatro mil hombres".

Finalizando al momento de pronunciarse el triunfo de las armas americanas, cuando los realistas buscan la salvación escalando el Condorcunca, aparece la gallarda división peruana con La Mar a su frente, en la cumbre. Con previsión y denuedo han escalado antes las alturas, para cortar la retirada al enemigo. Horas después, arrastra a Canterac a la tienda del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, Jefe del ejército patriota, a solicitar una capitulación. En la gran jornada de Sucre, Córdova y La Mar, éste estuvo tan alto como Sucre y por encima del impetuoso Córdova, a quien aventaja en profundidad y competencia.

Hay tres grandes momentos de La Mar en la epopeya del Condorcunca. La víspera cuando su palabra se impone a Sucre, que supeditado por las órdenes de Bolívar, quiere rehuir el lance, en el fragor del combate, cuando se enfrenta con el más temible jefe godó: Valdés, y decide la victoria, y en el epílogo, cuando busca a Canterac, lo convence de que debe capitular y lo conduce, casi prisionero, a la tienda de Sucre.

La Mar es hombre de Ayacucho. El 9 de diciembre es el día cumbre de su existencia. Mereció que la suerte que tanto le halagó esta vez, hubiera completado sus favores, haciéndole mandar el ejército. Entonces hubiera sido el autor del último lance de la epopeya de la emancipación de un mundo. Pero no puede hablarse de injusticias de la suerte. La Mar había luchado antes contra la Independencia hasta 1822. La fortuna fué pues generosa al otorgarle el rol más brillante, aunque no el más elevado, el epónimo día de América. (14).

Después los pasos del Mariscal son vacilantes. Guarda secreto rencor a Bolívar, que lo ha humillado en Guayaquil. (15). Oculta sus sentimientos, mientras la causa del Perú le impone colaborar al lado del hombre de Carabobo, pero todas sus pasiones de hombre tímido, puntilloso y reconcentrado, se revuelven cuando Bolívar le cerca y le presiona

(14) "La hacienda Ocucaje y la Venta situada en la provincia de Ica, propia del Sr. Manuel Arredondo, Marqués de San Juan Nepomuceno y Regente de la antigua Audiencia de Lima, fué adjudicada al General La Mar en premio de sus servicios: al tiempo de la adjudicación como bien confiscado habían en poder del Administrador de dicha hacienda seis mil y más pesos, producto de ella en años anteriores; el General La Mar no sólo devolvió la hacienda, sino también los productos a la Sra. Ignacia Noboa, sobrina política del expresado Regente y mujer del heredero de éste, la que vive aun en esa ciudad y posee el fundo". (Narración.—M. V. Villarán. P. 127)

(15) Párrafo de una carta de Bolívar al Coronel Tomás Heres. Ica, 20 de abril de 1825.

"Cuando llegue el General La Mar, dígame Ud. que estoy muy enfadado con él, que no ha querido venir a encargarse de su presidencia, que no tenga miedo del Gobierno, pues cuando yo deserte podemos desertar los dos juntos, y que mientras tanto su honor y el mío, reclaman esta reparación solemne, para que todo el mundo vea que yo soy justo con los justos y bueno con los buenos, y que si alguna vez soy violento, también suelo ser generoso en mis reparaciones, no obstinándome en sostener mis faltas o mis equivocaciones. Porque lo he desterrado de Guayaquil, quiero que sea Presidente del Perú. Impóngale bien del estado de las cosas, del espíritu del Gobierno y de mis intenciones.

para que asuma el mando de la República, después del triunfo. (16). Al fin la voluntad incontrastable del Libertador le arrastra al Palacio de Pizarro, y como ahí vacila, tómale materialmente de los brazos y, en forma antielegante y brusca le sienta en el sitial presidencial, ante la expectación de la multitud. No sólo fue infeliz la postura en que el desventurado Mariscal cayó sobre la silla, sino que nunca pudo rectificarla, y en su menguada permanencia de unas pocas semanas en ella, todos fueron traspiés y falsas posiciones, hasta que un buen día desapareció desairadamente por el foro.

Desgraciadamente La Mar tenía un amigo intrigante como Talleyrand, astuto como Richelieu y sinuoso como Mazarino: Luna Pizarro. Y este amigo con su espíritu insinuante, su gramática parda y su voluntad acerada, tenía envuelta en una invisible tela de araña todas las determinaciones del Mariscal, desde muchos años atrás. El le llevó al palacio en la junta gubernativa de 1822, para así presidir, tras de la pantalla, a la Cámara y el Ejecutivo, por medio de hechuras suyas. Cinco años después, cogiéndole entre sus melosidades y latines, arrastróle nuevamente al mismo sitio, esta vez ya no para entregarlo al ridículo, sino para el martirio.

Ido Bolívar, en setiembre de 1826, quedó Santa Cruz en su reemplazo como jefe del Concejo de Gobierno; pero cuatro meses después fué sorprendido por la sublevación de la división auxiliar colombiana contra el Libertador (26 de enero de 1827), de la que el Perú se aprovechó hábilmente para deshacerse de esas tropas, que ya estaban demás, y que eran una limitación de la soberanía nacional. Aunque Santa Cruz, como político hábil, se plegó, a última hora, al movimiento contra Bolívar, fué considerado como uno de los derrotados en él; y antes de perder su pres-

(16) "He recibido ayer su amable carta de Ud. del Cuzco. Me ha gustado infinito su franqueza, y aun más su moderación. Ud. dice cosas magníficas con un aire de sencillez que las recomienda en extremo. Esta misma sencillez es la que me anima más y más, a poner toda mi confianza en Ud. y encargarle de la presidencia del gobierno que voy a dejar en esta capital. Por lo mismo le insto a Ud. con el mayor encarecimiento para que se venga volando, a fin de que no haya retardo ni perjuicio en el gobierno a mi marcha.

"Yo creo que Ud. puede mandar buscar a su señora y establecerla aquí, probablemente bien. También creo que Ud. necesita de tomar aunque temporalmente el gobierno, para vengarse de un modo glorioso de los que lo llaman traidor. Estando yo en el Perú no hay ni el más pequeño temor de una desgracia como la pasada, mucho más cuando todo está quieto y triunfante Ud. mismo en Ayacucho, lo que ninguno de sus rivales puede decir: los facciosos han sido batidos por la dictadura. Venga Ud. mi querido General, a colmar mis deseos y a adquirir más gloria, pues ésta deber ser insaciable cuando se funda en sus verdaderos principios. Rousseau decía que mientras tuviese bienes que hacer a la humanidad, el hombre que quedaba en la inacción era culpable. Ud. sabe si la humanidad necesita aún de nuestros servicios, además los peruanos son para nosotros bienhechores, pues que nos han dado motivos de gloria y nos han mostrado su confianza, hija de una gratitud ilimitada. Estos son beneficios que no debemos olvidar

"Adiós mi querido General, soy de Ud. de corazón.

Bolívar".

(Carta a La Mar, de 17 de febrero de 1825.—Lecuna.—Tomo V.—Pág. 259).

tigio, hubo de marcharse. El Congreso que como el de 1822 había caído entre las redes de Luna Pizarro, naturalmente eligió a La Mar, Presidente de la República.

Ya el desventurado pupilo del Talleyrand arequipeño, no va a tener en el resto de su vida un sólo día de felicidad, de calma siquiera. Su estrella se ha apagado para siempre. La gloria es una ogresa que se entrega a los fuertes y devora a los débiles que osan llegar hasta ella. El destino depara días aciagos a los que después de haber escalado el pináculo, no saben erguirse en él; a los astros sin luz propia, que entregan su suerte y la de los pueblos a la influencia de validos y de mentores.

I X

Guerra contra Bolívar

Cuando el General La Mar fué elegido Presidente de la República, por obra y maquinaciones de Luna Pizarro, (17) gozaba de un sólido prestigio y del respeto de todo el país. Es más, en esos momentos representaba lo más distinguido y sin mancha del ejército. Pero tenía en contra su extranjería, había nacido en Cuenca que pertenecía a Colombia: la Gran Colombia, compuesta por Nueva Granada, Venezuela y el Ecuador. (18)

(17) "Se procedió pues a elegir y La Mar obtuvo 58 votos y 29 Santa Cruz. Cuando después de la renuncia de San Martín, el Congreso Constituyente nombró a quienes debían reemplazarle, Luna Pizarro también había hecho elegir a La Mar. Más tarde, muerto La Mar en 1884, haría elegir a otro militar sin espíritu militarista, a otro espíritu bondadoso pero sugestionable". (J. Basadre.—La Iniciación de la República.—Lima.—1929. Pág. 146).

(18) Dice Basadre: "Fue La Mar hombre serio pero sencillo y afable. Poco amigo del boato. Inauguró su gobierno desembarcando en Chancay y entrando clandestinamente en Lima para evitar las manifestaciones populares; y lo concluyó cuando los enviados para deponerlo penetraron sin dificultad en su casa y aun en su alcoba. Tenía una brillante foja de servicios que se iniciaban en las campañas hechas en España contra la invasión napoleónica, y que concluía con la batalla de Ayacucho en cuyo comando tuvo intervención eficaz. Pero íntimamente La Mar no era soldadesco. Por eso reiteradamente los liberales que manejaba Luna Pizarro, lo ungieron llevándolo al poder. El lo aceptó con repugnancia. Quizá fué el único militar en el Perú que no recibió la banda presidencial con la sensualidad satisfecha, de recibir el último, el más preciado de los entorchados"... Pero La Mar era al mismo tiempo, según lo dijo alguna vez Bolívar, el más tenaz y el más tímido de los hombres, capaz de todo lo grande y todo lo bello, y al mismo tiempo incapaz de quererlo hacer. Sus virtudes personales resultaban en la convulsa vida pública de entonces, defectos y deficiencias"..... Las circunstancias del momento lo lanzaron a una guerra discutible, y, en vez de recoger de ella laureles, que hubieran señalado para el Perú un nuevo trazo en sus linderos y una más permanente tranquilidad, obtuvo el estigma de la derrota y el desencanto de ir a morir en una tierra ignota. Pero al lado de las arterias de Gamarra y Santa Cruz, de los arrebatos de Salaverry, la figura de La Mar se engrandeció. Puede censurársele de que no fuera certero cazador del éxito; pero su gloria es la gloria un poco pálida, sin apasionamientos ni detractores, que sugiere el respeto y acaso la veneración, y también a veces algo de piedad".— (Iniciación de la República.—Pág. 178).

Verdad es que regía una Ley del Congreso Peruano, de 12 de febrero de 1825, que decía: «a todos los individuos que han servido en la campaña del Perú, desde el 6 de febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho, se les declara la calidad de peruanos de nacimiento con opción a todos los empleos de la República»: pero en esos momentos de ambiciones sin elevación de miras, ni pudor, el más nimio pretexto, servía para fulminar al hombre que cerraba el paso a los inmorales políticos del día. Los aspirantes a la primera magistratura y sus acólitos, se multiplicaban en una campaña de prensa, pasquines y peroraciones de plazuela contra el extranjero. (19) Además la Constitución de 1822 exigía la peruanidad de nacimiento para ser Presidente, y la misma Constitución del 28 jurada siendo La Mar Presidente —19 de abril— determinaba lo mismo.

La Mar que atacado en diversos diarios en ese momento era más extranjero que nunca (20), porque había aceptado pocos meses antes, el cargo de Jefe civil y militar de Guayaquil, a la sazón perteneciente a Colombia, concibió, según sus detractores, la idea demente: conquistar Guayaquil y anexarlo al Perú, para no ser extranjero. (21). Esto rompía los nobles anhelos de un concierto americano y entronizaba la política de

(19) Al día siguiente de la elección de La Mar, como Presidente, la Crónica Política y Literaria de Lima, erudita revista de José María de Pando, decía: “La sesión del día 9 ha cubierto de gloria al Congreso; uno de sus más arduos deberes ha sido llenado, en nuestro concepto con admirable tino. No tenemos la honra de conocer al General La Mar, pero conocemos su historia y hemos venerado siempre su noble carácter. La suya es una de aquellas pocas reputaciones que se pueden llamar immaculadas y que ha respetado el diente viperino de la calumnia. Honrado, instruido, desinteresado, lleno de pundonor y delicadeza, patriota constante, guerrero denodado y magnánimo —nada le faltaría tal vez para ser el jefe más perfecto de una nación libre, si tuviera también aquella confianza en sí mismo que asegura el éxito de las providencias y aquel desprecio de las murmuraciones que eleva al hombre superior sobre la atmósfera de las pasioncillas innobles y las ruines emulaciones: Si como de todas veras deseamos, subyuga el General La Mar ese terror que le inspira el mando supremo y se presta a los votos de un pueblo que lo ama, esperamos confiadamente que su ilustrada razón, su tacto delicado le sugieran la necesidad de desatar completamente los vínculos que le ligan a otra sociedad, haciéndose exclusivamente peruano”. (11 de junio de 1827)—(En Pando como en el alacrán, en la cola estaba el veneno.)

(20) “Seguro ya el gobierno peruano por la parte de Bolivia, se apresuró el General La Mar a llevar adelante sus proyectos, movido por interés personal, pues sin la calidad de peruano de nacimiento no podía conservarse a la altura a que con aquel fin lo habían elevado. Parece que contaba con un auxilio poderoso. ¿Quién era éste? apenas podría decirse quién era, si los hechos históricos no hablaran, era el partido que se llamaba liberal en Colombia o más bien dicho en Nueva Granada”. (Memorias Histórico-políticas.—J. Posada Gutiérrez.—Tomo I.—Pág. 213).

(21) Emilio Gutiérrez de Quintanilla, cultor de la memoria de La Mar, dice en su folleto **Homenaje de la Obra la Campaña de Ayacucho al Centenario de la Libertad Sudamericana**: “Para negar al Gran Mariscal su nacionalidad peruana se dice: nació en Guayaquil el año 1788; pero se desconoce la legislación y la historia de la época que antecedió a la era republicana. Se olvida que la nacionalidad peruana de Guayaquil, data del siglo de la conquista, en la monarquía española del Nuevo Mundo se dividía en dos grandes y únicos dominios: Nueva España por el Norte y el Perú, desde Panamá hasta el confín austral de Sud América. El Virreynato de Nueva Gra-

conquista, execrable en todos los tiempos de la humanidad. Pero más adelante veremos como, si no es falso este cargo, por lo menos dista mucho de estar comprobado.

Nadie querrá la guerra contra Colombia, pero como a La Mar, según se creía, le interesaba que Cuenca fuese peruana, se le imputó el provocarla. Todo esto hizo que el país comenzara a desconfiar del mandatario. Y más aún cuando se vió hasta qué punto llegaba el valimiento de Luna Pizarro. Este peligroso cuanto eminente político, que en 1825 quemaba el incienso de la lisonja ante Bolívar y en 1829 predicaba la guerra santa contra él, que hacía de los hombres muñecos, quiso hacer de los muñecos hombres, cosa mucho más difícil; y de los pliegues de su sotana comenzaron a surgir como homúnculos de las retortas de un mago negro. Para Vicepresidente surgió Salazar y Baquijano; para el cargo diplomático más difícil—representante ante Bolívar—Villa; para Ministro de Hacienda, Vizcarra. Estas fueron las hechuras de Luna Pizarro; la banda de roedores.

Por otra parte, Gamarra estaba en el Cuzco (22) al frente de una fuerte división y La Fuente en Arequipa, como Prefecto, desde los tiempos en que Bolívar pasó por esa ciudad; y, para mayor calamidad, Santa Cruz acababa de ser elegido Presidente de Bolivia. O La Mar sabía que estos tres generales no le eran leales, en cuyo caso fué débil al no echar a los dos primeros, o lo ignoraba, y entonces era candoroso. Era de todos—menos de La Mar—conocida la deslealtad de los tres. Ya Heres, en carta de 16 de setiembre de 1825, había dicho a Bolívar: “Creo que aún que estos tres jefes expresados (Santa Cruz, Gamarra y La Fuente) no hagan nada contra el General La Mar, por consideración a V. E. ahora, y, otro día por patriotismo, me atrevo a asegurar que jamás, jamás obrarán de buena fe a sus órdenes, y aunque rivales entre sí, se unirán siempre contra él”.

Para cubrirse las espaldas en la campaña, llamó La Mar a Gamarra y para cubrírselas en Lima, dejó a Salazar y Baquijano al frente de la situación, sin darse cuenta de que el honrado y caballeroso Salazar era otro La Mar, pero un La Mar sin Ayacucho y sin espada.

nada, que en 1777, no es más que un conato y que sólo 22 años después comienza a ser realidad histórica temporalmente incluyó a Guayaquil dentro de su jurisdicción gubernativa, como se dispuso en Real Cédula de 1739, pero esta desintegración del Perú que dura del reinado de Felipe V al de Carlos IV, cesa en virtud de otra Cédula, que en 1806, devuelve Guayaquil definitivamente al Perú. Hacía ya tres años que éste gobernaba allí en cumplimiento de real orden; porque la reincorporación decretada en 1803 era absoluta y la motivaban razones militares y administrativas. Así lo reconocen y dicen los letrados cuyos dictámenes jurídicos se agregaron a la Memoria presentada por el Perú ante su Real Arbitro en litigio de fronteras con el Ecuador”.

(22) Dice Basadre: “En el Sud se halla —escribía Vidaurre— el benemérito General Gamarra a la cabeza principal del ejército. El obra de un modo independiente, desobedece las órdenes de La Mar y las desprecia, promueve licencia, castiga y da grados sin consulta. Aumenta las plazas de los batallones y el número de ellos. Estos hechos no sujetos a controversias ni disputas”. Sucre decía en una carta a Bolívar: “Ud. conoce a todos (los aspirantes del Perú) y sabe que este niño del Cuzco o es presidente o se hace él aunque sea cabeza de ratón. Cada día crece su ambición y cada día tiene más desprecio por el General La Mar” (Iniciación de la República.—Pág. 177).

Rechazó las proposiciones de paz de Sucre que pasaba por el Callao, el 10 de setiembre de 1828, y las que antes del combate reiteró este General (23). Avanzó como ciego en territorio colombiano, venciendo precipicios y cordilleras, sin ponerse en el acaso de que se le estuviese facilitando el ingreso para cogerlo en una ratonera, y cuando ya estuvo en ésta, no la vió todavía. Sucre le envió un nuevo mensaje conciliatorio (24), diciéndole sin ambages: le hemos traído a las montañas para cogerlo, y está Ud. perdido; y esta vez ya La Mar no fué sólo ciego sino sordo, y rechazó las proposiciones. Esto era tan incomprensible que Sucre, con su habitual perspicacia, dijo: "Si los peruanos estuviesen mandados por un peruano, no sería posible la guerra".

X

La Mar y Sucre

¿Qué ocurría en el ánimo de La Mar? ¿Por qué rechazaba una y otra vez, la mediación conciliatoria de Sucre? El caso, al parecer inexplicable, tenía sus razones.

Antonio José de Sucre estaba igualmente dotado de condiciones de eminente guerrero y de eficientísimo diplomático. Parece imposible que coexistan en tan alto grado dos calidades tan opuestas al parecer, como la más puntillosa caballería, y el don de usar toda clase de medios, siempre que se trate de llenar una misión útil a la patria o de cumplir un deber.

Sucre sabía desdoblarse, cuando el servicio lo requería. Entonces cumplía su misión con los medios de los más temibles diplomáticos de la escuela de Taylleraud o Machiavelo, y resultaba el más cumplido funcionario de su Cancillería o de su jefe. Pero fuera de estos momentos, es decir, en todas las horas de su vida, era el personaje de elevados sentimientos y grandes arranques, enérgico sin durezas y justo con humanidad. En fin, el caballero digno de que el destino confiara a su corazón y a su espada, el último y el más brillante de los encuentros en la lucha heroica por la emancipación de un mundo.

Todas sus características exteriores coadyuvaban a hacer de él un alto factor diplomático, un agente secreto, un miembro del *Intelligent Service*, si es dable usar el nombre de la admirable institución de policía diplomática, a la que debe Inglaterra más éxitos que a sus armas y a sus esterlinas.

(23) Aun los historiadores peruanos, que tantos elementos tienen para conocer la política de Sucre, repiten el concepto, que ya es lugar común, de la pureza absoluta del representante de Bolívar en Lima, en 1823.

(24) "En Lima, Sucre no dejaba de tener sus inquietudes. Reconocía la importancia de la campaña muy superior a la de Chile, a la del Magdalena y a la del Plata y la incompetencia de Riva Agüero para dirigirla. Quitarle el mando de hecho era sembrar la discordia, hiriendo el sentimiento nacional; dejárselo, comprometer la suerte del Perú y quizás la de toda Sud América; no quedaba sino el término medio de aconsejar al Congreso que salvase los fueros del poder, sin desatender los graves cuidados de la guerra". (Historia del Perú Independiente -M. N. Vargas.-Tomo II.- Pág. 74).



Fachada de la Iglesia del Hospital. (Arte colonial)

Sucre, con su fisonomía de niño candoroso, era como esos vientecillos de los Andes, que no apagan una vela, pero que matan de pulmonía a un Hércules. Ese vientecillo silencioso había bronconeumonizado a Riva-Agüero (25) entre palabras nobles y actitudes de comedia elegante, hasta sumirlo en el último trance, colocándolo en la fatal pendiente. Para todo esto halló editor responsable: el Congreso Peruano (26). Por eso la historia no le ha demandado responsabilidades [27]. Eso sí, cuando hubo deshecho a su víctima, tuvo una idea satánica: sirvióse de su cadáver político, para, a su turno, aniquilar al Congreso. Ya estaba bien inflamado el encono entre el Mariscal Riva-Agüero y el Parlamento; ya había bastantes injurias sangrientas que vengar entre ambos; estaba perfectamente cargada la mina y la pólvora era de buena calidad: el orgullo herido del altivo Mariscal; sólo faltaba ponerlos en contacto para disfrutar del estallido, y Sucre lo hizo [28] en el preciso instante.

(25) "Pero reconocí que a Riva-Agüero le faltaba esa autoridad que da un gran nombre y el Prestigio que difunde la rectitud moral, cuando luce en puestos eminentes, no se puede desconocer que la situación que se le había creado era intolerable, que era una provocación al hombre y un ultraje constante a la dignidad del mandatario". [Pág. 183—Bulnes].

[26] El historiador chileno Gonzalo Bulnes, que estudia con los valiosos elementos provenientes de la correspondencia secreta del Ministro de Chile en el Perú por aquellos años, Campino, la estrategia diplomática de Sucre para servirse del Congreso contra Riva Agüero, y de éste contra aquél con la finalidad de determinar la venida de Bolívar al Perú, tiene a guisa de párrafos que desde luego representan antes que nada el juicio sagaz y diligente de Campino Hélos aquí:

"Sucre que vivía con un ojo puesto en palacio, aprovechaba todas las faltas del Presidente, en favor de Bolívar, y minaba con habilidad y constancia el terreno que pisaba Viéndolo sin apoyo [a Riva Agüero] en ninguno de los ejércitos auxiliares, se avanzó a un terreno sumamente grave en su posición, preguntando él, agente de un gobierno extranjero y representante de un hombre cuya ambición se temía, si convendría que Bolívar llegando al Perú, depusiese a Riva Agüero". A continuación inserta Bulnes, las palabras textuales del diario secreto de Campino: "Sé que se le ha contestado por todos que este paso perjudicaría mucho la opinión del Libertador, que quedaría expuesto por él a las notas de usurpación, arbitrariedad y despotismo Con tales palabras Campino, emite indirectamente, su juicio sobre la labor subterránea de Sucre, en su calidad de diplomático y agente del Libertador".

[Últimas campañas de la Independencia del Perú, Santiago 1897.—Pág. 182].

[27] "Sucre debió sacar de estas respuestas la impresión de que era más conveniente para sus fines, que el Presidente fuera depuesto por el Congreso y no por Bolívar, y, probablemente por esto, dió el paso osado de ofrecer al Congreso apoyo de la división colombiana, para que perseverase en la lucha con el Presidente". [Ob. cit. Pág. 182—Bulnes].

"La nota pasada por el General Sucre al Congreso ofreciendo la división de Colombia como una garantía de sus libertades, ha sido interpretada por el Gobierno, por el Congreso y por el pueblo, como un malativo para que se haga una variación", dice en su **Diario**, citado por Bulnes. Pág. 182.

[28] Narra Bulnes como Sucre tan luego tuvo minado completamente a Riva Agüero, mediante la campaña que desarrolló en el Congreso, explotando el encono de aquel procedió a procurar la caída del Congreso para que desapareciese así el último asomo de autoridad en el Perú. Veámos sus palabras: "Riva Agüero que hasta entonces se había sometido a las resoluciones del Congreso por no poder contrariarlas, por estar en manos de Sucre, encontró en el último momento el apoyo de este hombre experto y sagaz, que por una contradicción fácil de explicar a la vez que era el autor principal de su caída, sería ahora su último recurso en la adversidad". Pág. 194].

Con un gesto lleno de generosidad y nobleza, negóse a consumir la caída de Riva-Agüero, que el mismo había inspirado a la Asamblea. Soy extranjero dijo. No quiero inmiscuirme en disensiones caseras. Y encerrando a Riva-Güero con sus bayonetas, y a los representantes inermes, en unos buquecitos, despidiólos a Trujillo, para que ocurriese lo que ineluctablemente debía ocurrir; que Riva-Agüero estrangulase al Parlamento.

Después de esto Sucre, como dice un historiador chileno, se lavó las manos como Pilatos [29].

¿Y por qué hizo todo esto?

Porque vino al Perú a desarrollar una misión secreta de Bolívar, que quería dominar de manera absoluta, porque así convenía a sus planes de libertad americana.

Bolívar, en carta que no vió la luz del día, porque nació destinada a las tinieblas, había dicho a Sucre lo que cualquier César puede decir al verdugo: anda al Perú, observa, intriga, anarquiza y desordena, hasta que no quede asomo alguno de gobierno, y, cuando hayas hecho de ese país un campo rosado, estará concluída tu misión y llegaré yo a imponer mi voluntad (30).

Las instrucciones eran protervas. Los medios vedados. Los agentes—excepto Sucre—elásticos; basta decir que el más eficaz de ellos era el General Heres. Todo medio es bueno, se diría el futuro Mariscal de Ayacucho, cuando el fin es bueno.

XI

Saraguro y Tarqui

Si en el Perú nadie quería la guerra contra Colombia, en ésta aún era menos deseada. Los móviles que se alegaban para ir a ella, eran solucionables sin necesidad de empuñar las armas. La retención de Jaén y Maynas por el Perú, la falta de pago de la deuda a favor de Colombia, la cuestión de los reemplazos, los desaires hechos, recíprocamente, en uno y otro país a sus Agentes Diplomáticos, fueron los pretextos de Bolívar.

[29] Aludiendo Bulnes a la medida de Sucre, de mandar a Trujillo a Riva Agüero y al Congreso, a fin de que éste pudiese vengar las afrentas de aquél, dice: "Es inútil llamar la atención al significado de estas condiciones, que son de una perfecta claridad. SUCRE SE LAVABA LAS MANOS DE TODO LO HECHO..... Con esta frase de Pilatos, califica Bulnes las actitudes de Sucre en el desarrollo de esta feroz intriga.

Una carta de Campino a su Gobierno, de 10 de julio de 1823, da cuenta de que un mes antes, al embarcarse el Congreso, por disposiciones de Sucre, con destino a Trujillo, "temía sus venganzas [de Riva Agüero] y anunciaba la intención de disolverse y no verificar su reunión acordada en Trujillo" El Congreso no se disolvió y continuó sesionando en esa ciudad; pero a las tres semanas fué desalojado a bayonetazos por orden de Riva Agüero, consumándose así el vaticinio público de que habla Campino y la finalidad perseguida por Sucre. Pág, 203].

[30] La carta a que aludo no figura en las "Cartas del Libertador", compiladas por Lecuna; pero Simón Rodríguez en su libro vindicando a Bolívar publicado en Are. Paipa en 1830, la reproduce.

Pero tanto en Colombia como en el Perú, los estadistas de mala ley aspirantes al gobierno o simplemente serviles del régimen imperante, sirviéronse de la guerra para sus fines de política interna.

Entre nosotros Gamarra, que acababa de invadir Bolivia ultrajando al General Sucre, (31) Presidente de ella y obligando a esa República a suscribir un tratado bochornoso, comprendió que había llegado su momento. Estaba al frente de una poderosa división que mandaba con autonomía casi absoluta, como si no dependiese del Poder Ejecutivo residente en Lima. En Arequipa el General La Fuente, como Prefecto, y en La Paz el Mariscal Santa Cruz, que había reemplazado a Sucre. Estos tres generales tramaron el complot para la deposición de La Mar (32) dejando imperecederas huellas escritas, que la Historia ha divulgado (33).

En Colombia la ola de odio contra Bolívar era incontenible. Su segundo, el General Santander, encabezaba la oposición, en la que militaban prestigiosos elementos, que enarbolando la bandera liberal, en contraposición a la "Vitalicia" de los bolivaristas, llevaron su saña hasta tramar primero el asesinato y luego la traición.

Bolívar en un principio, ante la actitud altiva de La Mar, montó en ira, y tuvo frases violentas contra los peruanos. Probablemente para él, La Mar seguía siendo su teniente, y no concebía la *insubordinación del*

[31] Gamarra con pretexto de una frase vertida por el Mariscal Sucre en su calidad de Presidente de Bolivia, en una proclama d. 6 de enero de 1828 pidió explicaciones a éste y aunque al parecer quedó explicada, una sublevación que estalló en La Paz en ese año contra el gobierno del Mariscal Sucre, en la que éste resultó herido en un brazo, dió nuevo pretexto, esta vez inauditamente descarado a Gamarra para penetrar a Bolivia, manifestando que lo hacía para resguardar la persona del Presidente. Desde luego este paso fue dado de acuerdo con el partido de oposición, que luchaba por arrojar al General colombiano para colocar en la presidencia al General Urdínea, que era boliviano. En un principio éste al frente de su tropa, salió al encuentro de las de Gamarra, pero observando el ambiente hostil a Colombia en todo el país, prefirió dejar el paso expedito al ejército peruano. El 6 de julio se celebró entre Gamarra y Urdínea el tratado de Piquisa, por el que entre otras cosas se convino, la retirada de las tropas colombianas, hasta embarcarse por la ruta que Gamarra designase.

A raíz de estos acontecimientos todo Bolivia glorificó a Gamarra como su libertador. Después las pasiones políticas modificaron las ideas y se concluyó execrándolo.

[32] "Como el plan de conspiración estaba preparado, dice Paz Soldán, como lo hemos visto, muy anticipadamente con La Fuente, éste llegó a Lima el 22 de mayo, con la división organizada en el Sur, y dió el grito revolucionario en Lima, un día antes que Gamarra, esto es, el 6 de junio destituyendo al Vicepresidente Salazar y Baquijano, bajo pretexto de que había dimitido en aquél el mando supremo, que aceptó bajo la denominación de Jefe Supremo, hasta la reunión del próximo Congreso".

[Historia del Perú Independiente.—Tercer Período.—Pág. 93]

[33] "Gamarra fue a la campaña del Norte con el propósito de derrocar y reemplazar a La Mar. Esto nadie lo ignoraba en Lima, ni la presunta víctima. Ojos avisoros, como los del sagaz Luna Pizarro miraban por él; pero nadie tuvo valor para afrontar la situación. En una carta Gamarra se expresaba así: "Si por fortuna para el Perú ha llegado a Islay el General La Fuente y se le ha hablado, tengo la satisfacción de asegurar a Ud. que estamos de acuerdo en que no es tiempo de obrar a medias".

Paz Soldán que divulga esta carta, omite el nombre del destinatario.

subalterno. Algo cambió de tono cuando palpó la realidad dolorosa de tener a casi todo su país en contra (34) y como a cada momento arreciaba el odio a su persona, que el 25 de setiembre culminó con el intento de asesinato, organizado por los elementos más ilustres del partido liberal. Sólo el heroísmo de esa gran mujer que se llamó Manuela Sáenz, y uno de los postreros destellos de la buena estrella del prócer, consiguieron frustrar el golpe.

Por otra parte, el General Obando, nacido en Pasto y enemigo del Libertador, se entretenía con La Mar (35) para que éste invadiera el Sur, en tanto él interceptaría en Juanambú a Bolívar y a sus tropas (36).

Todo esto hizo que el Libertador, cambiase de tono y tuviese palabras conciliatorias. Esto duró poco y, por otra parte, sus proclamas injuriosas fueron replicadas por La Mar en forma descompuesta, porque la cólera del mauso es siempre grave.

Finalmente La Mar optó por iniciar la ofensiva y partió a la cabeza de sus huestes, ordenando a Gamarra que dejara el Sur y se le reuniese en el Ecuador. A su turno el Mariscal La Fuente avanzó a Lima, donde esperó el momento para dar el golpe a favor de Gamarra.

[34] "En el párrafo que he copiado de los apuntamientos del General Obando, confiesa éste de una manera terminante su inteligencia y la del partido liberal en cuyo nombre obraba, con el conquistador extranjero; confiesa que estuvo entreteniéndose las discusiones con los comisarios del Libertador, dando tiempo a que "le llegasen noticias del éxito de las operaciones del Sur". Confiesa que al cabo de 20 días cuando las tuvo el **fatal suceso del Portete**, fue cuando se revolvió a transigir".

[Memorias Histórico Políticas del General J. Posada Gutiérrez.—Edición Ayacucho.—Tomo I.—Pág. 254].

[35] "Pasto 11 de diciembre de 1828 —Señor General José La Mar, Presidente del Perú.—Señor General..... Poca ha necesitado pues a más de la odiosidad que hay contra el General Bolívar, mi conducta en esta provincia cuando mandé como Gobernador, había creado en este país desolado una confianza ilimitada hacia mí, que me ha dado las ventajas del prestigio, por esta razón es que ocupé este puesto tan importante no por fuerza de armas sino por la opinión general; yo me ocupé hoy de algunos arreglos para hacer algún amigo sobre el Ecuador y apoyar de este modo las operaciones de Ud. que no debe dilatarlas por ningún motivo, pues actualmente se halla la República empeñada en la reacción, consiguiendo ventajas en todas partes y este es el momento en que el Perú recompense a Colombia la protección que le dió en igual compromiso, acordándose que nosotros no tenemos la culpa de la conducta del General Bolívar, en aquella nación, que como ésta ha querido volverla su patrimonio: todos estamos pendientes del apoyo del ejército auxiliar y ahora que el trono del Sultán bambolea sobre sus bases de arena, sin haber una sola mano republicana que no esté contra él, es que cae para siempre y la América del Sur contará con existencia".

[Carta de José Obando.—El Crimen de Berruecos.—J. B. Pérez y Soto].—[Tomo II.—Pág. 273].

[36] Otra carta de Obando a La Mar, de Guáytara de 29 de diciembre de 1828 dice: "Reproduzco dicha nota y ruego de Ud. a nombre de la República y de la humanidad que no detenga su marcha sino que la active hasta ocupar Juanambú. Todos los pueblos anhelan por el ejército auxiliar, y como digo, no encontrará sino muy pequeños estorbos para derribar como es debido, el trono del Dictador. Espere con este conductor, las órdenes de Ud. y le repito la urgencia de la pronta ocupación de este baluarte cuyos habitantes están dispuestos a morir, haciéndole guerra eterna al Sultán de Colombia".

[El Crimen de Berruecos.—J. B. Pérez Soto.—Tomo II.—Pág. 274].

Los peruanos penetraron en territorio de Colombia, donde los antiguos vínculos de esas regiones australes con el Perú, el odio a Bolívar y las relaciones de La Mar, que era cuencaño, hicieron que los pueblos recibiesen con entusiasmo a los invasores.

Al mismo tiempo, el General colombiano Obando levantó a los tenaces pastusos, que tanto que hacer dieran en años anteriores a Bolívar y a la Patria, y los lanzó contra el Libertador, ofreciéndoles hasta la proclamación de la sumisión a España y a Fernando VII... Además, continuó instando a La Mar para extender su invasión en Colombia.

Bolívar, que quería ponerse al frente de las operaciones tomando el mando de las tropas levantadas por el General venezolano Flores, quedó pues detenido en Pasto.

¿Por qué se perdió en Saraguro y Tarqui (37), luchando contra fuerzas inferiores y contándose con las simpatías de parte de Colombia? (38) Porque La Mar no era un Sucre (39), porque Gamarra no sólo era un ilustre estratega, especializado en perder batallas, y un emi-

[37] “La pérdida de la batalla se atribuyó como siempre sucede, dice Paz Soldán, a intrigas y a otras causas, sin querer convenir en que la impericia del General La Mar y el descuido que se observó en la campaña desde el principio, fueron las únicas causas del desastre. Nuestro ejército nunca se movía reconcentrando sus fuerzas y extendía sus fuerzas en terrenos fragozos y montañas inaccesibles, de suerte que la vanguardia distaba más de seis leguas de la retaguardia”.

[Historia del Perú Independiente. Tercer Período.—Pág 81].

[38] “He remitido al General Urdaneta una carta por la cual consta que Santander llamó a La Mar, indicándole los medios de hostilizar a Colombia. [C. de B. Tomo VIII.—Pág. 291.—A. Páez, 12 de abril de 1829].

Carta a Montilla de Quito de 12 de abril de 1829.

“Mi querido General: Yo principiaré por darle una buena noticia, copiándole un rasgo de una carta escrita desde Loja por el General Heres al General Urdaneta. Dice así: “Voy descubriendo aquí cosas muy buenas. En una mesa pública, brindando La Mar por Santander, añadió que venía llamado por él, que había sugerido los planes de invasión. La intención era ir hasta Juanambú, convocar un Congreso en Quito y separar el Sur con el título de República del Ecuador. La Mar debía ser el Presidente, como hijo del Azuay y Gamarra del Perú, reuniéndose en Bolivia. ¡Qué tal!”. [C. de B. Pág. 286].

(39) “La Mar en nuestra vida pública, representó la decencia, la caballerosidad; resaltó por su alma noblemente escrupulosa en una época de inicial depravación en los procedimientos. Fué respecto de los militares, lo que Unanue nuestro, respecto a los civiles Al leer su carta de 15 de agosto de 1825 a Luna Pizaro: “Yo no he nacido para mandar... hasta el nombre de Presidente me espanta”. Creemos recordar la frase de bobalición con que Orbegoso se perfila en sus Memorias: “Los violentos ataques que se dirigieron contra mí, afectaron tan profundamente mi sensibilidad hasta que comenzaron a caer mis cabellos y a debilitar el vigor de mi robustez. La Mar simboliza con todo el deber que se cumple sin los apresuramientos de tanto Catón falsificado y con la conciencia limpia de tantos pretéritos desmanes y finalidades rastremente humanitarias”.— [Historia y Biografía.—J. G. Leguía.—Pág. 149].

El General José Rufino Echanique, en Memorias, que permanecen inéditas, refiere lo siguiente:

“Cuando esa tropa [colombiana] llegó a la pampa, fué cargada por nuestra caballería, y acuchillada con toda ella, inclusive el valiente Camaraco. Fue después de esto y sin otro acontecimiento ni intento del enemigo, que apareció un parlamenta-

nente político, campeón de la anarquía, sino un soldado que todo la sacrificaba a su apetito de mando.

Mientras Obando lograba significativos triunfos contra las fuerzas de su patria, el ejército peruano era despedazado en Saraguro (12 de febrero de 1828) y en el Portete de Tarqui (27 de febrero) tanto por la pericia de los generales venezolanos Flores y Sucre, cuanto por las faltas de Gamarra.

Otra suerte tuvo el Perú en la campaña naval. En el primer encuentro una fragata y una goleta colombianas se pasaron con toda su tripulación. Después vino la toma de Guayaquil, porfiadamente defendida por tropas de Colombia. Uno de los últimos tiros disparados de tierra victimó al arrogante Almirante Guise, jefe de la armada, que para el Perú valía más que la plaza misma.

Sólo después de la derrota La Mar se avino a aceptar las proposiciones de Sucre, que había desechado hasta en los mismos momentos en que iba a empeñarse la acción.

A raíz del convenio que puso término a la guerra, Sucre expidió un decreto premiando a sus tropas y mandando erigir en Tarqui una columna con lemas injuriosos para el Perú. Esta es, acaso, la única vez que el brillante Mariscal perdió la línea exterior. Línea de honor, generosidad y caballerosidad, que fué la trayectoria de su vida. Esta pequeñez o error indignó a los peruanos, comprometió la suerte del tratado y encendió de nuevo los ánimos. Hubo algo peor: el vencedor cometió crueldades vergonzosas después de la victoria. El mismo Bolívar deja testimonio de ello.

Después firmado el convenio de Jirón, replegóse La Mar hacia el Sur y llegó a Piura, con propósitos de rehacerse y volver a la lucha. Pero no

rio del General Sucre, pidiendo tratar. Nuestro jefe contestó que trataría, quedando por lo tanto suspensas las hostilidades y dueño cada ejército del terreno que ocupaban y nosotros donde hubiéramos pernoctado y preparado la batalla general.

“Por precaución, mientras se trataba se cubrió el campo de avanzadas. Se me destinó a mí a una de ellas que fué a colocar el mismo General La Mar y menciono esto por un acontecimiento que debe conocerse, que valdrá algo para la historia. Situando la avanzada el General La Mar, dijo que la fuerza que se destinaba a ella, le parecía pequeña. Contestó el Coronel Althaus, jefe de ingenieros que lo acompañaba, que la consideraba suficiente. Entonces el General La Mar replicó: “También se me dijo que el Portete podrían sostenerlo contra un ejército dos compañías: y una División no ha sido bastante para sostenerlo”. No sé a quiénes aludirán estas palabras.

“En esa noche se hizo el tratado que todos conocen y por consecuencia de él, emprendimos la retirada al Perú, como en él se pactaba. Siendo lo que he dicho la verdad de lo que sucedió aquel día, nunca he podido comprender que se diera por perdida por nosotros aquella batalla; en la que habiendo reveses por una y otra parte, esperada y preparados nosotros para ella, quedando dueños del campo, y con un ejército superior al del enemigo, aún después de aquellos reveses, se haya persuadido al mundo que la perdimos y nosotros consentir en ello sin aclarar las cosas y demostrando que no hubo batalla campal, ni menos la perdimos. Podía ser que no se llevara a efecto el plan que nos propusimos y con el cual se emprendió la campaña, y que la abandonáramos; pero de esto al hecho material de haberse perdido la batalla, hay una gran diferencia. El acto verdadero y que comprenderá cualquiera, es que nos retiramos por un tratado, cosa que muy bien puede suceder sin batalla y aún sin que se hubiera disparado un tiro”.

pudo. Gamarra lo *amarró* a media noche mientras dormía. (40) Simultáneamente en Lima, el Mariscal La Fuente depouía al Vicepresidente Salazar y Baquijano—que obtuvo el record de las vicepresidencias y de las deposiciones en el Perú—, y proclamaba a Gamarra, y en el Cuzco estallaba el movimiento escisorio amazado por Santa Cruz.

Las máquinas infernales cargadas por Gamarra, La Fuente y Santa Cruz habían efectuado simultáneamente, con precisión matemática.

Sucre, con aparente ingenuidad y entre humildes protestas, había precipitado en 1825 la emancipación del Alto Perú, por medio de una cisión contraria al plan bolivariano. ¡Todavía consiguió que Bolívar le diese satisfacciones!

También la actuación de Sucre frente al mando supremo de Bolivia tuvo una faz oculta, al lado de las actividades ostensibles del mando. Cumplía la misión de realizar el sueño bolivariano de amasar un extenso imperio en Sud América, para colocar frente a él, como Emperador o como Presidente Vitalicio, al Libertador; mientras que el Gran Mariscal de Ayacucho quedaría como Virrey o Presidente de Bolivia. Por eso impuso ahí la Constitución llamada Boliviana, que Bolívar redactó para hacerla adoptar en seguida por Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. Toda esta descomunal combinación, tenía carácter de secreto de Estado. (Véanse las cartas del Cónsul Tudor, publicadas por Manning.)

Es que el Gran Mariscal de Ayacucho era uno de esos hombres cuya honradez personal era absoluta y cuyos sentimientos eran de una elevación y pureza que le colocan por encima de todas las grandes figuras de esa época de deslumbradores elencos. Todo esto era en lo personal. Como

(40) El tomo VIII de las CARTAS DEL LIBERTADOR, compiladas por Lecuna, está lleno de elementos que comprueban la inteligencia de Gamarra con el General venezolano J. J. Flores, en visperas de la guerra con Colombia, y el acuerdo del mismo con Santa Cruz y con La Fuente, para aprovechar la oportunidad de esa guerra, para derrocar al Presidente La Mar. Veamos algunas

“El General Gamarra que es hombre del Perú en el día, se ha apoderado de La Mar y solicitó con instancia del General Flores, en que se proclamase Emperador de Colombia y el Perú”.

[Carta de 26 de marzo de 1829, de Bolívar a Briceño Méndez.—Pág. 272.]

“No dudo que conseguiremos la paz por uno de los tres caminos siguientesy tercero, por una insurrección combinada de Gamarra con Santa Cruz, que manda ya en Bolivia”. De Bolívar a Joaquín Mosquera, de 12 de abril del mismo año. Pág. 288).

“La Mar sólo ha podido enviar 4.000 hombres de refuerzos de Guayaquil; Gamarra ha impedido el envío de más” “Los generales Santa Cruz y La Fuente, mandan también Arequipa, Cuzco y Puno, y son también “vitalicios”. [De Bolívar a Estanislao Vergara, de 6 de mayo.—Pág. 317].

“Las noticias del Perú son excelentes. Nadie duda que por el mes que viene tendremos una revolución en Lima y en el Sur del Perú. Gamarra ha escrito últimamente a Flores con infinita reserva, que cumplirá la oferta luego que La Mar llegue a Guayaquil. La Mar no ha traído sino soldados de su mando, y Gamarra ha quedado con todos los suyos, después de una disputa muy fuerte con él”.

[De Bolívar a Rafael Urdaneta, de 11 de mayo.—Pág. 322].

Hay también una carta que no inserta Lecuna, de Bolívar a Mosquera, que dice así: “Acuérdese Ud de lo ocurrido en la batalla del Portete. A no haber tenido entonces de nuestra parte al General Gamarra, que en todo se prestó a nuestras propuestas, nuestra ruina habría sido inevitable”.

[Miscelánea de Lima, 21 de noviembre de 1831, transcripción de la Gaceta de Colombia].

funcionario y como diplomático era también perfecto: sabía hacer desaparecer su personalidad y aun sus virtudes y caballerescos sentimientos, acomodándose a las necesidades de la causa que servía, con absoluta entrega de sí mismo, para lograr la más completa eficacia en la obra.

La Mar conoció en 1823 y en 1825, la política de Sucre, paso a paso y sin duda, considerando las proposiciones cordiales de su contendor, se diría: no quiero ser el segundo Riva-Agüero, de ese torturador de sourisa angelical. No quiero que el Perú vuelva a ser campo rozado, en beneficio de Bolívar; y avanzó al Portete.

XII

Los Cónsules Yanquis Tudor y Prevost

La publicación de la Correspondencia Diplomática de los Estados Unidos, concerniente a la Independencia de las Naciones Americanas, seleccionada por Williams R. Manning [Buenos Aires 1932], arroja luz apreciable sobre este momento mal conocido y peor comprendido de la Historia de Sud América en que estalla la guerra entre el Perú y la Gran Colombia, o mejor dicho entre el Perú y Bolívar.

Los historiadores, con rara uniformidad, señalaron a La Mar como promotor de la guerra. El móvil sería, dicen, de un lado su empeño de anexar Cuenca al Perú, a fin de hacer cesar su condición de extranjero en el país que gobernaba; de otro, su vieja enemistad con Bolívar.

Williams Tudor, Cónsul de los Estados Unidos en Lima, dirigía al Secretario de Estado de esa nación una correspondencia constante, llena de datos, impresiones y juicios sobre la política del Perú y Colombia, y sobre las actividades y propósitos del Libertador. Debe decirse, en honor de la verdad, que Tudor se muestra parcial, lleno de odio contra el Libertador y profundamente influenciado por el doctor Luna Pizarro, cuyos talentos sin duda se le habían impuesto. (41)

En diversos pasajes formula cálidas apologías de La Mar, el amigo de Luna Pizarro. Declara enfáticamente que a él se debe el triunfo de Ayacucho—Pág. 2158-2195—“Junín y Ayacucho son glorias de Necochea y La Mar”—y exhibe a Sucre como desempeñando un papel secundario en la acción. Naturalmente mayores son sus elogios sobre Luna Pizarro, y relata sus frecuentes conversaciones con el ilustre clérigo, citándolo siempre como el oráculo más fidedigno de la época. En cambio, se manifiesta despiadado con todo lo que odia el amargado Luna Pizarro. Sus invectivas contra Bolívar y contra los personajes que actúan a su lado: Unanue, Pando y otros, son fiel reflejo de las pasiones del clérigo.

Exhiben esas cartas, lo mismo que las del Cónsul Prevost, a Bolívar empeñado en apoderarse del Perú y Bolivia, y a Sucre como el agente más importante de la empresa. Las repetidas amenazas de dimisión de

[41] Una carta del General Obando a Santander, de 15 de julio de 1835, le dice: “Gamarra es el aliado personal de Flores, desde Tarqui”. [Archivo de Santander.—Tomo XXI.—Pág. 283].

uno y otro general son *estrategias venezolanas*. Y nada más lejos del ánimo de ambos generales, que el cacareado propósito de abandonar el poder.

En el momento en que se produce la sublevación de la Tercera División, y su alejamiento del Perú, los patriotas de Lima, comprenden que ha llegado la hora de librarse del despotismo y elevan al poder al hombre más capacitado del país, *superior en talentos militares y en valor al Libertador*—dice Tudor—para desbaratar los planes bolivarianos. Este hombre es La Mar. Desde este momento, Bolívar resuelve la guerra contra el Perú, para reconquistar la presa que ha perdido. Es éste, según aparece claramente demostrado en la correspondencia oficial de Tudor, el origen de la guerra de 1829.

La Mar comprendió las dificultades de su posición y realizó los mayores esfuerzos para evitar el choque armado. Igualmente sus ministros y amigos, en especial Luna Pizarro. El General y el Clérigo profundamente preocupados estudiaron los medios de impedir el conflicto. Por fin, el mismo Tudor, de manera extraoficial, les sugirió la conveniencia de pedir la intervención de dos países fuertes: Estados Unidos e Inglaterra; y era tal la resolución de La Mar para mantener la paz, que acogió el vedado procedimiento de apelar a algo más temible que el mismo Bolívar: la intervención.

El doctor Mariátegui, Ministro de Relaciones Exteriores de La Mar, redactó las notas para ambas potencias; Tudor las revisó después de haberlas inspirado, y las respectivas Cancillerías las recibieron oportunamente. En la página 2196 del tomo III de la obra de Manning se registra la nota enviada a Norte América, tal como existe en el archivo del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

La Mar queda pues excusado de manera absoluta de la responsabilidad del conflicto con Colombia; lejos de eso, consta que se mostró empeñado en evitarlo por cualquier medio, hasta por el funesto de provocar una intervención de las potencias en el Perú. ¡Qué mejor prueba!

XIII

Profecías cumplidas

De 1820 a 1825 actúan en gran escala en el Perú Andrés Santa Cruz y Agustín Gamarra, dos políticos cesáreos que tienen entre sí grandes puntos de contacto, aunque sean de distinto volumen. Podría decirse que el uno es el retrato, sino la caricatura del otro.

Los dos militares de profesión, pero políticos de vocación. Astutos e impenetrables, uno y otro mestizos, y ambiciosos ambos en el mismo grado.

Actuaba también en esa época Tomás de Heres, venezolano, militar sin condiciones y político inteligente, pero sin la ambición de los dos célebres mestizos, aspiraba sólo a buscar un roble poderoso en torno del cual extender su ramaje enredado, para beneficiarse con la mayor cantidad de sol y alimento.

Heres actuaba como espía de Bolívar en todo tiempo. Mientras el Libertador estaba lejos, era la oreja de Dionisio y el ojo de la Inquisición. Pero no se limitaba a este papel pasivo. Lleno de iniciativa y actividad, habiloso para la intriga y escritor diestro para las campañas de prensa, especialmente para las embozadas, desarrollaba con acierto los complicados planes de Bolívar. No llegaba a la altura de Sucre, a quien, ya lo hemos visto, el Libertador, en alguna ocasión, encomendó una misión de esta índole, pero le iba a zaga de cerca, y cooperaba con él.

Heres aplicó su lente inquisitiva sobre los diversos personajes de la época, y en el mundo de cartas que escribió a Bolívar, consignó sus juicios, sus indicaciones y hasta sus profecías, porque no sólo en lo hablador y en lo pícaro se parecía a las gitanas, sino en que echaba la buena—y de preferencia la mala ventura—; acaso por intuición, tal vez por deducción, probablemente por las dos cosas juntas.

Este hombre—Heres—sabía que los otros dos—Santa Cruz y Gamarrasacrificarían tarde o temprano a La Mar. (42) Con toda precisión emite sus profecías, y cuatro años después están cumplidas. Desde luego, hay más lógica y observación, que videncia en sus augurios. Entre el elemento peruano sólo existía un militar de posición verdaderamente encumbrada y de rellevantes méritos. Este, La Mar, era además débil y candoroso. Los tiempos aquellos eran tiempos de Marte. Luego este militar sería, por la fuerza de las cosas, el gobernante de su patria. Pero mirando de escaleras abajo, se descubrían las dos figuras inquietantes de los militares mestizos, Santa Cruz y Gamarra, llenos de ambiciones, escasos de moral, intrigantes y audaces. ¿Qué podría suceder? Dadas esas premisas, ¿cuál sería la conclusión? Si en un corral se encuentran dos boas y un cordero, fácil es predecir el porvenir.

Lo que sorprende es que Luna Pizarro, que tenía, y en el mismo grado, las cualidades de Heres, no notase el peligro para su pupilo y parase el golpe. O se descuidó el prebendado, o no era amigo decidido de su pupilo. (43).

[42] “Cualquiera puede ver en estos cortos renglones [la proclama de Gamarra después de deponer a La Mar] retratado de cuerpo entero a Gamarra. Primeramente la falsedad de haber tenido el ejército que conformarse con una renuncia que no existió; y en segundo lugar la mañosa insinuación de haberse embarcado La Mar a deshoras y casi solo, como quien deserta clandestinamente su puesto; por último, la importancia de primer orden que tiene como causa del cambio, las intrigas de palacio o sean las redes, chismes, apodos y arterias que él dice, o sean los alacranes, cientopiés y demás sabandijas ponsoñozas y demás roedores que anduvieron siempre siguiendo a aquel mestizo y a los que cerca de él estaban en el trajín de la cosa pública. Nada digo sobre la calumnia de que se tendía a hacer fracasar la campaña al frente del enemigo”.

[Biblioteca Peruana—René G. Moreno—Santiago 1896—Pág. 501]

[43] Véase lo que pensaba Bolívar de Luna Pizarro en 1826.
“¿Qué malditos diputados ha mandado Arequipa! **Si fuera posible cambiarlos, sería la mejor cosa del mundo.** Puesto que sus poderes no han venido conforme a la Constitución y han perdido su alegato en la junta preparatoria. Yo creo que Arequipa, tendrá que reunir de nuevo sus Asambleas para tratar de sus nuevos poderes; y por lo mismo sería muy conveniente para el bien del Perú, que se nombrase a otros más patriotas y menos perversos. Yo le aseguro a más, que con ellos no se puede hacer nada bueno; quieren destruirlo todo a su modo. Como Arequipa no mande

Al ascender La Mar a la presidencia en junio de 1827, era Gamarra, Prefecto del Cuzco, su lugar nativo, y Jefe de las fuerzas del Sur. Hombre levantisco y ambicioso, conocedor de la debilidad de carácter del Presidente, se manejaba como dueño de sus actos y acrecentaba su División, con el clarísimo designio de valerse de ella para derrocar a La Mar. Era Prefecto de Arequipa, el General La Fuente, *hombre de confianza* para ciertos golpes de mano— como para *amarrar* a sus jefes— y gobernaba desde fines de 1828.

El verbo *amarrar* tiene acepción propia en el léxico de la política peruana, formada metáfora del verbo español. Cuando un grupo de subalternos secuestra a un jefe, cuando los oficiales se incautan del que los manda, cuando los conjurados se apoderan de la persona del Presidente de la República, se emplea gráficamente el verbo *amarrar*. Así La Fuente *amarró* a su jefe, al Mariscal Riva Agüero, Presidente de la República en 1823, desempeñando una misión de confianza de Bolívar, y *amarró* al señor Manuel Salazar y Baquijano, Vicepresidente, encargado del Gobierno, por orden de Gamarra; y éste *amarró* al Mariscal La Mar en Piura.

mejores diputados, estoy seguro que la anarquía entra con todo su furor y yo me voy con Dios, para no recibir los ultrajes de esos miserables esclavos de los españoles. Si Ud. ama a su patria, debe empeñarse en que se varíe esa diputación. Luna engañó a Riva Agüero; Luna echó a Monteagudo y a San Marín; Luna perdió a la Junta Gubernativa. Por culpa de Luna entró en el Gobierno Riva Agüero y por culpa de Luna entró Torre Tagle. Por Luna se perdió el Perú enteramente y por Luna se volverá a perder, pues tales son sus intenciones. Yo quisiera mi querido General que Ud. se apersonara en estos negocios para que no se nos pierda el trabajo de tantos años y de tantos sacrificios.

[Carta al General La Fuente —Lecuna. Tomo V. Pág. 747—Abril de 1826].

“El cambio consumado en el Norte por el ejército escapado de Parqui y que comandaba Gamarra, revistió caracteres no menos irrisorios, pero mayormente odiosos por cuanto iban acompañados del vejamen a la persona de La Mar y de la negra alevosía de Gamarra. No es en la proclama de uso a los habitantes de la República donde este individuo acosado por no se que aguijón emprende anticipada y oficiosamente la tarea de disculparse. Ella consta con brillantes en un oficio de junio 11, dirigido desde Piura a La Fuente como a Comandante de la Tercera División. Puesto que nadie tanto como Gamarra hasta el postrer instante había sido inspirador de La Mar y conspirador enérgico de las campañas interventoras en el extranjero. Los términos de dicha disculpa son para examinados por los que sobre historia peruana escribieren. Digo lo mismo del auto pretoriano que dictó Gamarra, para deponer con la autoridad de la fuerza esencialmente obediente y nunca deliberante al magistrado constitucional del Perú. Ha hecho desastrosa escuela el procedimiento, como se sabe, y tiene por ello, ese texto valor histórico. Comienza, así, en Piura a 11 de junio de 1829:

“Habiéndose desengañado el ejército de que no se cumplían los designios de la nación en esa campaña, sino que por el contrario se tendían por todas partes criminales redes para hacerle fracasar al frente del enemigo y que la intriga de palacio se había apurado hasta el extremo de formar dos partidos pronunciados, que estaban a punto de acuchillarse entre compañeros, llamados por su instinto a la unión y obediencia; y viendo por otra parte que toda esta arteria era reducida a anular la División del Sur, a la que se había constituido en el último grado de abatimiento titulándola servil, he tenido que conformarme con la renuncia que ha hecho de la presidencia el señor Gran Mariscal don José de La Mar, quien ha dejado el país, dándose a la vela en la noche del 9 del actual, en compañía del Coronel don Pedro Bermúdez”.

[Biblioteca Peruana, René G. Moreno. Santiago 1896—Pág. 500].

Santa Cruz, desde Bolivia, amparaba a los generales, con miras de ser nuevamente Presidente del Perú. En ese medio se desarrolló la conspiración de los dos mestizos y el segundón, para perder a La Mar. Al emprender éste la guerra contra Colombia, dispuso que la División del Sur se embarcase para reunírsela en Piura y marchar juntos contra Bolívar. Gamarra encontró llegado el momento y ordenó a la presente aquel día convenido bajase a Lima con las tropas que disponía, y amarrase al Vicepresidente; mientras él haría otro tanto con La Mar. Santa Cruz, desde su Estado velaría por la suerte del complot.

La Mar no ignoraba que Gamarra era poco arrojado (44) y conocía sus torcidos propósitos por diversos conductos. Debió observar ciertas maquinaciones de Gamarra, al embarcarse en Islay para reunírsele en el Norte. Vió que éste se resentía con él, al comienzo de la campaña, porque no se le había encomendado la jefatura de las armas, a pesar de ser el propio La Mar quien las mandaba. Comprobó que Gamarra dictaba órdenes (45) claramente destinadas a malograrle el éxito de la

[44] “Carta escrita a don Agustín Gamarra por don Francisco Uriarte, del lugar en que se halla fechada [Guayaquil] e impresa en esta ciudad del Cuzco a 23 de agosto de 1832”, es el nombre de un folleto existente en la Biblioteca Nacional de Lima, que dice: “En este día [habla de la batalla de Ayacucho] se volvió Ud. invisible, por que no habrá uno solo que diga haberle visto a Ud. ¿En qué oscuridades se metió Ud. que entre diez mil ojos claros ninguno alcanzó a divisarlo? El único que asegura haber estado con Ud. es don Miguel Benavides, y se infiere por esto que los dos hicieron el papel de Alejo en Casita”. [Benavides sobrellevaba el alias de Alejo en Casita, tomado de una comedia de la época, alusivo a haberse escondido durante la batalla]. La misma carta habla luego de las palabras de Jiménez en el café Coppola. René G. Moreno en su Biblioteca Peruana, pág. 493, tomo I bajo el rubro “Narración Biográfica del Gran Mariscal” nos cuenta: “Dió mucho que hablar un diario de las operaciones y maniobras decisivas de la batalla del Portete de Tarqui. Lo había publicado la gacetilla titulada La Patria en Duelo, No. 1, correspondiente al 8 de abril de 1829. Allí se decía desde el campamento, que Gamarra durante el combate, pálido como la cera, rechinándole los dientes, había dicho a La Mar: “Mi General, vea Ud. esto; yo me voy a contener la dispersión que pueda haber”. Verdad que René Moreno siempre detracta al Perú y de manera especial a Gamarra, a quien no perdona las humillaciones que infligió a su patria en Piquiza.

[45] Un folleto que existe en la Biblioteca Nacional de Lima—Sección Papeles Varios—**El General Gamarra en Campaña.**—Valparaíso. Imp. el Mercurio 1831—De autor anónimo y que expresa ser extraído del diario de un oficial del ejército peruano, dice: “El General Gamarra con la infantería aceleró la marcha al Portete—La mejor posición que ahí se encuentra y sólo distante cinco leguas de Papaya. Yo no puedo concebir cómo este General hizo este movimiento que después del de Saraguro es el principal origen de todas nuestras desgracias—Por él dejamos a merced del enemigo todo nuestro parque; por él pudimos hacer inverificable y dilatamos en efecto, notablemente la reincorporación de los restos de la División Jiménez; y él en fin, nos expuso a perder nuestra caballería, que desfilando por un inmenso barranco y profundas quebradas pudo ser destruída por cualquiera cincuenta hombres”.

Este folleto en una nota reproduce una carta de 7 de abril de 1830, cuyo autor nos dice lo que hay en este párrafo: “Jiménez el Jefe de la División destruída en Saraguro, ha revelado en fin, a costa suya, el misterio que hasta la fecha tenía encubierto el motivo de aquella inexplicable dispersión. Delante de una gran concurrencia y nada menos que en el café Coppola [donde casualmente me hallaba yo a la sazón]. Jiménez en una de las erupciones de su resentimiento con Gamarra, repitió por muchas veces dirigiéndose a los concurrentes, que si él había perdido su División en Saraguro, lo había hecho por cumplir las órdenes que Gamarra le dió de dispersarla, como podía comprobarlo en caso necesario”. Agrega el autor de la carta que, como consecuencia de esto, Gamarra confinó a Jiménez en la isla de Chucuito.

campana, y que se interesaba después de la derrota, por representar al Perú, en el tratado de suspensión de armas de Jirón, propuesto por Sucre. Finalmente, tuvo noticias de ciertas inteligencias de Gamarra con el General enemigo Flores, de las que luego aparecieron huellas en las Cartas de Bolívar, y conocía también probablemente las opiniones de Heres, vertidas cuatro años antes, y sus profecías, porque en esos días chismosos no había secretos.

Acaso por convicción, pero creo más bien que por debilidad de carácter o bondad mal entendida, La Mar fue uno de los tantos políticos peruanos que creyeron y—siguen creyendo—que debía de proscribirse la pena de muerte, aún para los cobardes y aún para los traidores.

El valor no es una cualidad común en pueblo alguno; se requiere siempre que los que mandan lo galvanicen por medio del terror. La historia de los grandes capitanes sabe cuántos fusilamientos hubieron de ordenar, para mantener la moral en sus filas y la ejemplarización en sus pueblos.

En todas partes hubo traidores y en todas partes la sanción de ello es el patíbulo. Bolívar, que era entendido en esos achaques, decía en 1824 a Santander: "Tengo un remedio infalible para los traidores: una onza de pólvora y cuatro de plomo". Por eso, cuando dos años después se le pedía el indulto del General Berindoaga, denegándolo decía: "Dos gotas de sangre parricida no pueden equivaler a la copiosa sangre con que los ilustres defensores del Perú han inundado los campos de batalla, para rescatar una patria que fué vendida por aquellos".

Con la moral de los números la cosa es más clara todavía. Cada cobarde o cada traidor acarrea la pérdida de centenares o miles de existencias, que valen más que la de uno de ellos; y la de la causa, que vale más que la de todos juntos. La pena capital, a pesar del calofrío que concita, resulta débil todavía.

Pero el Perú es la escuela de las consecuencias. La excesiva humanidad, la excesiva imprevisión—nos ha enseñado mucho. El resto nos lo enseñará el futuro. La Mar es uno de tantos que mueren por no saber matar.

XIV

El héroe sin patria y el político sin anhelos

La tragedia de La Mar es una calidad de personaje sin patria, más desesperante que la del individuo sin sombra o la del hombre sin reflejo en el espejo, que nos presenta la imaginación de Hoffman, en sus cuentos fantásticos.

Han pasado los años y sigue sin patria. Hace poco tiempo que en el Ecuador se promovió una investigación para esclarecer si fué o no traidor a la Patria, y después de hondos estudios se lo absolvió difícilmente del horrible cargo, porque se falló que no era ecuatoriano.

Pero La Mar, nacido en Cuenca, había servido al Rey hasta fines de 1821, esto, es, aun después de jurada la independencia del Perú y luego de haber desempeñado la jefatura de la junta gubernativa de 1822-23, aceptó el cargo de Jefe Civil y Militar de Guayaquil bajo la patria co-

lombiana y en calidad de mantenedor de la Constitución de esa República; y finalmente no podría como Morán exclamar: "Soy tan interesado como Orbegoso, en la felicidad de la patria, y con menos aspiraciones que él"; porque tres veces aunque a su pesar, (46) asumió el solio supremo.

La Mar no sólo carecía de patria sino de anhelos.

Mariano Felipe Paz Soldán en el Tomo II, 2o. Período de la Historia del Perú Independiente, tiene una relación de alto valor para profundizar en el alma de La Mar. Véamosla:

"Bolívar lo llamaba con instancia (a La Mar) y por esperarlo para entregarle el mando demoró su viaje al Sur algunos meses. Cat. Ms, No. 40 a (25). Si confesaba su falta de energía para mandar, no debió nunca aceptar un puesto que tenía la conciencia de no poder servir debidamente, pero La Mar era débil y estaba entregado ciegamente a los consejos de Luna Pizarro; éste creyó contener los proyectos de Bolívar, si conseguía que aquél tomara su puesto en el Consejo, pero olvidaba que su héroe no tenía firmeza suficiente para dominar la situación. Después de muchas dudas se resolvió a venir a Lima a encargarse de la Presidencia del Consejo de Gobierno. El 5 de enero de 1826 tomó posesión de su cargo, a los once meses de haber sido nombrado. Cuando se instruyó de todos los trabajos del Consejo, relativos a la perpetuación en el mando pretendida por Bolívar, bajo el nombre de Constitución Boliviana, vió el abismo que se le abría a los pies sin poder salvarlo y se horrorizó; tampoco podía prestarse a los proyectos de Bolívar; y consi-

[46] Estos son los apremios de Bolívar a La Mar:

"Ud. es el hombre más tímido y más tenaz que he conocido en mi vida. Ud. es capaz de todo lo grande y todo lo bello, y al mismo tiempo incapaz de quererlo hacer: Ud. no merece el perdón de nadie, menos el mío, por esta razón, jamás podré olvidar que Ud. no quiere servir a su patria, a su gloria y a mi amistad. Sin embargo, haré el último esfuerzo por Ud. **instaré al fiel Sucre, para que le reemplace a Ud. en la Presidencia del Gobierno,** pero si él no quiere no le puedo obligar porque es un extranjero auxiliar. Desde luego Ud. me obliga con este paso, a cometer un atentado contra mi conciencia, que me dice que no emplee a ningún colombiano en el Perú. **Este crimen político, no lo expiará Ud. nunca a mis ojos, y lo tendré siempre presente, para verlo a Ud. como el autor de mis desaciertos y errores.** No se lisonjee Ud. sin embargo, de quedarse libre de la presidencia, si el General Sucre no la acepta, o del mando del ejército del Alto Perú, si el General Sucre la acepta. En uno ú otro caso Ud. tiene que servir y comprometerse. Ud. tendrá tiempo para pensarlo bien, mientras yo voy al Cuzco que probablemente será dentro de un mes. Entonces nos veremos y hablaremos. Mientras tanto soy de Ud. su afectísimo amigo que lo ama de corazón".

[Carta de Bolívar a La Mar, de 8 de mayo de 1825].

"El General La Mar se va a Guayaquil por enfermo, y me ha pedido que le recomiende a Ud. Aunque él está muy agradecido de Ud. quiere que yo lo haga. Este hombre es el mejor del mundo y sobre todo el más desprendido de los mortales. Aborrece tanto como Bamba, que preferiría morir a subir al trono. **Después de esto nos quedamos sin tener con quien gobernar el Perú, lo que ciertamente me embaraza un poco.** Ud. haga lo que pueda por allá, para que no me llamen y si me han llamado que se conformen con que no vaya, pues de otro modo formarán de la América un inmenso campo de anarquía, pues Chile y Buenos Aires comunicarán su desorden hasta el Ecuador, pasará el Istmo y se celebrará su reunión con Guatemala y México, que deben fluctuar largo tiempo antes de consolidarse".

[Carta de Bolívar al General Santander—7 de marzo de 1826—Lecuna].

derándose incapaz de resistir de frente, resolvió retirarse de la Presidencia del Consejo. Sólo esperaba la llegada de Bolívar que hizo su entrada triunfal el 10 de febrero, en medio de los mayores aplausos, vivas y aclamaciones públicas. Todos lo llamaban el Libertador, el Padre de la Patria, el enviado del cielo; en la catedral se le cantó el Te Deum, y de allí pasó a Palacio a recibir la felicitación de todas las autoridades y corporaciones, que se disputaron cuál le haría más exagerados elogios; algunos indicaban la urgente necesidad de continuarlo al frente de los negocios. A éstos contestó que "sería un ultraje al Perú, al Consejo de Gobierno, a la mejor administración compuesta de hombres ilustres, de la flor de los ciudadanos. (El Consejo se componía de La Mar, que lo presidía; Sánchez Carrión, como Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, y Unanue, Ministro de Hacienda; pero a la sazón era Presidente Unanue, por ausencia de La Mar, y reemplazaba a Sánchez Carrión, fallecido ocho meses antes, José María de Pando, y el General Heres como Ministro de Guerra y Marina); al vencedor de Ayacucho, al primer ciudadano, al mejor guerrero, al insigne Mariscal La Mar, que yo ocupase esta silla en que debe sentarse él, por tantos y tan sagrados títulos. Sí; yo lo coloco en ella" y, tomándolo de la mano, lo puso en la silla. El modesto La Mar, lleno de rubor, e insensiblemente, volvió a su puesto y se excusó de admitir el cargo, diciendo; "Mientras he tenido aliento patrio, yo me he sacrificado gustoso por el Perú. Yo he tenido el honor de ser soldado a órdenes de V. E.; esa es la gloria que me ha cabido en la contienda; la única a que podía aspirar; inmensa para mi corazón, porque nada más grande para mí que el timbre de obediencia al héroe del Nuevo Mundo; pero yo carezco de salud y aptitudes para regir pueblos, la extenuación de mi rostro es un testimonio de mi trabajada complexión que empezó a padecer en este mismo salón. En adelante, si algún día mis fuerzas me avisan que estoy en capacidad de hacer algún servicio... pero yo ahora no puedo".

"El Libertador respondió: "A la Representación Nacional toca sólo juzgar vuestras excusas: General yo no he hecho sino colocaros donde vuestros eminentes sacrificios, el honor nacional y mi deber os creen llamado".

Cuando Paz Soldán dice. "Este-Luna Pizarro-creyó contener los proyectos de Bolívar, si conseguía que aquél—La Mar—tomara su puesto en el Consejo", hace resaltar la combatividad del prebendado, que se proponía afrontar la oposición contra Bolívar, nada menos que desde el Consejo de Gobierno, en el que éste delegaba sus funciones. Algo así pensó y realizó Unanue; pero no en la forma temeraria de enfrentarse al Libertador que lleno de fuerzas tanto materiales como morales en esa época, lo habría fulminado; sino en la que ya conocemos, en la que he estudiado en mis artículos "Estrategias de Unanue" en "El Comercio", de Lima, de 18 de enero de 1935, página 146, y el Dr. H. Unanue, VI Gobernante del Perú.—Política Peruana". "El Comercio" 28 de julio de 1937.

No podemos hacer de este ensayo un estudio sobre Luna Pizarro, pero la actuación de La Mar está tan vinculada en la personalidad del ilustre arequipeño, que a cada instante surge su nombre en estas líneas. No cabe duda que fue un político eminente, y más dentro de la rela-

tividad del medio. Su elocuencia y su talento deslumbraban a sus contemporáneos. Su versación en cuestiones públicas hacía de él un indispensable guía. Tomó el Parlamento como una trinchera desde la cual organizaba y dirigía las batallas de la época. En el primer Congreso, el de 1822, su influencia fué decisiva, a pesar de que siendo rotativa la Presidencia, no disponía del elevado sitio para destacarse; pero Luna podía decir como el magnate del cuento; donde estoy es presidencia. Fué obra suya la composición de un triunvirato anodino, con elemento parlamentario, a fin que la Asamblea—es decir, el escándalo de Lima—ejerciese el Gobierno. Igualmente la presidencia de La Mar, elegido por el Congreso de 1827, se debió a un golpe sorpresivo amasado por él. Pero una y otra vez la fuerza bruta destruyó el castillo de naipes levantado por el político habilidoso.

Tiene una hora de grandeza su vida cuando se enfrenta a Bolívar; no porque Bolívar fuese nocivo para el Perú, sino porque una alma vulgar jamás habría osado tanto, y porque el móvil estuvo bien elegido: el nacionalismo. Luna Pizarro se sabía grande y por eso desafió al coloso. Ya antes lo sedujo con sus cantares de sirena, como lo muestran sus cartas al Libertador de 1825. (47).

[47] He aquí algunos fragmentos de cartas de Luna Pizarro a Bolívar:

“Se ha dicho que las veces debe cubrirse con su velo la libertad como en otro tiempo las estatuas de los dioses y yo pienso que nunca más urgente esta medida que en la transición de la esclavitud en esa crisis que amaga anarquía y con ella la tiranía de algún feliz malvado. Crece la necesidad reflexionando que los enemigos domésticos son maestros en el arte de hacer la guerra de zapa, poniéndose de lado de los mismos patriotas para exaltar sus disgustos, provocarlos a la sedición y reírse de nuestros males, cuando no esperen mejor fruto”.

[Cartas Históricas del Perú.—J. P. Paz Soldán. Tomo II—Pág. 188].

“..... quería que no apareciese la menor sombra de interés personal cuando he hablado de objetos tan grandiosos como las libertades patrias; pero eminentemente obligado bajo la calidad de ciudadano y no siéndolo menos bajo la de presbítero, traicionaría mi deber, si en algún modo no tributase a V. E. mi reconocimiento por aquel beneficio que me proporciona vivir en un clima análogo a mi débil constitución física y donde podré recurrir a las miras del restaurador de nuestra República, con mi ejemplo y obediencia a la ley, respeto a los magistrados y decidido celo en el pro comunal, única cosecha que este estéril campo puede producir”.

[Cartas Históricas—Tomo II—Pág. 185—Setiembre de 1825].

“..... con otros mil dulces sentimientos, todo agita a un tiempo mi corazón y lo lleva involuntariamente a rendir el tributo de su amor, único don que puede ofrecerle y sea digno del genio que gustó las delicias de dar la independencia a los pueblos que sin una mano abierta, gimieran todavía bajo la coyunda de un gobierno enemigo de nuestra dicha.

“Pero permita V. E. decirle tan pronto se ha cansado V. E. de sembrar el bien en estas regiones, que trata el nombramiento de Presidente de la República en el próximo Congreso? ¿Piensa V. E. desamparar a sus hijos, a esta nueva patria, que le reclama padre, hijo primogénito, su honor, su consuelo, su piedra fundamental? ¿Es acaso Colombia tan necesitada de la presencia de V. E. como el Perú? Bien conoce V. E. la distancia política en que se hallan las dos repúblicas. Aquella ha creado sus instituciones, les va dando estabilidad en la ausencia de V. E. ha acreditado al mundo que sabe marchar por la senda que V. E. le enseñó, y en premio de sus virtudes, de sus luces, de su apogeo a las nuevas instituciones, ha conseguido ser reconocida por la primera potencia de Europa; mientras mi patria recién comienza a ver la luz, corriendo los riesgos de los oftálmicos; mientras abezada a las habi- tudes de la esclavitud, tiene que luchar infinito para desprenderse de ellas y hacerse

Con las dotes eminentes que tenía, pudo haber hecho "algo", pero no fué hombre constructivo ni tuvo concepción alguna. De ahí la esterilidad de su labor y la intrascendencia de sus creaciones. Quiso repetidas veces adueñarse del mando, por la mera concupiscencia de mandar, y realizó sus propósitos, porque siempre su intriga desconcertaba a sus enemigos y su intuición atinó siempre con el *medium*, como diría un espiritista. En dos ocasiones el *mediun* fué La Mar. Desaparecido éste, hizo otro hallazgo; el General Obregoso. Si buscar un *mediun* hubiese sido un medio para algo, ciertamente mucho podía haber hecho el prebendado, pero él no perseguía fines ni alimentaba ideales: sólo quería imponer su personalidad, de modo que aun cuando la fuerza bruta no hubiese una y otra vez echado a tierra el tinglado que levantara, habría resultado igualmente estéril su acuciosidad y sus trajines, porque en él todo era eminente, menos el ideal. Es esto lo que lo empequeñece hasta hacerlo descender al plano de tantos políticos que nos mandaron en el siglo XIX, sin más anhelo que el de mandar.

Luna Pizarro es uno de aquellos personajes de quienes un poeta dijo que eran: dicha no, sino honor de las naciones.

X V

Dos Actitudes lamentables

La vida no perdona a los apáticos.

Cuando Bolívar imponía su cesarismo en el Perú, sustentado por las bayonetas de la Tercera División, todas las miradas volvíanse al único capitán digno de medirse con él: el General La Mar. Este repudiaba la política de Bolívar y alimentaba contra él secretos rencores. Bolívar habíale burlado y vejado en Guayaquil un lustro antes. Pero el irresoluto político optó por soterrarse en tierras lejanas. Sin embargo, en uno de esos arranques de Bolívar en el vértigo del poder, apoderóse del hombre enfermo que era su émulo, y doblando su voluntad, como

capaz de la libertad sin licencia de costumbres a par de las leyes. V. E. lo penetra incomparablemente más que yo. ¿Y dejará imperfecta su obra?

"Dudo que los peruanos lo opriman a V. E. con súplicas, para que permanezca siquiera mientras se monta la máquina del Estado, sobre las ruedas principales que deben conducirla".

"Desde luego estoy persuadido que en el extranjero de no condescender V. E., el único para la presidencia es el General La Mar, adornado de virtudes eminentes que no resplandecen tanto en otros ciudadanos, y un patriotismo desinteresado que a mi juicio, es el alma del republicanismó en los momentos de constituirse el Estado. ¡Oh, si como esto es indudable concurriesen también en mí estas cualidades que V. E. ha creído para ayudar al Sr. La Mar en su administración". [Cartas Históricas—Tomo II—Pág. 188—11 de noviembre de 1825].

"Si V. E. me tratase de cerca, hallaría en mí lo que ciertos filósofos de la antigüedad, que de lejos se les tomaba por bajeles de guerra y considerados de cerca, vigas flotantes en las ondas".—[Cartas históricas.—Tomo II.—pág. 182.—11 de noviembre de 1825]

"Así espero que V. E. me honre prestando ascenso a cuanto indico en ésta, que es una pintura fiel de mi corazón él es y será eternamente reconocido al Gran Bolívar".— [Cartas Históricas.—Tomo II.—Pág. 189].

en un experimento de fascinación hipnótica, obligóle a sentarse como Delegado suyo en la silla de Pizarro. Hízole de ese modo cómplice y le frustró la gloria de haber sido opositor a la Dictadura.

Si La Mar en ese momento hubiese actuado conforme a sus principios, habríase encumbrado como un redentor o como un mártir. Pero no lo hizo.

En cambio se lanzó contra Bolívar cuando había desaparecido la única causa noble para atacarlo. Se lanzó, o lo que es peor en un gobernante, se dejó lanzar, por el propio Bolívar, en la acción ofensiva de Tarqui, y ni siquiera supo ganarla; y con ello proporcionó un nuevo día de gloria a su émulo y galvanizó por unos meses su trono.

Fué, pues, un mal rocamborista que dos veces con todos sus triunfos en mano, perdió el juego, y un liberal desatinado, que dos veces apuntaló la dictadura.

El contraste es tan grande que no puede ser obra del hombre. Hay que atribuírselo al destino.

Hace en la época bolivariana, "pendant" a la figura de La Mar, la de Unanue. El primero es el elemento de más prestigio del ejército. El último es el más destacado de los civiles. Bolívar que para los fines de su política necesitaba tener un personaje a quien poner al frente del Gobierno, mientras él se aislaba en una cumbre innaccesible a los mortales, para, de cuando en cuando aparecer entre rayos y truenos y hablar desde su Sinaí, no encontró nada igual a La Mar y a Unanue para el caso. La Mar enemigo de gobernar y envenenado por sus rencores contra Bolívar, rehuyó. Unanue, en cambio, piensa que la patria le exige este nuevo sacrificio y acepta. (48) El anciano médico debería ser un instrumento servil entre las todopoderosas manos de Bolívar, pero a su vez dispone de una arma endiablada contra él: la astucia. Es valeroso. Sólo un instante se le ve temblar — después de la traición de los Castillos del Callao — pero pronto reacciona con mayores bríos. Son famosas las estrategias de Unanue, que ha burlado a todos los ogros que le salieron al paso: al Virrey Abascal, contra quien conspiraba en 1810; A Fernando VII, en 1815, librándose de las persecuciones de éste contra todos sus colegas, los diputados de Indias, y hasta obteniendo diversos ofrecimientos regios; a Riva Agüero a quien se le escapó de entre las manos en Trujillo en 1823, cuando ese Mariscal había resuelto echar mano del viejo sabio para ponerlo a la cabeza de un Senado, que podía ser un abismo para su prestigio; finalmente a Bolívar.

Si se hubiese opuesto abiertamente a las órdenes del César en 1825, habría sido fulminado por él. Si se hubiera abstenido, habría echo males

[48] "Al regreso del Señor Ministro de Guerra, de su expedición a Jauja, le devolví inmediatamente el Ministerio de Gobierno que se me había confiado en su ausencia. V. E. el Presidente de la República, el Ministro y aun el Coronel Pérez me instaron a que continuase algunos días a causa de las actuales circunstancias. Yo protesto de que ni los dos Ministerios unidos, ni cada uno en particular pueden desempeñarlos con acierto, porque estamos como el que, habiendo perdido la senda en las tinieblas de la noche, se ha metido en pantanos y precipicios. No obstante daré cuenta de lo que ha ocurrido notable en esta parte ministerial".— [O'Leary.—Tomo 21 Carta de Unanue a Bolívar, de 8 de febrero de 1824]

a su patria. Si hubiéralo esquivado, el César lo habría reemplazado con otro más dúctil que consumaría obra nociva para el Perú. Sólo quedaba un camino: capearlo. Unanue, con sagacidad y artimañas, aparentando absoluta sumisión, desarrolla la política que más conviene al Perú, en todo, hasta en la cuestión territorial; pues, mientras escribe al Libertador manifestándose de acuerdo en las pretensiones de Colombia sobre Maynas y Jaén, hace de modo que el asunto no llega a resolverse nunca en el Congreso de Lima; y algo más, dicta disposiciones amparadas por la autoridad del mismo Bolívar, que ratifican los títulos del Perú sobre las regiones que aquel codicia, al organizar la Corte Superior de Trujillo.

¡Ay de Unanue y ay del Perú, si el viejo sabio hubiese pretendido oponerse al César en este asunto: ¡Maynas y Jaén correrían la misma suerte de Guayaquil! Otro peligro había en combatir al Libertador. Este, en una carta a Santander, de 7 de abril de 1828, le escribía: Carrión decía que yo era el Caduceo de Mercurio, rodeado de serpientes amigas; pero cuando faltase el Caduceo, todas se despedazarían". (49)

El Perú necesitaba del Caduceo para que no se desencadenasen las fieras de la anarquía.

Unanue oteaba y esquivaba los riesgos. Se filtraba entre los poderosos. (50) Atravesaba, impávido, entre la carrera de baqueta de sus perseguidores. Parece que tuviese el amuleto de los negros de sus haciendas de Cañete, y la "Oración del Justo Juez", que rezan éstos cuando la policía los acecha: "Señor: has que mis enemigos tengan manos y no me cojan; tengan pies y no me alcancen; tengan ojos y no me vean"; y como los negros, en la bárbara oración, pasaba inadvertido cuando precisamente eran más decisivas sus actitudes y su posición más destacada.

Al lado de esta táctica endiablada, la de La Mar—la huída—resulta inconveniente y pobre.

[49] Empieza a realizarse un triste vaticinio: "Cuando los americanos sacudan el yugo de la metrópoli tendrán principios sus rencillas interiores". Méjico se halla turbado por conspiraciones, agitado por facciones como Guatemala y con pretensiones de usurpación contra ella.—Pero Colombia arde en partidos dividida en opiniones y amenazada por la ambición.—La anarquía devora a las provincias argentinas. Chile se agita como el enfermo sobre un lecho de dolor.—Bolivia yace en la apatía de un régimen transitorio y anti-constitucional. El Perú en la crisis de constituirse recela asechanzas injustas precedidas por villanos ultrajes". [José María Pando. "Al Público Americano" 24 de octubre de 1827 del Suplemento al N° 72 del Mercurio Peruano del 26 de octubre de 1827].

(50) La posteridad no ha comprendido las estrategias de Unanue ni su táctica de palabras agradables, pero sin soltar prenda frente a Bolívar, y presentan al viejo sabio como a hombre débil de carácter. Pero O'Leary nos dice otra cosa:

"Sucedíole en el puesto de La Mar, Hipólito Unanue de intachable reputación pero oprimido bajo el peso de los años y, aunque filósofo e ilustrado, aferrado a las nociones añejas y a las preocupaciones en que se había educado. Ansioso de propender a la prosperidad de su patria, creía que era el medio más seguro de conseguirla seguir las huellas de Bolívar; pero no estaban sus actitudes a la altura de sus propósitos, y érale por tanto imposible dar los pasos agigantados de su héroe-modelo. Benévolo y cortés cuanto hidalgo, no siempre fué popular; pues mal comprendida la **energía de su carácter**, atribuírsela a la irascibilidad de la vejez, y aunque nadie negó el homenaje de respeto debido a sus virtudes privadas, no alcanzó a merecerlo como magistrado"— (Memorias del General O'Leary-- Tomo II.--Pág. 468).

Por uno de esos inescrutables caprichos del destino, La Mar, el prócer sin mancha, valiente y noble, moderado y caballeroso, talentoso, culto y distinguido, y si no peruano, (51) amigo apasionado del Perú, por encima de todas sus posibles patrias, resulta un héroe nocivo, y, en definitiva, un amigo contraproducente: una de las figuras más aciagas de nuestra vida independiente.

He numerado entre sus cualidades la de talentoso. Confieso que con ello no hago sino repetir un lugar común de sus biógrafos, del que no me hago responsable. Si tuviese la arrogancia de emitir mis opiniones a contracorriente, confesaría, con austeridad, que precisamente eso fue lo que le faltó a La Mar. Además era un tímido con ráfagas de temerario. Esta rara contradicción es el fenómeno más común entre los hombres débiles, aunque parezca paradoja; no tienen la fuerza para encauzar y sofrenar el "demos" de sus impulsos.

Pero el destino, que se complaciera en sembrar paradojas en lo existencia del mártir La Mar, otorgóle una compensación póstuma, que acaso ningún héroe ha tenido, y una página digna de la historia de Artemisa.

XVI

Destierro y muerte

Apresado y traicionado el 7 de junio en Piura, es embarcado dos días después en una miserable goleta "Las Mercedes", con su amigo el Coronel Pedro Bermúdez, con rumbo a Centro América. Un mensaje al Congreso y una carta que dirige a Luna Pizarro, nos hacen saber las penalidades de la travesía de ese hombre enfermo del cuerpo y del espíritu.

Medita a bordo y su alma superior no se explica la felonía de los hombres de quienes hizo personajes. Su orgullo de grande se revela contra la afrenta brutal que sus tenientes le han hecho. (52) Contempla los servicios prestados a la patria, en grado eminente, y establece la comparación con los *roedores* que detentan el poder.

(51) Gutiérrez Quintanilla (Ob. cit.) dice:
 "El 10. de agosto de 1820 escribía La Mar a Manuel Salazar: "Si es que la nación no está tan desgraciada que se vea en el afligidísimo caso de abandonar a un hijo suyo a quien eligió por su Presidente con la mayor libertad, sin que sea juzgado". Escribiendo a Tábara y a Florentino Arenales, se expresa así: "Vean y sepan todos los que me han dispensado su confianza, que no la he quebrantado y que soy tan peruano como el que más blasone de serlo. Si he cometido falta en el desempeño del arduo cargo de Presidente que me confiaron los pueblos, no ha sido por intención sino por falta de capacidad".

(52) "Aunque supongo a Ud. abundantemente orientado del estado barbaresco cometido contra mí, por el vil Gamarra, porque ha sido (aunque de noche como todas las maldades) al frente de los pueblos de Piura y Paita, sin embargo no le será demás saber por mi pluma, que el 7 en la noche, fué rodeada mi casa y ocupados sus aposentos por una compañía de cazadores, y mandado, estando yo en cama, por el Comandante San Román de este Cuerpo, y un tal Lira, que me levantara; me entregó éste una carta de Gamarra, reducida a intimarme que renunciase mi destino, porque había perdido la opinión

Pero más le hace sufrir su conciencia. Compulsa sus errores. En ese momento, lejos de sus mentores, siente el vacío de la falta de ellos y, en sentimiento contradictorio, su liberación de los mismos que hicieron su instrumento. Contempla en toda su magnitud el error de la guerra, que no supo impedir. Recuerda que, empecinado, rechazó las propuestas del General Sucre, antes de estallar el conflicto, y que cayó bajo la espada del mismo Sucre.

El 23 de junio "Las Mercedes" echó el ancla en punta Arenas.

Grande fué el revuelo de la incipiente población costarricense al saberse que el Presidente del Perú, el héroe de Ayacucho, estaba a bordo. Comunicada la nueva a San José, el General Morazán y el Congreso deciden honores presidenciales al prócer americano. Falta el dinero para ello y los representantes ofrecen sus emolumentos. Ingresada al fin a la capital, donde anuncia una salva de quince cañonazos, en medio de una apoteosis imponente.

En la pintoresca ciudad de Cartago, (53) donde los proscritos La Mar y Bermúdez fijan su residencia, aquél cada vez más sombrío se aísla de todo y de todos.

El héroe hipocondríaco nada espera de la vida. En sus cartas así lo dice. Vive esos últimos meses como un cadáver alentado por un resto anímico y sólo anhela a la "virgen misteriosa de los últimos amores". Por fin, ésta llega el 12 de octubre para él, y cura sus sufrimientos, "apagando los latidos de su herido corazón".

Pocos meses antes llegó también para su vencedor, el Gran Mariscal de Ayacucho, en la bala asesina de un canalla. Pocos meses después

de los pueblos, que además era extranjero y nulo mi nombramiento de Presidente; que ignoraba con qué motivo reunía a los oficiales colombianos emigrados de Guayaquil; que sólo pensaba yo en ganarme partido a toda costa

Continúa La Mar en su carta lacrimosa a Luna Pizarro, escrita en un momento de abatimiento inesperado en un hombre de guerra, en el brillante guerrero de Ayacucho, con un apóstrofe viril, que ha recogido la Historia: "Esta revolución ha estallado prematuramente porque temió Gamarra que estando como estaba el ejército en disposición de hacer frente a Bolívar y de adquirir fuertes ventajas, se descubriesen sus antiguas combinaciones y las urdidas en Arequipa; su detención estudiada en aquella ciudad; el odio y placer puestos en práctica contra las tropas del Norte; su empeño de ser General en Jefe contra todo principio militar, estando yo al frente del ejército; sus maniobras para paralizar sus movimientos y destruirlos dejando intacta su División; las medias inteligencias con Flores en las conferencias de Saraguro, su comportamiento en el Portete y comunicación de planes al entrar en los tratados de Jirón, brindándose a ser tratante, con mengua de su empleo, incompatible con tal misión y en mengua del Teniente Coronel Villa, que no acomodaba ni a Flores, ni al mismo decantado patriota General en Jefe, que firmó la ignominia del Perú

(53) "El General La Mar, pasados los festejos de su recibimiento, se trasladó a Cartago, la ciudad del quietismo y del aire saludable, la que podía recordarle medianamente a Cuenca, por su relativa elevación, por sus añejas costumbres y por su tradicionalismo religioso. Allí llevó una vida de recogimiento y de amargura, sólo con sus recuerdos, tal vez con sus remordimientos. No tenía familia que le endulzara sus últimos días, en que por abatimiento, más que por edad, se dejó dominar por la melancolía. Su único compañero y amigo, el Coronel Bermúdez, fué quien lo asistió hasta su fin, ocurrido en la mañana del 12 de octubre de 1830".-- (Cleto González López.- Peruanos Ilustres en Costa Rica, 1829-1837.--Rev. de los Archivos Nacionales. S. de Costa Rica. Año II, tomos 9 y 10. Pág. 481).

vendrá para Bolívar más grande en la gloria y más grande en la desgracia que sus dos egregios compañeros de armas. Antes visitó a Córdoba, el impetuoso guerrero del *paso a vencedores*, en medio del tronar fratricida de los arcabuces; los cuatro gigantes de Ayacucho en el lapso de unos cuantos meses, han dejado el palenque a los pigmeos, que desgarran la obra de la emancipación.

XVII

Epílogo romántico

El doctor Cleto González Vásquez, historiador costarricense, nos relata que La Mar fué recibido con honores de Presidente del Perú, y que el gobierno de San José manteniendo la figura, se dirigió al usurpador de Lima, dándole cuenta no sólo de los homenajes rendidos al Jefe del Estado peruano, sino del caso de la piratería ocurrido en "Las Mercedes", capturada por la nave corsaria "La Bolivariana" de Colombia, cuando estaba al ancla en Punta Arenas, y, finalmente, de que había fletado "La Felipa" goleta de pabellón francés, para repatriar al comandante de la nave, Capitán Morales, y a su gente, esperando que el gobierno de Lima sufragase los gastos.

Agrega que el ilustre General Morazán estuvo en Lima en 1841, siendo muy atendido por el General Bermúdez, a quien ofreció repatriar los restos de La Mar; lo que cumplió, oficiando en 2 de setiembre de 1842, al cura de Cartago para que entregase, previa identificación, las reliquias del prócer, *que eran reclamadas por personas respetables de la República Peruana.* (54) ¿Quiénes eran estas personas? No lo dice González Vásquez, ni lo sabe nadie. El misterio más extraño rodea este acontecimiento. En 1834, el General Orbegoso, Presidente del Perú, solicitó autorización del Congreso para repatriar los restos de su antiguo jefe, de la ciudad de Cartago, lo que fué acordado por la Convención el 19 de febrero de ese año. Ocho años después, el 9 de setiembre de 1842, cuando en Lima nadie recordaba a La Mar, Morazán lo dispone y costea un lujoso ataúd con llave de oro; ya era tiempo, no faltaba quien pretendía apropiarse de los despojos, por el valor de la urna; pero no alcanza a hacer la entrega, porque sobreviene una revolución en San José y Morazán muere fusilado. Un año después, el marino alemán Eduardo Wallerstein reclama los restos, en nombre de la señora Francisca Otoya, de Piura, como amiga del prócer, y le son entregados. Esta interesante dama los

(54) "Teniendo noticia esta comandancia por una carta que se ha presentado al Sr. Jefe Político, que el Sr. Máximo Cordero quiere furtivamente apoderarse de los huesos del finado General La Mar, esta comandancia, con acuerdo del mismo Jefe Político, ha dispuesto asegurarlos hasta que el Gobierno disponga lo que convenga con estos restos".— (Carta de 28 de octubre de 1842 del Comandante de Cartago Juan Freses Necoal. Comandante en Jefe.—Rev. de los Archivos Nacionales, San José de Costa Rica.—Año II. No. 9 y 10—Pág. 485).

conservó hasta 1845, y el 16 de setiembre el Congreso a solicitud de ella, autorizó la traslación a la capital. (55)

El gobierno ecuatoriano, recordando en ese momento que tenía un hijo ilustre, y olvidando que éste hizo armas contra el Ecuador (parte en 1829 de la Gran Colombia), reclamó del nuestro las reliquias de La Mar en nota de 24 de enero de 1846. (56) Son altamente interesantes las comunicaciones cambiadas entre J. J. Olmedo y J. G. Paz Soldán, Cancelleres de una y otra República, (57) con este motivo. Por fin, hízose la inhumación en el Cementerio General de Lima, y un hermoso monumento de mármol, obsequio de la Nación Peruana, conserva los despojos del glorioso y malaventurado General La Mar.

Muchos comentarios afluyen a mi pluma y muchas suposiciones acerca de esta intervención inesperada y romántica de una alta dama cultora de la memoria del héroe. Prefiero silenciarlos. También la historia los silenció, y no sólo los documentos oficiales, emanados del Congreso y del Gobierno de 1846, que intervinieron en el asunto, sino el brillante doctor Manuel Vicente Villarán (no confundirlo con nuestro actual profesor el no menos brillante jurisconsulto del mismo nombre), que escribió la biografía y describió los estupendos funerales, verdadera apoteosis hecha por el Mariscal Castilla a la llegada de los restos. Guardóse respetuoso y significativo silencio sobre el asunto, burlando las interrogaciones indiscretas que surgen en la mente del lector.

(55) La señora Francisca Otoya ofició al Ministro de Gobierno en 8 de mayo de 1845 recordando que en El Redactor de 10 de marzo de 1843, se registra el pedido de autorización para hacer los gastos de traslación de los restos de La Mar a Lima y así lo resolvió la Convención de 19 de febrero; pero las revoluciones que se han sucedido, no han permitido hacerlo. "No han faltado personas, agrega, que con su diligencia hayan procurado allanar alguno de los tropiezos que creaba el genio de la discordia. Los restos del Ilmo. Gran Mariscal don José de La Mar los tengo en mi poder, mandados entregar por las autoridades de Costa Rica, que han cedido a mis súplicas y al influjo de mis relaciones en aquel país . . ." ¿Cuáles fueron estas relaciones, tan poderosas como para hacer entrega a un particular, que carecía de título, siquiera fuese de parentesco, un depósito tan sagrado como los restos del ex-Presidente del Perú? Nada se sabe.-- [Narración. Pág. 135].

[56] La Comisión del Gobierno del Ecuador en nota de 10 de febrero de 1845, reclamó desde Paita los restos de La Mar al Gobierno peruano, diciendo, entre otras cosas en su extensa nota: "Estos derechos del suelo natal son los que representa el Gobierno del Ecuador y espera que no serán desatendidos por el del Perú, que sabe posponer sus propios sentimientos a los principios de justicia. Pero por un efecto de extremo celo en pagar un homenaje de veneración y gratitud al virtuoso ciudadano, al valiente y leal guerrero que tanto amó al Perú, vacila algún tanto el Gobierno de V. E. en acceder al presente reclamo: forzoso será que se resuelva a ceder, sabiendo que la viuda de La Mar y su estimable familia lo reclaman igualmente, y luego que se presentó la oportunidad clamaron a su gobierno para que se apresurase a reclamar esas reliquias, no queriendo proceder por sí directamente a recoger su propiedad en cualquier parte en que se hallase, por respeto al Gobierno del Perú; pues sabían que el mismo Gobierno y aún su Congreso habían dictado algunas providencias sobre la traslación de esas cenizas a la capital . . ."--Narración Pág. 141].

[57] La nota de respuesta a la de la Comisión del Gobierno del Ecuador, suscrita por el Dr. José Gregorio Paz Soldán. Ministro de Relaciones Exteriores, en 20 de marzo de 1846, decía que: "Aunque su Gobierno no tuviese el impedimento expresado [la

Hay todavía otro amor póstumo de La Mar: Carmela Elizalde. Bolívar no tuvo una gloria igual: ¡El que tanto amara a las mujeres! Si en el más allá cabe la envidia, y si en el alma grande de Bolívar cupiesen pasiones de este género, el Libertador de América habría envidiado el homenaje póstumo del novelesco General sin patria.

XVIII

El Trasmigrado

¿Qué misterios encierra la vida sentimental de este héroe?

Es viudo de doña Josefa Rocafuerte, aristocrática dama Guayaquileña. En los días de su retirada a Piura, después del desastre de sus armas en Tarqui, se relaciona con una dama de quien todavía hablan las crónicas de Piura, especie de Mme. Recamier peruana, cuya casa es el centro más culto y hospitalario de la ciudad patricia. En su Salón recibe a las personalidades a quienes los vaivenes de la historia llevan a esas playas. Sus sentimientos por La Mar pueden medirse por el homenaje póstumo al amigo infortunado, que ha exhalado el último aliento, humillado y vencido, en las lejanías del destierro. Una tercera dama se insinúa en esta época; un oficio de José Joaquín Olmedo al canciller peruano José Gregorio Paz Soldán, reclamando los restos para inhumarlos en el Ecuador, su país natal, habla reiteradamente de la viuda del prócer, que espera las cenizas gloriosas del esposo. (58)

¿Quién es esta dama incógnita a quien el Gobierno ecuatoriano oficialmente alude y de la que en el Perú nadie tenía noticia, ni Villarán el ilustre biógrafo del Mariscal?

En el viaje que hice a Chile en enero de este año, tuve oportunidad de preguntarlo al doctor Rafael H. Elizalde, destacado político del Guayas y fervoroso pariente de La Mar. He aquí la carta que en respuesta me dirigiera, y que transcribo reiterando las gracias a su erudito autor.

existencia de una resolución del Congreso de doce años atrás] para acceder a los deseos del Gobierno ecuatoriano, tampoco cedería a ellos por razones de justicia y de decoro nacional. Los restos del Ilustre General La Mar arrojados hace mucho tiempo en la playa extranjera, por nadie fueron solicitados, hasta que la señora doña Francisca Otoya los recogió de la ciudad de Cartago para trasladarlos al Perú. Se hallan, pues, en sus playas y permitir su extradición sería inferir a esos mortales restos, una expatriación que nada podría justificar. La tierna solicitud de la citada señora o un destino particular han restituido al suelo peruano preciosos restos, que sin mengua no puede ceder". Narración.-- Pág. 145].

[58] Una nota al pie de la transcripción del oficio de Paz Soldán, dice: "Por los anteriores documentos parece que el General La Mar, hubiese contraído segundas nupcias, pues dice el Sr. Olmedo: Forzoso será que se resuelva a ceder, sabiendo que la viuda del General La Mar y su estimable familia lo reclaman igualmente. Investigando nosotros sobre este segundo matrimonio, de personas que pudieron saberlo, se nos ha respondido negativamente".-- [Narración.-- Pág. 145].

‘ ‘Cienfuegos 158. Santiago, 12 de enero de 1939.

‘ ‘Señor don Luis Alayza y Paz Soldán.— Presente.

‘ ‘Distinguido señor:

‘ ‘En la visita con que me favoreció usted hace pocos días, me hizo Ud. el honor de consultarme, como sobrino bisnieto que soy del Mariscal don José de La Mar, acerca de su segundo matrimonio. Tuve oportunidad de manifestar a usted entonces, que muchísimas veces oí referir a mi padre, don Juan Bautista Elizalde y Pareja, que estando el Mariscal don José de La Mar desterrado en Costa Rica, se casó por poder con su sobrina carnal doña Angela Elizalde y La Mar, que entonces residía en Guayaquil. Esta dama era tía carnal de mi padre y hermana del General don Antonio Elizalde y La Mar, abuelo mío, que fué representante legal del Mariscal en la ceremonia del matrimonio.

‘ ‘Como el fallecimiento del Mariscal La Mar ocurrió en Costa Rica muy pocos meses después de haberse efectuado su matrimonio por poder, los esposos no llegaron a juntarse. Y también oí muchas veces de labios de mi padre, que por esa razón, cuando falleció doña Angela Elizalde viuda de La Mar (como reza su lápida que está en el cementerio de Guayaquil), la amortajaron como a las vírgenes: de blanco y con palmas.

‘ ‘Los documentos de familia que comprobarían la celebración de dicho matrimonio deben haberse quemado en uno de los varios y grandes incendios que han assolado Guayaquil; pero no creo difícil que en la Curia Eclesiástica se encuentre el acta original del matrimonio y la copia del Poder con que obró el General Elizalde.

‘ ‘Ese matrimonio explica el interés especial que demostró la familia Elizalde porque fueran transportados al Ecuador los restos del Mariscal, como se ve en la obra de don Manuel Vicente Villarán, aún cuando ella se refiere al matrimonio del Mariscal con doña Josefa Rocafuerte.

‘ ‘Me complazco, etc.— R. H. Elizalde’.

Después he tenido la oportunidad de ver la imagen de la virgen viuda, en una miniatura exquisita: rostro oval alargado, ojos carmelos y cabellos del mismo color, esmeradamente peinados. Una opulenta guedeja de éstos desciende desde la sien izquierda y por delante de la oreja hasta alcanzar el marfil del hombro de impecable línea. Es una guapísima dama de tipo marcadamente guayaquileño: fina y exangüe como una virgen prerrafaelista y parece hallarse entre los 25 y los 28 años.

En La Mar, pues, todo es novelesco como aquellos platónicos amores con doña Francisca Otoyá y este matrimonio a lo Caballero Destouches, contraído al borde del sepulcro con una virgen lejana.

En La Mar todo es enigma. Parece a veces que el destino se entretiene en ofrecernos extraños acertijos y antítesis inexplicables.

Ese hombre no tuvo patria ni nombre, no se llamaba La Mar, sino X Equis, como las incógnitas del álgebra. Desciende de un marino inglés de gloriosa historia, a quien América bautiza con el nombre de

La Mar, porque siendo el océano el escenario de sus hazañas, fué ennoblecido por la Corona con el título de Marqués de La Mar.

Es el hombre menos a propósito para mandar, y sin quererlo tres veces asume el mando en el Perú y una en Guayaquil.

Detiene durante algunos meses el paso majestuoso de la independencia americana, diosa en cuyos altares comulga secretamente, defendiendo el pabellón español bajo las almenas del Real Felipe.

Saliendo de su apatía impone sus opiniones en el campo de Ayacucho, contra las de Sucre, que cohibido por las instrucciones de Bolívar, se empeña en rehuir el lance que ofrece el Virrey para una batalla decisiva. El lánguido La Mar, discute, razona, y convence a la junta de guerra.

Con esa intervención eminente en esa gran batalla que pone fin a la dominación española, puede considerársele al lado de Bolívar, San Martín y Sucre, como uno de los más grandes americanistas; pero cinco años después endereza sus armas fratricidas contra la americanidad y fracasa en la empresa.

Vive y muere este hombre antítesis, traicionado por los varones y adorado por las mujeres, a quienes interesa por igual la melancolía de su espíritu y la grandeza de sus hechos.

Dos repúblicas disputanse sus cenizas, después de haberle repudiado en vida.

El Mariscal Castilla, teniente suyo en Ayacucho, ríndele el homenaje póstumo, la repatriación de sus restos, y los más brillantes escritores del Rímac consagran su apoteosis; pero pocos años después el Ecuador, la tierra donde nació porque, según frase del General Morán, ahí lo arrojó la naturaleza, coloca su espectro en el banquillo de los acusados, para sentenciar al desencarnado, y concluir con un veredicto de piedad, más afrentoso que la misma condena de traidor de que se le acusaba. ¡Oh si el hombre de Ayacucho hubiera en ese instante podido irrumpir en la sala de las injurias, como el Comendador de Piedra!

Unió sus destinos con los de una alta dama de Guayaquil, la ciudad tropical y apasionada, llena de amores y de perfumes; pero sus abrazos glaciales de fantasma, resultaron estériles; y ha pasado por el planeta como un astro maldito, que ni siquiera deja tras de sí quien lleve su nombre, ilustrado por la gloria y vilipendiado por la envidia.

La figura de La Mar hace pensar en las trasmigraciones de los mitos orientales. En la reencarnación de un filósofo o un caudillo de milenios anteriores, que regresa al planeta con todas las grandezas del espíritu que exhibió bajo el Sol de los días pretéritos, y con todas las miserias de un *karma*, que debe depurar en la hoguera del dolor y del oprobio, bajo el golpe del martillo de la desgracia, y entre los lanzazos de las más ruines mezquindades. Por eso hubo en su frente cativa, en sus ojos amables de expresión extraña, y en su sonrisa triste, una sombra de misterio. Por eso hubo en su palabra en ciertas ocasiones una fuerza avasalladora que, como en la junta de guerra en vísperas de Ayacucho, doblega a los opositores. Son los trozos de astro de primera magnitud, que conserva de los tiempos en que fuera sol de un firmamento esplendoroso, hace muchos miles de años.

Confieso que antes de adentrarme en su vida, sentí desdén por el político y rencor para el mandatario que, sin quererlo, tanto mal causó al

Perú, y a la americanidad. Hoy meditando con espíritu filosófico, más humano y más hondo un espíritu avasallador me domina, al recordar al hombre predestinado por la grandeza y por la desgracia; venido no sé de dónde, con un destino fatídico y siempre superior a la adversidad en su manera de afrontarla. A veces, a escondidas voy al cementerio, a recordar y a sentir ante la piedra funeraria que cubre sus cenizas. La efigie delicada del mártir en mármol, de pureza absoluta, se levanta sobre una pequeña columna, al pie de la cual dos damas de impecable Carrara, sueñan y recuerdan. Una de ellas sostiene un Caduceo, que me hace pensar en la frase de Sánchez Carrión a Bolívar: Si el Caduceo se apartase, las serpientes de las pasiones se despedazarían. ¿Quiénes son las dos mármóreas damas? ¡Acaso sus dos patrias arrepentidas!

También yo, que alguna vez como historiador expresé mis incomprensivos desdenes por La Mar, hoy, compungido, le ofrendo estas líneas, homenaje a su dolor y a su grandeza. (1)

Olivar de San Isidro, mayo de 1939

(1) La publicación de este artículo se debe a la gentil cortesía del Dr. José Gabriel Navarro, quien nos proporcionó el original.

Fr. BENJAMIN GENTO SANZ,
Franciscano.

Civilización Franciscana en América

(SINTESIS DE LOS PRIMEROS SIGLOS DE FRANCISCANISMO EN AMERICA)

Especial para la "Gaceta Municipal".

Dedicado al M. P. Visitador General,
Fray Serafín Lunter.

CAPITULO I

I.—Espíritu heroico de la Raza.—II.—Colón y los franciscanos Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena.—III.—Los primeros Misioneros Franciscanos en América.—IV.— El genio de la Raza en la obra civilizadora de España en América.—V.— El genio artístico español en América.—VI.—La obra de los Misioneros.

I

“Entre todas las tierras del mundo, España ha una extremanza de abundamiento e de bondad más que ninguna . . . España es como el Paraíso de Dios, ca riégase con cinco ríos cabdales . . . rica de metales de plomo, de estaño, de argent vivo, de fierro, de arambre, de plata, de oro, de piedras preciosas . . .” Así la describe, la *fabla* sonora y melífluo acento del rey-emperador Alfonso X el *Sabio*, el restaurador de la archicélebre universidad salmantina, autor de las *Siete Partidas* y bellísimas *Cántigas galaicas*”.

De alma latina y corazón algún tanto árabe y soñador, España ha sido en todas las centurias, el sueño dorado, la ilusión fantástica y peregrina de todos los pueblos conquistadores. Un día, bastante remoto por cierto, deslízanse por las tranquilas linfas azules del *Mare Nostrum*, unos trirremes exóticos que navegaban a velas desplegadas del Oriente, de aquella parte en donde fabricaban la púrpura. Los mercaderes de Tiro y Sidón se deleitan en la fecundidad del Jardín de las Espérides y fundan Gades, la alegre Gades arrullada por las canciones de dos mares, como el centro de sus futuras correrías, para adquirir el oro de Tarsis.

En su seguimiento, las colonias egeas y helenas se confunden con los autóctonos iberos e inculcan a los aborígenes el arte y la legislación de Pericles y Solón.

Aparece en las costas mauritanas un genio de la guerra y es Aníbal el Púnico, que sitia a Sagunto para dar comienzo a las grandes epopeyas hispanas. Roma suplanta al poco tiempo la felicidad de Cartago en las "delicias de Capua" y dirige las legiones consulares a Numancia, pretendiendo soguzgar la arrogancia celtíbera, mas siete ejércitos de la soberbia Roma con sus cónsules y generales pasan avergonzados bajo las Horcas Caudinas de su derrota, mientras los heroicos numantinos, antes de rendirse a las águilas de Escipión, perecen en las llamas con sus ciudades, en sublime sacrificio, a seguir uncidos al carro del vencedor en su apoteosis triunfal. En Munda, (45 a. antes de J. C.) el ejército español de los Pompeyos pone en peligro a César y conmueve los fundamentos republicanos del Esquilino y la legislación del Capitolio. España se hace romana más que la misma Roma y de Itálica (la actual Sevilla) y de Mérida, la segunda ciudad romana, salen a ocupar la púrpura imperial los más preclaros ciudadanos: Trajano, Adriano, Teodosio que colocan en el ápice de la grandeza la soberanía mundial. Faltan de Roma los ingenios y poetas; los filósofos y escritores de la metrópoli se habían agotado; España, Madre de la Inteligencia, provee a su conquistadora hombres de letras, desfilando una cohorte numerosa de pensadores y poetas, filósofos y oradores que invaden el Capitolio, el Foro y el Senado, tales como los Sénecas, Lucano, Columela, Floro, Marcial, Quintiliano, Silio, Itálico y mil más.

Cuando las hordas bárbaras ahogan con gritos salvajes la rebeldía romana, España que, durante seis centurias recibiera la transfusión de la legislación administrativa y militar, la lengua latina y el derecho romano, resiste la baraunda bárbara, la que no fué suficientemente poderosa para arrasar la etnología celtíbero-romana. Fué necesario una unidad más formidable para aunar las conciencias y para que el culto de las almas se iluminara con la palabra ungida de Santiago el galileo.

Llegó un día en el que el caudillaje militar de las invasiones redujeron a pavesas y convirtieron "en campos de soledad, mustios collados" ciudades prósperas y burgos heroicos, levantándose las terribles mesnadas del otro lado del Rhin, con innumerables jirones de púrpura imperial: suevos, alanos, visigodos y los terribles vándalos, ungieron más de una vez, con sangre mártir, la población hispano-romana, no obstante, los vencidos de hoy serán los vencedores del mañana; el godo arriano se convierte en el católico español. Entonces, sí, sobre el cadáver caliente de Hermenegildo, sabrificado por un padre de subido fanatismo arriano, el gran Recaredo, hermano del occiso, con todos los invasores y destructores de la cultura hispano-romana, abominan de su civilización bárbara y se asimilan la de los vencidos. Ascende hasta la cúspide de su perfección la cultura visigótica. San Leandro, San Isidoro de Sevilla, San Fulgencio, Draconcio, San Eugenio, Oroncio, Idacio, San Ildefonso Toletano, San Braulio de Cesaraugusta y una falange numerosa, ilustran y dan realce a la noble e imperial Toledo que, con sus Concilios, ciegan las fuentes del separatismo y hacen surgir los fundamentos de la Monarquía Cristiana.

La invasión de Mahoma se desborda por la Península, mientras el descastado Don Rodrigo aduerme sus amores, con la "hermosa Cava en la ribera" del Tajo caudaloso y aurífero; pero antes de despertarse del sueño del placer, los hijos del Desierto se embriagan de sangre visigoda y cristiana, acabando para siempre con la brillante civilización de los toledanos Concilios.

Da comienzo la segunda parte de la *Cabalgata Triunfal*.

La Epopeya Española es un inmenso campo de batalla, en donde se dan cita los héroes de la Reconquista, guiados por el flameante lábaro de la Cruz. Es en Covadonga, primero, donde el hijo de Don Favila, Pelayo, desbarata las huestes sarracenas de Tarik, que en su empuje victorioso, saltan el Pirene, para enclavarse en las lanzas francas de Carlos Martell. Descienden los caballeros cristianos y españoles de las crestas de la Borunda y de S. Juan de la Peña para darse la mano en la Marca Hispánica, en Ripoll, donde Bereguer IV conduce a sus soldados, de victoria en victoria hasta la desembocadura del río español por excelencia, el Ebro, tomándose a Tortosa. No son menos los reyes castellanos, leoneses y de Aragón, que empujando con sus pechos a la Media Luna, coronan con la bandera cristiana las torres de Toledo, de Valencia, de Sevilla. Llega la centuria XV. Después de pasar por las Navas, el Salado y Alentejo, descienden por el Guadalquivir, para entronizar el pendón morado de Castilla en los adarves bermejos de la Alhambra y Albaicín. Es el período de los Reyes Católicos Fernando e Isabel.

Ya con anticipación, catalanes y aragoneses fundan un reino español en Atenas y Neopatria a la vez que Sicilia y Nápoles se postran a los pies de los valientes almogárabes y les rinden pleitesía los emperadores bizantinos de Constantinopla. Gonzalo de Córdoba, el gran Capitán, se cubre de gloria en Garellano, y Francisco Navarro con el Cardenal guerrero Jiménez de Cisneros, doman la morisma rebelde en Orán, mientras en el golfo heleno de Lepanto, el "rayo de la guerra", Don Juan de Austria, salva a la Cristiandad en el más grandioso y homérico hecho naval que han contemplado los siglos, al decir del *Glorioso Manco*.

Ocho centurias han pasado de la segunda parte de la *Cabalgata Triunfal*, para continuar la ruta de las Carabelas dirección a América, llevando a cabo en la nao "Santa María", con Sebastián Elcano, la primera fantástica hazaña de la vuelta al mundo. Descubre Vasco Núñez de Balboa, atravesando ríos y cordilleras, pantanos y selvas, en los que reina la muerte, rutilante como un nítido cristal, el inmenso mar del Sur; quema Cortés en Veracruz sus navíos y se lanza a la conquista del imperio azteca, la populosa México de Moctezuma, y los Pizarros llegan al Cuzco, y Valdivia empeña la lucha centenaria con los valientes araucanos, y Jiménez de Quesada funda Santa Fe de Bogotá, y Sebastián de Belalcázar funda la ciudad de San Francisco de Quito, después de arrollar con sus arcabuceros al generalísimo de Atahualpa en los valles sonrientes del *Quitús*, y Francisco de Orellana corona la hazaña sin segundo del descubrimiento del Amazonas, mientras Andrés de Vera, reflejando el heroísmo castellano, entona el *Te Deum* de la Raza, al murmullo cadencioso de las ondas del Océano, que queda cautivo y prisionero entre los brazos prepotentes del alma latina y del genio español

Sale más tarde la *Invencible* camino de Inglaterra para acallar las voces de la *Protesta*, y aparecen los Teólogos de Trento al lado de los Tercios de Alejandro Farnesio, que ganan la invencibilidad en las pantanosas campiñas de Flandes. Comienza la centuria XIX y España salva a Europa de la tiranía revolucionaria del César de Versalles, contra quien van dirigidos los cañones de Bailén y Arapiles, Salamanca y Vitoria, como salva triunfal de los gabinetes europeos, y como preludio de los campos rusos, en donde desapareció para siempre el Coloso, que afortunado, puso al Viejo Mundo como peana de sus pies.

El 12 de octubre de 1492, marca una etapa única en la Historia de la Humanidad. Cuando el sol de América divisó las barcas españolas y alumbró con sus rayos a esos bravos argonautas de la aventura que, cargados de ilusión, rompieron el mar, adivinando la existencia de una tierra virgen y de un continente ignoto, se escribía entonces, la primera nota de la más grande epopeya, de las muchas que Hispania tenía, que resonó bajo las alas del sol.

España -la Iberia siempre gloriosa y grande de todos los tiempos- vino a constituir el centro único en la esfera por donde rodaba el mundo con sus hombres y con sus héroes. La Providencia la escogió a ella, a España, porque cabía en su grandeza la magnitud de la hazaña por realizarse. Y España, atenta a los destinos que le impuso Dios a desempeñar en la historia de los hombres, aceptó el encargo, y cumplió íntegramente el destino y mandato divinos; y su obra aún perdura en los pueblos que civilizó. Por eso, Hispania no ha muerto, porque engendró de su misma sangre otros pueblos para el progreso y la civilización.

Tanto cambio que ha sufrido España en sus ideas y en sus instituciones, tanto políticas como sociales, y sin embargo, continúa incólume e íntegra, siempre grande, admirando al mundo con su comportamiento digno en el plano de la Historia.

España descubrió al Nuevo-Mundo. Ese amanecer primero en la isla de San Salvador, cuando el grumete Rodrigo de Triana gritó a todo pulmón, con todo el espíritu esforzado del alma española: ¡Tierra! ¡Tierra!-fué la aurora de la civilización moderna en Europa y en todo el mundo. La conquistó palmo a palmo, casi siempre con la espada en la mano. ¡Qué valientes esos guerreros únicos en la historia, cuando en Veracruz quemaron sus naos y se entregan a la aventura de la conquista! ¡Qué bravura la de ese héroe extremeño, de ese Pizarro tan calumniado en la historia por gentes mezquinas de heroísmo y de gloria, cuando traza esa raya admirable, inspiración de su genio militar y grita: De aquí para el norte, se encuentran la miseria y la pobreza, es decir, Panamá; de aquí para abajo, están la holgura y las riquezas o sea el Perú; los valientes que pasen la raya, los cobardes que retrocedan, y posee solamente trece decididos que en una isla solitaria, se disponen a conquistar los fabulosos e inmensos tesoros de los Incas; lo mismo que cuando Belalcázar avanza a Quito-una de las conquistas más gloriosas de América-; al igual de Pedro de Alvarado en la noche memorable de la huída de México, salta con su lanza la calzada que le separa de sus amigos y se pone a salvo;

o la empresa de Orellana y sus soldados, que construyen un bergantín en las selvas del Amazonas y tienen que comer hasta la suela de sus zapatos o la madera del navío Españoles valientes y esforzados, audaces y recios, temerarios y conquistadores: la historia no nos da cuenta de otros más esforzados que estos hombres dominadores de América, que salieron del anonimato de la Raza!

España, no solamente fué gloriosa por su descubrimiento y su conquista. La gloria de los laureles pasa muy pronto, porque todo lo humano se marchita en breve. Hispania tiene otra gloria mayor, la única estable en el vaivén de los siglos. Tras de la Leyenda Negra, hoy se ha puesto en claro el valor ético-religioso de España, prescindiendo de particularidades históricas que no responden al punto de la cuestión. Había que estudiar el carácter de la conquista, el fin, y no los puntos accesorios que no hacen sino determinar más o menos un acto.

España tuvo un fin alto, muy elevado al lanzarse a lo desconocido, en busca de tierras tras el Océano. Y es precisamente lo que hoy se denomina con el pomposo título de *Hispanidad*.

Hispanidad quiere decir RAZA. Y RAZA no significa ni sangre ni nobleza, porque no son fundamentos de civilización. La sangre y la nobleza contribuyen como accesorios a la formación de la civilización, pero no son el punto céntrico. Hispania se fundamentó en la Religión, en el Espíritu, y, he aquí, que adivinó un plan maravilloso, y lo trazó con asombrosa exactitud y lo llevó a efecto con su audacia y su constancia . . . RAZA no es sangre ni patria. RAZA es espíritu, porque el espíritu es el que junta a los hombres en haces determinados en el planeta. No busquemos otra significación. Raza es espíritu, y el espíritu español fué esencialmente cristiano y católico. En el catolicismo fundamentó su ideal, es decir, tuvo por ideal el catolicismo en los dos aspectos, en el de universalidad y en el del triunfo de la Cruz en el mundo entero.

Por eso España triunfó, y vive a través de los siglos, porque su acción fué esencialmente espiritual. Porque sólo el espíritu une, sólo el espíritu reacciona contra los recelos de raza y de clase. Si España se hubiera contentado con donarnos su sangre y nada más, no hubiera hecho otra cosa que sembrar el germen de una evolución retrospectiva, de una lucha interminable de razas. Porque una raza así, crea egoísmo, nunca amor. Ante todo debía acudir al espíritu, la única base para la concate-nación de pueblos diversos en carácter y en religión.

Hispanidad quiere decir, por lo mismo, catolicismo, el triunfo del Catolicismo al servir de eje primordial en la fusión de dos razas. *Hispanidad* quiere decir, amor a la acción de la Madre Patria, fundadora de *veinte Naciones Libres*; y la acción de España fué católica en sus principios, medios y fines. Saludemos a la España Católica, a este tronco fecundo que sostuvo entre sus ramajes la Cruz Redentora y Conquistadora: ¡Salve, Madre España! Veinte naciones te ofrecen el corazón, donde palpita tu misma savia. ¡Salve!

España no es solamente la bellísima Península frente al Mediterráneo, besando con sus palmeras ondulantes su azul purísimo. Nó. España es el tronco, es la savia para todas las tierras y para todos los climas.

Su leyenda se alza orgullosa y su epopeya acaricia a todo un Continente. Veámoslo:



Altar Central de la Iglesia del Hospital. (Arte colonial)

II

El 12 de Octubre de 1492, es una de las fechas memorables en las páginas de la Historia Universal. En ese clásico día, ciento veinte valientes paladines y esforzados nautas hispanos, guiados por la fe de una Reina y los destinos imperiales de la España unida de Fernando e Isabel, plantaban, en nombre de un ideal captado, el morado pendón de las libertades castellanas, en las fértiles riberas de una isla del Mar Caribe, en la de San Salvador, después de ansiedades infinitas, de anhelos fluctuantes y de dorados sueños llevados a la meta de las realidades.

Con prioridad de dos meses, el tres de agosto, cuando los primeros rayos solares osculaban las tranquilas aguas del Tinto-Odiel, la tripulación de las históricas carabelas "La Santa María", "La Niña" y la "Pinta", se arrodillaba sobre cubierta, para recibir la postrera bendición del anciano Fr. Juan Pérez y de su acompañante Fr. Antonio de Marchena. Momentos después, levadas anclas, la pequeña pero temeraria escuadrilla se alejaba de Palos de Moguer a la aventura y descubrimiento de las que creían Indias Orientales. Las andanzas y contratiempos del almirante Ligur se habían realizado con el éxito más completo y Cristóbal Colón, el marino de audaces teorías se lanzaba en tres frágiles barquichuelos, con ciento veinte héroes a bordo, a la homérica hazaña de descubrir un Continente en olvido.

Del Convento de la Rábida, del insignificante cenobio franciscano, que coquetamente se balancea sobre el balcón de dos mares, para contemplar el paisaje infinito de borrascas imponentes y suavísimas bonanzas deleitosas, surgió el impulso de aquel marino extranjero que venía reverente, a regalar como aguinaldo y premio de ocho centurias de combates y de victorias, un Continente, tan extenso como la Atlántida de Platón y morén Jacinto Verdaguer, tan rico y liberal como las Islas Afortunadas o fantásticos territorios del Preste Juan, tan exótico y curioso, como las provincias orientales del Gran Khan, descritas por Marco Polo o el franciscano Odorico de Portunaone.

Cristóbal Colón, calificado en Córdoba y Salamanca por letrados y doctores, científicos y geómetras por el "loco" y soñador de grandiosidades quiméricas, estaba destinado al fracaso ante las bondades de la reina de Castilla Isabel, si un día, despreciado y hambriento, con su pequeñuelo hijo Diego en la mano, no llama, con pulso trémulo, al pequeño monasterio andaluz de la Rábida, donde además de la caridad material, ingénita a todo convento franciscano, encontró, escondido bajo el tosco y burdo sayal de los hijos de San Francisco, lo que valía en aquellos momentos, más que los tesoros todos del universo: comprensión, aliento, valimiento ante Isabel.

Cristóbal Colón debe a los moradores de Nuestra Señora de la Rábida Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena, lo que no pudo conseguir en las cortesanas antecámaras ni en los conciliábulos de los sabios. El nombre de estos dos franciscanos, precursores en el Nuevo Mundo de las glorias que, después de pocos lustros habían de alcanzar sus hermanos de hábito, desde los desiertos de Nuevo México hasta la tierra descubier-

ta por Magallanes, merecen la admiración y alabanza de todos los americanos y sus nombres ser grabados con letras imperecederas en los anales gloriosos de la humanidad y en la conciencia colectiva de toda Hispanoamérica.

Magna empresa, por cierto, la que se impusieron los franciscanos, al llevar el convencimiento, no solamente a las asambleas de sabios, sino al consentimiento de la buena reina castellana y los medios necesarios para que la empresa magna se llevara a efecto. Empresa digna de todo encomio. El "Mar Tenebroso", como entonces se apellidaba a la inmensidad del Océano que desde Finisterre (fin de la tierra) se alcanzaba a distinguir, constituía el "timebunt", la fantasía espeluznante de algo hórrido y monstruoso, habitado por pavorosos animales. "Todas las obras de geografía, dice Roselly de Lorgues, en su obra: "Historia de Cristóbal Colón y de sus Viajes", acreditaban la mala denominación de Tenebroso, pues sobre los mapas se veían dibujadas al rededor de tan pavorosa palabra, figuras horribles, para las que los cíclopes, lastrigones, grifos e hipocentauros, fueran de agradable aspecto No paraban aquí los peligros a que se exponían los exploradores porque gigantescos enemigos podían a cada paso desplomarse de los aires sobre ellos. En aquellas latitudes se cernía con sus fabulosas alas, el pájaro rok, que tenía por hábito coger con su pico descomunal no a hombres o barquillas, sino a buques tripulados y elevarse con ellos a la región de las nubes, para una vez allí, divertirse en destrozarlos con sus garras e irlos dejando caer en pedazos en las negras ondas del mar Tenebroso"

"La mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias", escribía en el siglo XVI, Gómara. No registran las páginas de la Historia mundial un hecho que parangonar se le pueda, ya que proezas parecidas, ni las de Alejandro o de los Reyes Persas, de Roma o de los seguidores del Corán, ni remotamente se equiparan con la de los conquistadores, descubridores y exploradores españoles del siglo XVI.

Volvamos a nuestro asunto, a considerar las figuras cumbres de los dos franciscanos, que fueron la causa por la que Colón adquiriera el favor real y se pusieran a su disposición las tres históricas carabelas ya mencionadas.

La confusión de los historiadores ha pretendido envolver en las sombras de la negación, estas dos genuinas glorias franciscanas en la singular persona de Fr. Juan Pérez de Marchena. La crítica histórica de unos cuantos lustros a esta parte ha logrado palmariamente demostrar la distinción de los dos alentadores de Colón. La personalidad de Fray Juan Pérez, Guardián en ese entonces de la Rábida, se destaca luminosa y concreta entre los testimonios más primitivos y auténticos, y sólo ha reinado alguna confusión acerca de la primera vez que trató a Colón, es decir, si fué en 1484-85, o en la segunda de 1491. Fray Juan Pérez es el amigo y confidente íntimo. Fray Antonio de Marchena, representa la ciencia, el alto ascendiente; Fray Juan Pérez, la amistad, el corazón. Diríamos que aquél personifica la Orden, y que éste encarna la Rábida, (Fray Angel Ortega. La Rábida. Historia Documental Crítica).

[1] Julián Juderías La Leyenda Negra.

1491 es año crítico para el Descubridor. Los Reyes Católicos se encuentran en Sevilla adelantando los últimos preparativos para la campaña culminante de Granada. ¿Quién se iba a preocupar de unos ideales enteramente utópicos para la inmensa mayoría de los sabios españoles, y qué caso habían de hacer unos Reyes y magnates, enfrascados en la empresa suprema de la conquista de Granada y su vega encantadora, postrero jirón sarraceno y último baluarte de Boabdil en la Península? Colón, desalentado y abatido, decide trasladarse a la corte de Saint Denis, para exponer al Rey de Francia sus atrevidos designios, sus soberbios pensamientos de descubrir tierras desconocidas, poniendo a su servicio, sus conocimientos geográficos y marítimos. Antes de emprender este paso definitivo en su vida, decide, como afirma el P. Las Casas, recoger a su pequeñuelo hijo Diego que se aloja en la Rábida, al cuidado de los frailes franciscanos, y de paso despedirse de sus buenos amigos Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena. No fué infructuosa la visita. De aquella entrevista notable, salió el descubrimiento de América. El bondadoso Guardián Fr. Juan Pérez, para hacer efectiva su influencia, acompaña al Almirante a la presencia de la Reina, acampada en el Real de Santa Fe. El P. Fray Bartolomé de las Casas, en su Historia de las Indias, explícito y propincuo a los hechos, escribe: "Viendo que ni en la Corte ni cerca de los Duques de Medina adelantaba (Colón) cosa alguna, fué a la villa de Palos con su hijo, o a tomar a su hijo Diego, niño, lo cual yo creo: fuese al convento de la Rábida, y salió a recibirle un Padre que había por nombre Fr. Juan Pérez que debía ser el guardián...el cual diz que era o confesor de la Serenísima Reyna o lo había sido"...

Que Fr. Juan Pérez debía poseer grande influjo en el ánimo de la Reina Isabel, se deduce claramente del efecto de la embajada, tanto más, que al oficio y alto honor de confesor de tan esclarecida soberana, se unía el de que, cuando era mozo, había servido a la Reina de Castilla, en el oficio de *contador*, cargo honroso y delicado en la Corte. Por demás interesante es el siguiente testimonio de Don Fernando Colón, pariente del Almirante, relativo al asunto de que estamos tratando y que pone de manifiesto, la enorme influencia de franciscano humilde en el descubrimiento de América. Dice así: "En tanto que se trataba esto (los asuntos del Descubrimiento) no estaban siempre en un lugar los Reyes Católicos, por causa de la guerra de Granada, y por esto se dilató mucho tiempo la resolución y respuesta. Fué el Almirante a Sevilla y no hallando en sus Altezas mejor conclusión que la pasada, dió cuenta de su empresa al Duque de Medina-Sidonia; pero después de muchas pláticas no se concluyó nada (como deseaba) en España y así determinó pasar a Francia, a cuyo rey había escrito sobre esto, con resolución, si no se le oyese, de pasar a Inglaterra a buscar a su hermano, de quien no había tenido noticia, con intención de llevar a su hijo Don Diego a Córdoba; pero Dios ordenó que tuviese efecto, inspirando a Fray Juan Pérez, guardián del convento, a que tomase amistad con el Almirante y a que le agradase tanto en su empresa que le causó sentimiento su resolución y lo que perdería España con ella. Rogóle que no ejecutase el viaje porque iría a ver a la Reyna, que esperaba le diese crédito por ser su confesor; y aunque el Almirante tenía ya perdidas las esperanzas, por

el poco ánimo y juicio que hallaba en los consejeros de sus Altezas, por el gran deseo que tenía de que esta empresa la lograra España, le precisó a ceder a su ruego, teniéndose por natural de estos reynos que eran patria de sus hijos y haber vivido en ellos tanto tiempo... Partido el Almirante del Convento de la Rábida que está cerca de Palos, con Fr. Juan Pérez al campo de Santa Fe, donde estaban los Reyes Católicos entonces, en el sitio de Granada, habló Fr. Juan Pérez a la Reyna, con tan grande instancia que logró que su Majestad mandase volver el tratado del descubrimiento; pero como por una parte, lo contradecían el prior del Prado y sus secuaces, y por otra parte pedía el Almirantazgo, el título de Virrey y otras cosas de tanta estimación e importancia, pareció cosa dura concederlas; pues saliendo con la empresa parecía mucho, y malográndose, ligereza; con lo cual cesó en el negocio!... etc. (Las Casas, cap. XII.—P. Angel Ortega. La Rábida, Historia Documental Crítica. pág. 144. Tomo II).

La enorme influencia ejercida por el Guardián de la Rábida, Fr. Juan Pérez, en el ánimo real de Isabel, fué el paso decisivo en el Descubrimiento de América por los españoles. El mismo, acompañando al Almirante al Real de Santa Fe, para que la visita tuviera su efecto pleno, es un gesto simpático e histórico a la vez, que honra sobremanera al franciscano.

Todavía adquiere mayor grandeza el recibimiento de Colón en el cenobio de la Rábida. Allí, además de su hijo Diego, se cobijan sus únicos amigos, sus comprensores, sus alentadores en la magna empresa de añadir a la corona unida de Castilla y Aragón, un Continente desconocido a la codicia europea.

Al cabo de cinco años de ausencia, en 1491, llama de nuevo a las puertas de la amistad franca y desinteresada, representada en el convento de la Rábida, por sus más destacados habitantes. Acobardado y abatido por la repulsa y desdén de los sabios, despreciado como loco y soñador por los consejeros de los Reyes, herido por la indiferencia de sus Altezas, es recibido en el hospitalario conventículo franciscano, con el mismo amor que la vez primera, y quizá, superado este mismo amor y caridad minorita. La Rábida es para el marino ligur, el asilo de sus consuelos, el depósito de la confianza amistosa, el genio comprendido. En el pecho hermano de Fr. Juan Pérez, deposita en la visita de 1491, sus amarguras y cuitas, su desesperación ante la indiferencia de Castilla, como con anterioridad de tiempo, consolara sus desilusiones con Fr. Antonio de Marchena en el rechazo y menosprecio de la corte de Lisboa. "Y como entonces le abriera las puertas de España, también ahora la Rábida le abrirá las del alcázar de sus Reyes". A no dudarlo: sin el interés y férvida acogida de Fr. Juan Pérez, como sus óptimos servicios prestados a la causa de Colón, ciertamente que, algo más tarde, se hubiera descubierto el Continente americano, pero entonces España no hubiera añadido a su corona, el espléndido florón de haber sido la Madre fecunda de veinte naciones y la civilizadora de medio mundo, dilatado, rico, maravillosamente encantador.

Al lado de la espiritual figura de Fr. Juan Pérez, en sus relaciones inmediatas con el Descubridor, se destaca la personalidad del otro franciscano: Fr. Antonio de MARCHENA. El primero representa al

varón prudente, bueno, acogedor y sencillo; el segundo, al hombre consagrado a la ciencia. “No se necesitan hipérbolos ni epítetos: es el hombre de inteligencia y de corazón; el sabio que domina las ciencias exactas, físicas y astronómicas, cuánto más las teológicas de su época; el religioso humilde, apostólico, patriótico a fuer de buen franciscano, y como tal, sincero en sus juicios y en sus afectos; popular y prestigioso a la vez, con influencia real dentro del claustro y fuera en el mundo. Es sobretudo, el confidente íntimo, maestro, amigo de corazón, protector nobilísimo del hombre extranjero, desconocido y pobre, que trae a España el pensamiento, el proyecto y la ejecución más grande y gloriosa de las empresas que registra la historia universal de los pueblos”. (P. A. Ortega. Obra antes citada, Pág. 89, tomo II).

No se crea que Fr. Antonio de Marchena es el asesor de Colón con la fe ignorante del carbonero. Nada más lejos de la realidad. Sabio de verdad, comprendía perfectamente que la idea del extranjero genovés, con relación a otro Continente existente y desconocido, disonaba de los prejuicios del vulgo y aún de los hombres de letras, como lo demostraron asambleas de Córdoba y Salamanca, pero que en nada pecaba de descabellada, idealista y de fantástica, ya que colonias enteras de navegantes y monjes normandos, arribaron a las costas de Terranova y Labrador, como a las del Canadá y norte de América, hacía ya cinco centurias. Por eso le vemos siempre sosteniendo con empeño y decisión la tesis colombina. Fr. Antonio de Marchena era un hombre de ciencia, astrólogo notable, lo demuestra una carta de los Reyes Católicos, existente en el Archivo de Indias (Registro de Reales Cédulas y Provisiones de la Armada), dirigida a Colón desde Barcelona el 5 de septiembre de 1493, cuando el Almirante ligur se aprestaba a su segundo viaje de descubrimiento:..... “E platicando acá esas cosas, nos parece que sería bien que llevásedes con vos un buen astrólogo y nos pareció que sería bueno para esto FRAY ANTONIO DE MARCHENA, porque es buen astrológo, y siempre nos pareció se conformaba con vuestro parecer; por eso, si a vos parece sea éste, sino otro cual vos quisiéredes, y una carta vos enviamos nuestra para él, en blanco la persona; hinchidla para quien vos pareciere que debe ir: pero non vos detengais una hora de partir, que si ahora no fuere, él podrá ir en alguna o algunas carabelas que converná que vos enviemos, para vos facer saber lo que acá se ficiere”.....

La carta de sus Majestades para Fr. Antonio de Marchena, no puede ser más elogiosa. Era del tenor siguiente: “El Rey e la Reina. Devoto religioso: porque confiamos en vuestra ciencia, aprovechará mucho para las cosas que ocurrieren en este viaxe donde va don chistobal colón nuestro Almirante de las yslas e tierra firme por nuestro mandado descubiertas e por descubrir en el mar océano como él vos dirá o escrebirá, querriamos que por el servicio de Dios e nro. fuésedes con él este viaxe, para estar allí algunos días. . . . E Nos escrebimos al Provincial, y al custodio de esa provincia, cual de ellos se hallare ende, que vos den licencia para ello; bien creemos que la farán, y esto poned en obra, en lo cual mucho servicio nos faréis. De barcelona a 5 días de setiembre de 93 años”.

El testimonio más elocuente de la valía y exponencia del fraile Menor, lo dá el mismo Colón escribiendo a los Reyes desde la Isla Española,

en donde les dice: "Ya saben vuestras Altezas que anduve siete años en su corte importunándoles por esto; nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni filósofo, ni de otra ciencia que todos no dijese que mi empresa era falsa; que nunca hallé yo ayuda de nadie, salvo *Fray Antonio de Marchena*," (P. Bartolomé de las Casas. Historia de las Indias. Cap. XXXII).

Más adelante, cuando el propio Almirante narra a los Reyes Católicos, en La "relación del Tercer Viaje", todo lo descubierto, se expresa así: ". Aquí mostraron sus Altezas su grande corazón que siempre hicieron en toda cosa grande, porque todos los que habían entendido en ello y oydo esta plática, todos a una lo tenían a burla, salvo dos frailes que siempre fueron constantes". (Navarrete. Tomo I, pág. 392).

No consta apodícticamente por ningún testimonio, que Fr. Antonio de Marchena se embarcara en el segundo viaje de Colón. Qué razones tuviera para esto, las ignoramos; es de suponer que fueran poderosas, porque por nada del mundo se privara el Almirante de una persona tan sabia, en especial en el ramo de la astrología, tan necesaria para la navegación, y de ningún modo desobedeciera el fraile franciscano el mandato de los Reyes, dirigiéndose a él particularmente por carta y con mandato expreso para los superiores de la Orden, para que no pusieran trabas ni impedimentos a la expedición de su súbdito. Sabemos que en el período de 1499-1502, le tenemos de Vicario Provincial de Castilla. De aquí en adelante se pierde el hilo de su biografía. De Fr. Juan Pérez, sabemos por el testimonio del médico de Palos de Moguer García Fernández, que no existía en 1515.

Suponiendo que ni uno ni otro se embarcaran para el Nuevo Continente, la gloria que alcanzaron en el descubrimiento de América no es pequeña, y cualquiera con menos méritos que los frailes franciscanos, se hiciera acreedor a que su nombre se le pronunciara con respeto en todas las naciones de América.

III

Es más que probable que en el primer viaje del 3 de agosto de 1492, en las carabelas expedicionarias, no hacía acto de presencia ningún eclesiástico. Cosa dura para aquellos bizarros, valientes y rudos héroes que España lanzaba a la inmensidad del océano desconocido, en alas de la incertidumbre y en la ilusión fantástica de captar las maravillas exóticas del mundo oriental. No sucedió lo mismo en el segundo viaje de exploración. Las primeras instrucciones de Fernando e Isabel al temerario Almirante y bisoño Virrey, son el establecimiento y organización de la jerarquía eclesiástica en las tierras americanas, unidas al patrimonio castellano. El ideal civilizador de los llamados Reyes Católicos, "excluye todo acto de violencia, toda idea de tiranía o explotación. Significa, que España en esta magna empresa se propone, no formar esclavos ni fundar colonias, mucho menos extinguir, y ni siquiera debilitar la raza aborigen, sino por el contrario, hacer hombres libres y crear pueblos civilizados". Lo mismo hicieron sus sucesores, Doña Juana, apellidada la "Loca", su hijo Carlos V, los Felipe II, III y IV. Tal fué el ideal de los soberanos de Castilla.

Cierto que en América se cometieron enormes atentados y atropellos inauditos a la libertad del indígena, y se abusó en ocasiones, de manera escandalosa, de la raza subyugada, explotando inmisericordemente y medrando con el sudor del indio, pero no es menos cierto, que casi siempre, lo fué a espaldas de la Corona española y sus soberanos, que en la mayoría de los casos, castigó con mano dura, tales excesos, de suerte que, el mismo Colón, uno de los más excelsos nautas de los siglos, pero pésimo colonizador, sufrió en las prisiones de Valladolid, el castigo de sus desaciertos de gobernante, cuando todo hacía creer que los servicios prestados a España, le preservarían inmune de su justicia. Lo mismo aconteció al hermano de los Pizarros, Hernando, que cuando volvió a la Península, tuvo que purgar en una prisión, las acusaciones que contra él lanzaron sus enemigos, muriendo centenario entre cadenas. Más adelante veremos con más detensión la admirable legislación de los monarcas españoles con relación a sus súbditos indígenas.

El primer Vicariato Apostólico del Nuevo Mundo corresponde al monje benedictino Fr. BERNARDO BUIL, nacido en Cataluña. Entre los franciscanos que con Colón se alistaron en la segunda expedición, constan los nombres de Fr. Rodrigo Pérez, que el Padre Fr. Bartolomé de las Casas quiere que sea Fr. Juan Pérez, el confesor de la Reina Isabel y Guardián de la Rábida, Fr. Juan de la Duela, llamado también el "Bermejo", debido a su color encendido, nacido en Borgoña y Fr. Juan Tisin, flamenco de nacionalidad. El Obispo de Chiapa, P. Las Casas, dice a este respecto: "... Dejóles por capitán (en el fuerte de Navidad, en la Española) a Diego de Arana... Y así acaesciese algún motín, ejerciese su cargo Rodrigo Escobedo, natural de Segovia, sobrino de Fr. Rodrigo Pérez", "Debía ser Juan Pérez, de que arriba, cap. II, había sido confesor de la Reina... sino que debe estar la letra mentirosa que por decir Fr. Juan Pérez, dice Fr. Rodrigo"... (Cap. LXIII. Historia de las Indias). Que el célebre dominico "Protector de los indios" debe hallarse equivocado, se manifiesta por las palabras de Fr. Juan de la Duela, quien en carta al Cardenal Jiménez de Cisneros, en 1500, le dice, entre otras cosas: "... ya todos estamos buenos, eccetto fray rro y yo".

Más adelante, en el cap. LXXXI, Fr. Bartolomé manifiesta: "Este Fr. Buil era monje de San Benito, Catalán de nación; debía ser Abad, persona religiosa y principal, de la cual, como entonces los Reyes estaban en Barcelona, debían tener buena noticia; ésta no le pude yo alcanzar, porque poco tiempo estuvo acá, como se verá abajo; pero alcancé a cognoscer dos religiosos de la Orden de Sant Francisco, que fueron con él, frailes legos pero personas notables, naturales de Picardía o borgoñones, e que se movieron a venir acá por solo celo de la conversión de estas ánimas y aunque frailes legos, eran muy bien sabidos y letrados, por lo cual se cognoscía que por humildad no quisieron ser sacerdotes; uno de los cuales se llamó Fr. Juan de la Duela, o Fr. Juan "el Bermejo" porque lo era, y el otro Fr. Juan de Tisin. Fueron bien cognoscidos míos, y en amistad y conversación, al menos el uno muy conjuntos". (P. A. Ortega. La Rábida. Historia Documental Crítica. Tomo II, pág. 263).

Acerca de Fr. Antonio de Marchena, dijimos ya, que casi con seguridad plena, nunca contemple los bellos paisajes del Nuevo Mundo. No así de Fr. Juan Pérez. Es tradición en la Orden que acompañó a Colón

en su segunda travesía. El historiador y cronista Francisco de Gonzaga, lo afirma rotundamente, con la añadidura de haber sido este fervoroso ayudador del Descubridor, el primer sacerdote católico que tuvo la gloria de ofrendar el Santo Sacrificio, en el primer oratorio fabricado con ramas en tierra de América: "Pasados algunos días de la conquista de esta isla (Española, hoy Santo Domingo), varios religiosos nuestros que allá fueron en la segunda navegación, de los cuales uno fué Fr. Juan Pérez, aquel que con tantas instancias persuadió a Colón a que no se apartase de la empresa del descubrimiento, dieron principio a la fundación de esta provincia (de la Santa Cruz) en tal conformidad, que Fr. Juan que fué el primero que entró en esta isla como dicho es, dispuso formar de ramas un Oratorio, en que dijo la primera misa y depositó el Sacramento de la Eucaristía: por lo que ésta fué la primera iglesia de todas las Indias Occidentales . ." (Lugar antes citado. Más testimonios véanse en la obra citada del P. A. Ortega, en el P. José Coll.—Colón y la Rábida, con otros más auténticos que traen el erudito Dn. José María Asensio, Mr. H. Harrise,—Navarrete, y el P. Marcelino de Civezza en su Historia General de las Misiones Franciscanas). El P. de las Casas, al citar al P. Juan Pérez como acompañante de Colón en su segundo viaje expedicionario y al afirmar que los nombres están cambiados; que por escribir Fr. Juan se puso equivocadamente Fr. Rodrigo, puede que tenga razón el célebre fraile dominico, ya que casi contemporáneo de los hechos, pudo hallarse mejor informado. Nada quita también, que sean dos distintas personas las enumeradas, es a saber, Fr. Juan y Fr. Rodrigo, que conociendo al primero dejase de conocer al segundo, y de este desconocimiento, deduzca el ser apócrifo Fr. Rodrigo.

En la expedición de Francisco de Bobadilla, caballero de Calatrava y primer gobernador tanto de las Islas descubiertas como de Tierra Firme, en 1500, fueron, además de los dos nombrados Fr. Juan el "Bermejo" y el flamenco Fr. Juan Tisin, los PP. Francisco Ruiz, Juan de Trasierra y Juan de Robles, eminentes en la conversión de los naturales, pues ya al poco tiempo hicieron subir el número de cristianos convertidos a 2.000, casi todos bautizados por la mano del P. Ruiz. En la armada de Obando, sucesor de Bobadilla, la más numerosa de cuantas se dieron a la vela, dirección al Nuevo Continente, puesto que se componía de 23 navíos, se embarcaron 2.500 personas de diferentes artes, oficios y profesiones. Diez y siete franciscanos les acompañaban:

IV

España, llamada con razón por uno de sus grandes escritores, "la madre de los tristes destinos", ha sido, desde el día mismo del descubrimiento de América, y aún antes, el blanco certero de las calumnias de sus numerosos enemigos, y tantas fantasías y tantas patrañas y tantísimos desatinos han lanzado al rostro de la nación, por excelencia idealista, espiritual y quijotesca, tantas invenciones absurdas y hasta grotescas han escupido contra la raza, por antonomasia, de las grandes hazañas y de los sublimes desprendimientos, que, gracias a codiciosos, venales y envidiosos, han fabricado a fuerza de falsedades hipócritas, de mentiras villanas

y de puñaladas traidoras, el enorme edificio que se le conoce con desprecio por el nombre de "LEYENDA NEGRA". ¡Pobre España! escarnecida, vilipendiada, injuriada con toda clase de desprecios, hasta pisoteada en su honra por los impúdicos y farsantes, que no pueden resistir las glorias inmortales de su historia y en especial, la fantástica y generosa civilización de veinte pueblos americanos, surgen y se encaran frenéticos, esos fantasmas de la envidia, que palpita en sus corazones, podridos de plebeyas pasiones, pretendiendo en su rabia nauseabunda, enturbiar malévolamente y alevosamente, con sombras tenebrosas, el corazón diáfano y cultural de la Madre España.

Cierto, que en ocasiones, por no decir casi siempre, ha padecido la Patria Española, de la enfermedad de la locura, pero de esa locura, de la que se hallaba de pies a cabeza envuelto, el noble Hidalgo de la Mancha, locura de desprendimiento y fidelidad, locura de homéricas hazañas y atrevidísimas empresas, que a otros, de no ser españoles, les pusiera miedo y conturbación la sola mirada de tales arrogancias y bizarrías; locura que se cristaliza lo mismo al pié de los Pirineos sosteniendo el empuje de los soldados de Tarik y Muza, que destrozando los bajeles turcos, "bajo el áureo sol de Helicon" en el golfo heleno; locura de grandezas y heroísmos nunca soñados, que al igual que conquistan con un puñado de almogáraves los muros de Constantinopla, se embarcan en tres minúsculas carabelas para descubrir un continente y conquistar un mundo cuarenta veces más grande que la misma España. Es el *sino* de España y de sus hombres; la locura de los altos destinos y de los ideales cumbres, ante los cuales, no pueden menos de ahullar hístriónicamente los canes envilecidos de la envidia y el forcejeo innoble de los que sienten, plenos de mala fe, como peso insoportable, la inferioridad colectiva de sus naciones, que en sanchismo egoísta no pudieron nunca, cabalgar sobre el rocinante de Don Quijote de la Mancha, el ideal prototipo del caballero audaz y del generoso remediador de entuertos y bellaquerías. Ya en la segunda mitad del siglo XVII, aquel español sicólogo y escritor político que responde al nombre de Saavedra Fajardo, pintaba en estos términos a estos hombres a lo Quijote: "Los españoles aman la religión y la justicia, son constantes en los trabajos, profundos en los consejos, y así, tardos en la ejecución. Tan altivos, que ni los desvanece la fortuna próspera ni los humilla la adversa. Esto que en ellos es nativa gloria y elección de ánimo, se atribuye a soberbia y desprecio de las demás naciones, siendo la que más bien se halla con todas y más las estima y la que más obedece a la razón y depone con ella más fácilmente sus efectos y pasiones". (Empresas Políticas. Empresa LXXXV).

Montesquieu comenzando por el siglo XVIII, cuando todavía parecía que los filósofos de la Enciclopedia, veían alzarse las llamas de la tan calumniada Inquisición, Voltaire, Raynal, Madame d'Aulnuy, el Marqués de Langle, Washington Irving, Prescott, Caleb Cushing, Slidell Mackenzie, Ticknor, Custine, Enrique Heine, Lamartine, Carlos Nordier, Madame Girardín, Jules Janin, Lord Byron, Víctor Hugo, Théophile Gautier, Alfredo de Musset, Alejandro Dumas, Borrow, Cook, Madame Gasparín, Quinet, Wallis, Lavallée, Lady Herbert, Lanneau Rolland, Harris, Grape, De Amicis, Hunneus Gana, Pawlowski, etc., etc., y una legión más que se hiciera innumerable si sólo citáramos los nom

bres, no han cesado de anatematizar con palabras de áspid, la labor cultural española como su influencia, tanto en los destinos de Europa, como su civilización estupenda en América. Uniéndose a este aquelarre venenoso y bestial de los difamadores de la España inmortal y eterna, se cataloga a Oscar Spengler, que en su libro, "La Decadencia de Occidente", califica a los colonizadores españoles de "grupos de bandoleros, que asolaron extensiones enormes".

Repetimos de nuevo lo que en otro lugar afirmamos: No siempre partió de la Metrópoli la crema de sus ciudadanos. Acabadas las guerras religiosas contra los musulmanes, quedaron muchos espadachines y aventureros cruzados de brazos, y como en el Nuevo Mundo se les abría un campo dilatado en donde ejercer su trabajo, muchas veces, nada limpio, para allí partieron y allí fijaron su residencia como otra nueva tierra de promisión, con menoscabo del buen nombre de la nación conquistadora. Pero achacar a España colectivamente la culpa y sinrazones de algunos de sus malos hijos, es falta de criterio y sobra de acrimonia en los que para nada han estudiado su cultura y civilización maravillosa en el Continente descubierto por sus marinos, conquistado por sus hombres de armas, evangelizado por sus misioneros, como muy pronto lo veremos. A buen seguro que, ninguno de los malos calumniadores, forjadores de la mentira y divorciados escandalosamente de la verdad crítica e histórica, se ha tomado el trabajo de examinar, a la clara luz de la imparcialidad, la admirable "Recopilación de las Leyes de Indias". En ellas verían, cómo los Reyes Católicos con el inmortal franciscano, Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, Carlos V, Felipe II y sus sucesores, en una palabra, la nación española, veían en el indígena habitante de América, no al enemigo a quien era menester exterminar, para sobre su cadáver todavía caliente, ocupar sus tierras, como lo hicieron pueblos y naciones que se ilusionan con su cultura, creyéndola superior a la hispana, porque nunca lograron poseer un código semejante al elaborado por Castilla.

España, sí consideró siempre al indio, ciudadano tan libre como el español, prohibiendo la esclavitud, cuando casi todas las naciones eran negreras y la ejercitaban para sus lucros y medros extremadamente vergonzosos; España es la que por mandato de uno de sus más grandes y preclaros reyes, Felipe II, ordena por real cédula el 19 de diciembre de 1593 (Recopilación de las Leyes de Indias, Ley XI, título X), lo siguiente: "Ordenamos y mandamos que sean castigados con mayor rigor los españoles que injuriasen u ofendiesen o maltratasen a los indios, que si los mismos delitos se cometiesen contra los españoles". El emperador Carlos V, de inmortal memoria, prohibió terminantemente el que se sacasen los indios de un territorio para otro, como puede verse por una real cédula expedida en Granada el 9 de noviembre de 1526, en la cual mandaba que ni aún a la misma España se pudiese llevar un solo indígena. Lo mismo mandó por una cédula expedida en Toledo en 1528; más tarde en Valladolid a 3 de setiembre de 1543. Célebre es aquella carta del mismo emperador, enviada desde Valladolid a 7 de julio de 1550, a los religiosos de la Orden de San Francisco, para que avisen a los indios esclavos para que acudan a pedir la libertad, citada por el cronista Fr. Juan de Torquemada, y que descansaba en el archivo franciscano de México, cuyo tenor era el siguiente:

EL REY

“Venerables y devotos Padres Provinciales, Guardianes y religiosos de la Orden de San Francisco, que residís en la Nueva España: Sabed, que nos embiamos a mandar a nuestro Presidente y Oydores de nuestra Audiencia y Chancillería Real dessa Nueva España, que nombren y señalen una persona de calidad, de recta y buena conciencia, y zeloso del servicio de Dios nuestro Señor, y del bien de los naturales della, que sea procurador general de los Indios e Indias que en essa tierra y provincias sujetas a la dicha nuestra Audiencia ay debaxo de servidumbre y color de ser esclavos, para que por ellos y en su nombre *proclame y pida* su libertad de los dichos Indios e Indias *universalmente*, y la consigan conforme a las nuevas leyes y ordenanzas por Nos hechas, para la buena gobernación destas partes y buen tratamiento de los naturales dellas, y declaraciones e instrucciones que después mandamos dar: y que a la tal persona la señalen salario para este efeto; los quales lo cumplirán assi. Y porque Nos deseamos que los dichos Indios que conforme a lo susodicho devieren ser dados por libres, alcancen su libertad: y para que esto mejor se pueda cumplir y aver efeto con brevedad, conviene y es necesario que el dicho procurador general que assi será nombrado, tenga relación y aviso de todos los Indios e Indias que en essa tierra estuvieren debaxo de la dicha servidumbre de esclavos, para que pueda pedir su libertad. Y por tener (como vosotros teneis) mas noticias donde están, y quien los tiene, avemos acordado de os mandar escribir esta. Yo os ruego y encargo, que tengais particular cuydado de avisar y advertir a la dicha persona, que assi por los dichos nuestro Presidente y Oydores fuere nombrado procurador general de los dichos Indios e Indias, de cualquier calidad que sean, que esten debaxo de la dicha servidumbre de esclavos en toda esa Nueva España y provincias sujetas a la dicha Audiencia, assi de los que están y residen en las casas y servicio de los Españoles, como en las estancias y grangerías y haziendas, y en otra cualquier parte que estén: y del numero dellos y nombres, para que pueda pedir su libertad, como Nos se lo enviamos a mandar. Y pues la obra es de tanta caridad, y en que Dios nuestro Señor será muy servido, os encargamos tengáis de ello todo cuydado y diligencia, como de vuestro zelo y religión se espera. De Valladolid a siete de Julio de mil y quiniento y cinquenta años”. (De La Monarchia Indiana. Fr. Juan de Torquemada, Libro XVII, cap. XIX, pág. 287-288). El primer protector general de los indios, por real Provisión dada en Burgos a 10 de enero de 1528, fué encomendado tal cargo al primer obispo de México, Fr. Juan de Zumárraga. Como cumplió tal oficio el obispo franciscano, está por demás el que aquí nos detengamos. Por no hacerme largo, dejo de insertar aquí, las Reales Cédulas de Doña Juana la “Loca” y de su hijo el César y emperador Carlos V, para que se guarden las Ordenanzas sobre el buen tratamiento de los indios de la Nueva España, así como aquella otra cédula, para que se castigase con todo empeño a los transgresores de las dichas ordenanzas sobre el buen tratamiento de los indios. Interesante por demás es la carta escrita por el rey-emperador a Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, uno de los primeros misioneros franciscanos de Nueva España, que

en 1524, arribaron a las costas de Veracruz, embajada que se la conoce con el nombre de los "Doce Apóstoles", a cuyo frente marchaba el venerable Fr. Martín de Valencia, misión evangélica de quien nos ocuparemos más adelante. Fr. Antonio de Ciudad-Rodrigo, religioso de cristiano celo apostólico y santa vida, recibió carta, repito, de Carlos V, para que procurase se guardasen las Ordenanzas Reales en favor de los indios. Esta carta original que descansaba en el archivo franciscano de México, es como sigue:

EL REY

"Devoto Padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo, de la Orden de san Francisco: Sabed, que porque fuimos informados que avia necesidad de ordenar y proveer algunas cosas que convenían a la buena gobernación de las Indias y buen tratamiento de los naturales de ellas, con mucha deliberación y acuerdo mandamos hazer ciertas ordenanzas sobre ello; de las cuales algunos traslados impresos os embiamos, para que las veays y repartays por los monasterios y religiosos que os pareciere, y por ellas os conste de nuestra voluntad, y procureys que las entiendan los naturales destas partes, para cuyo beneficio principalmente las mandamos hazer. Mucho os ruego y encargo, pues todo lo en ellas proveydo (como vereys) va enderezado al servicio de Dios, y conservación, libertad y buena governación de los indios (que es lo que vos y los otros religiosos dessa orden, segun estamos bien informados, hasta agora tanto aveys deseado y procurado) trabajays con toda diligencia, quanto en vos fuere, que estas nuestras leyes se guarden y cumplan, encargando siempre a nuestros Virreyes, Presidente e Oydores, y a todas las otras justicias que en essas partes uviere, que assi lo hagan: y avisandoles quando supiéredes que no se guardan en algunas provincias, o pueblos para que lo remedien y provean. Y si vieredes que en la execucion y cumplimiento dello ay negligencia alguna, avisarnos eis con toda brevedad para que Nos lo mandemos proveer como conviene. En lo qual allende lo hareys cosa digna de vuestra profesion y hábito y conforme al buen zelo que siempre aveys tenido al bien dessa parte, Nos tenemos dello por servido. Fecha en Barcelona, a primero del mes de Mayo de mil y quinientos y quarenta y tres años. Yo el Rey. Por mandado de su Magestad. Juan de Samano".

Que los frailes de San Francisco cumplían con toda fidelidad los mandatos del Rey, se manifiesta claramente en las palabras que uno de los cronistas franciscanos, decía al gobernador sin tacha, Don Antonio de Mendoza, uno de los mejores Virreyes que tuvo Nueva España y después el Perú: "Buen gobernador tengo en Don Antonio de Mendoza, buen cristiano es (según la fama que tiene) hombre es prudente, benigno reportado, y escogido entre millares, pero al fin es hombre del siglo, hacienda busca, y la ha menester, criados tiene que le sirven, amigos y allegados tiene . . ."

Las leyes de Indias reglamentan, además, con un espíritu benévola-mente más humano, que cualquiera otra legislación colonial de los demás países civilizados, y aún mejor que muchas legislaciones contemporáneas, por ejemplo, la jornada de ocho horas, el descanso dominical, el pago de jornales en dinero contante, para que el operario use de él según

su antojo, la imposición de cajas de seguro, la prohibición de dar dinero adelantado, para que los indígenas no cayeran, a causa de las deudas, en una especie de esclavitud, etc., etc. ¿Cuándo se vio en la colonización inglesa, francesa u holandesa el abolir la pretendida y repugnante superioridad de razas y clases privilegiadas en favor de los metropolitanos? España hizo eso y algo más, al prohibir la emigración de mujeres peninsulares a los dominios americanos, con el fin de que conquistadores y colonizadores, ante la imposibilidad de unirse a compañeras de una misma raza, se cruzaran con las autóctonamente americanas y perdurara la raza del Nuevo Continente, de suerte que, el problema racial no fuera un emblema y símbolo de explotación, sino por el contrario, de aproximación y fusión de sangre con los pueblos conquistados.

El puritanismo intransigente y la mala fe de historiadores y escritores pasados de moda, a quienes la inmensa mayoría de las gentes sensatas y que no han perdido todavía el criterio y el sentido común de juzgar las cosas conforme al verismo real, les califica, en esta época de criticismo histórico, de novelistas fabulosos y nada más. La hazaña de España en América fué grandiosa por los cuatro costados, y tanta grandeza empequeñece a tantas insignificancias, tentáculos miserables que vegetan en la inferioridad etnológica. A España le cupo en suerte, pese a las diatribas virulentas de sus enemigos, de descubrir y conquistar, explorar y civilizar un territorio cuarenta veces más grande al bello rincón europeo y al pequeño jardín mediterráneo de Fernando e Isabel; España fué la predestinada para cambiar las nociones geográficas del mundo y la ruta marítima de los océanos. ¡Y qué gallarda la historia española en su épica americana! ¡Y qué bizarría sin igual, y qué fecundidad tan maravillosa la de la Madre España durante centuria y media de constante heroísmo!

“Desde que Adán tuvo hijos - escribía Tomás Bossio - no ha habido nación alguna que haya traído tantos pueblos tan diferentes en sus costumbres y en su culto al conocimiento de la religión verdadera, ni que los haya reducido a la observancia de unas mismas leyes, como lo ha hecho la nación española”. Y Julián Juderías, en su admirable obra, propugnadora de la gloria española, “LA LEYENDA NEGRA”, en la que rebate victoriosamente las fábulas fabricadas a montones por los enemigos de la España grande e inmortal, escribe en una de sus páginas: “Un escritor inglés hace observar la diferencia esencial que existe entre la América española y la inglesa: la de que no existe el odio de razas. Podrán ser despreciadas por débiles, ignorados como ciudadanos, maltratados y oprimidos, pero no excitan repulsión personal. No se les desdeña porque pertenecen a otra raza, sino por la inferioridad de sus condiciones. Así que los americanos españoles no se conducen con los indios como los yanquis, los holandeses y los ingleses. No hay allí la aversión que se nota en California y Australia respecto a los chinos, indios y japoneses. Y añade Mr. Bryce, de quien traducimos estas palabras, que quizá se debe esta diferencia a la que existe entre el catolicismo y el protestantismo; al hecho de que el indio en las posesiones españolas nunca fué legalmente esclavo y a que los españoles, al llegar a ellas sin mujeres, consideraron como legítimos a sus hijos mestizos...” (Bryce. Sout América).

El día en que los ingleses, holandeses o cualquiera otra nación colonizadora del Viejo Continente, nos muestren que admiten a sus

parlamentos y funciones públicas de la vida metropolitana a sus súbditos coloniales, con la misma facilidad que a los propios, o que envió como virreyes y gobernadores a sus colonias a hijos propios de la tierra que dominan, crearemos en su humanidad, en su justicia, en su abstención racial; mientras no lo veamos, como nunca lo veremos, crearemos en nuestra civilización y cultura españolas, como dentro de poco veremos que lo hizo España con sus colonias de América, que se hallaban tanto o más prósperas que la misma metrópoli.

El ecuatoriano Juan Montalvo, gloria de las letras de su patria, y uno de los escritores más fecundos de la América del Sur, escribía, olvidando los roces y antipatías surgidas a raíz de la independencia: "España, España: lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de tí lo tenemos, a tí te lo debemos. El pensar grande, el sentir a lo animoso, el obrar a lo justo en nosotros, son de España; y si hay en la sangre de nuestras venas algunas gotas purpurinas, son de España. Yo, que adoro a Jesucristo; yo que hablo la lengua de Castilla; yo, que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumbres, ¿cómo la aborreceré?" . . . (Juan Montalvo. "Bolívar").

"No pasó Colón, dice un admirable amante de las cosas españolas, tanto más de estimar, cuanto por su categoría de extranjero, Charles Lumis- más allá de descubrir la América, colmada gloria para un solo hombre". La labor iniciada por el Almirante Ligur y primer Virrey de América, continuó inmediatamente por una legión de hombres fantásticos en sus hechos, forjados en la misma valentía, en cuyas venas corría la sangre de los héroes excelsos, prototipos del valor, de la audacia, de la temeridad. En sus bizarras figuras parece se encarnaron las virtudes heroicas de los semidioses de Grecia y las legendarias hazañas de los hombres de Roma. Los conquistadores, exploradores, "aventureros" hispanos, vestidos de hierro, recorrieron las comarcas de México y Perú, en donde Cortés y los Pizarros sobrepujaron en grandeza a los vengadores de Elena, soldados de Aquiles, fundando ciudades tan prósperas y aventajadas como las más florecientes del Viejo Mundo. Llevaba a cabo Cortés el traslado de los bergantines en hombros de sus soldados y Pizarro desbarataba las legiones del último inca en el célebre cerco del Cuzco, con la toma y asalto de las formidables fortalezas ciclópeas de Sacahuaman, mientras Ponce de León plantaba el pendón castellano en las selvas de la Florida, y el héroe "Noche Triste", Alvarado, unía con su espada victoriosa a la Corona de España Guatemala, y Gil Dávila se posesionaba de Nicaragua y de toda la América Central; Vasco Núñez de Balboa descubría, después de larga caminata desde el Golfo de Darién el Océano Pacífico, y Belalcázar fundaba ciudades a través de los Andes y Francisco de Orellana desde Quito, hacía la travesía más épica que han contemplado los siglos a través del Amazonas, y los límites de Valdivia comenzaban las primeras escaramuzas con los guerreros indomables de Caupolicán, los valientes araucanos, inmortalizados por la pluma del soldado-poeta Ercilla, mientras Falvar Núñez Cabeza de Vaca, el caminante más audaz e incomparable explorador recorría a pie en el transcurso de ocho años diez mil millas de territorio norteamericano, desde la Florida al Golfo de California, y Coronado con el fraile franciscano Fr.

Marcos de Nizza contemplaban las fabulosas ciudades de la Gran Quivira y las Siete ciudades de Cibola, con Acoma el Gibraltar de América y . . . todavía los anglosajones tardarían cerca de un siglo en darse cuenta de que existía un Continente descubierto, conquistado y civilizado por el genio de España. “Pero en la valerosa nación, -afirma Lummis- que hizo posible el descubrimiento, no faltaron héroes que llevasen a cabo la labor que con él se iniciaba. Ocurrió ese hecho un siglo antes de que los anglo-sajones pareciesen despertar y darse cuenta de que, realmente, existía un Nuevo Mundo y durante ese siglo, la flor de España realizó maravillosos hechos. Ella fué la única nación de Europa que no dormía. Sus exploradores vestidos de malla, recorrieron Méjico y Perú, se apoderaron de sus incalculables riquezas e hicieron de aquellos reinos partes integrantes de España. Cortés había conquistado y estaba colonizando un país salvaje doce veces más extenso que Inglaterra, muchos años antes que la primera expedición de gente inglesa hubiese siquiera visto la costa donde iba a fundar colonias en el Nuevo Mundo, y Pizarro realizó aun más importantes obras. Ponce de León había tomado posesión en nombre de España de lo que ahora es uno de los Estados de nuestra República, una generación antes de que los sajones pisasen aquella comarca. Aquel primer viandante por la América del Norte, Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, había hecho a pie un recorrido incomparable a través del Continente desde Florida al Golfo de California, medio siglo antes de que nuestros antepasados sentasen la planta en nuestro país. Jamestown, la primera población inglesa en la América del Norte, no se fundó hasta 1607, y ya por entonces estaban los españoles establecidos permanentemente en la Florida y Nuevo Méjico y eran dueños de un vasto territorio más al Sur. Habían ya descubierto, conquistado y casi colonizado la parte interior de América, desde el nordeste de Kansas hasta Buenos Aires y desde el Atlántico al Pacífico. La mitad de los Estados Unidos, todo Méjico, Yucatán, la América Central, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Perú, Chile, Nueva Granada, y además, un extenso territorio pertenecía a España, cuando Inglaterra adquirió unas cuantas hectáreas en la costa de América más próxima”.

Y continúa el ilustre historiador norteamericano, con un desprendimiento que avergonzara a muchos de sus compatriotas, al reconocer los méritos y heroísmos de la gente española en las centurias XVI y XVII: “Cuando sepa el lector que el mejor libro de texto inglés ni siquiera menciona el nombre del primer navegante que dió la vuelta al mundo (que fué un español), ni del explorador que descubrió el Brasil (otro español), ni del que descubrió a California (otro español también), ni de los españoles que descubrieron y formaron colonias en lo que son ahora los Estados Unidos, y que se encuentran en dicho libro omisiones tan palmarias y cien narraciones históricas tan falsas como inexcusables son las omisiones, comprenderá que ha llegado ya el tiempo de que hagamos más justicia de la que hicieron nuestros padres a un asunto que debiera ser del mayor interés para todos los verdaderos americanos. . . ” (Carlos Lummis). “No hay palabras con que expresar la enorme preponderancia de España sobre todas las demás naciones en la exploración del Nuevo Mundo. Españoles fueron los primeros que vieron y sondearon el mayor de los golfos; españoles los que descubrieron los dos ríos más caudalosos;

españoles los que por vez primera vieron el Océano Pacífico; españoles los primeros que supieron había dos continentes en América; españoles los primeros que dieron la vuelta al mundo. Eran españoles los que se abrieron camino hasta las interioridades lejanas y reconditeces de nuestro propio país (Norteamérica) y de las tierras que al Sur se hallaban y los que fundaron sus ciudades, miles de millas tierra adentro, mucho antes que el primer anglosajón desembarcase en nuestro suelo. Aquel temprano anhelo español de *explorar*, era verdaderamente sobrehumano. ¡Pensar que un pobre teniente español con veinte soldados atravesó un inefable desierto y contempló la más grande maravilla natural de América o del Mundo - el gran Cañón del Colorado - nada menos que tres centurias antes de que lo viesan ojos norteamericanos! Y lo mismo sucedía desde el Colorado hasta el Cabo de Hornos. El heroico, intrépido y temerario Balboa realizó aquella terrible caminata a través del istmo y descubrió el Océano Pacífico y construyó en sus playas los primeros buques que se hicieron en América, y surcó con ellos aquel mar desconocido! y había muerto más de medio siglo antes de que Drake y Hawkins pusieran en él los ojos!".... (Lummis. "Los Exploradores Españoles en el Siglo XVI").

De esta suerte se escribió la historia española en América. Toda ella es un tejido de heroísmos pocas veces superados, aún por los mismos semidioses de la antigüedad. Lo que pasa, al considerar los hechos de los conquistadores, exploradores, misioneros y colonizadores españoles de América, es lo que dejó estampado, aquel espejo clarísimo de caballeros andantes, personificación del genio heroico de la raza hispana, el Hidalgo de la Mancha: "¡Oh, envidia, raíz de infinitos males, carcoma de las virtudes! ¡Todos los vicios traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias"! (Cervantes. "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha").

(Continuará).

BOCETO DEL QUITO ANTIGUO y MODERNO

Por Jesús Baquero Dávila

I

Fundación

Las huestes del Adelantado Don Sebastián de Benalcázar, después de venir reprimiendo en su azarosa travesía los restos del ejército del último Soberano del Tahuantinsuyo, que entorpecían su marcha triunfal con el General Rumiñahui a la cabeza, llegaron por fin a la romántica Metrópoli de los Shyris, en la que, el gran conquistador Huayna-Cápac, Emperador de los hijos del Sol, decidió vivir hasta su muerte por los insuperables atractivos de su cielo y de sus doncellas.

Aquí en esta legendaria ciudad de misteriosos matices estéticos, el extranjero invasor incásico cambió su temperamental impetuosidad guerrera por la plácida quietud y la disposición serena y reposada del Soberano que se ha determinado fijar definitivamente su mansión residencial para disfrutar de los goces domésticos en compañía de aquella princesa quiteña que la encontró, por sus bellas virtualidades espirituales, con sobrados títulos para regir un imperio.

En las tierras recorridas por él como conquistador, no encontró mujeres que reunieran mayores embelesos físicos y morales que las indígenas quiteñas, en las que, hasta por sus ensueños de luna y los místicos atributos de su espíritu las conceptuó como las verdaderas sacerdotisas del Sol. Por todas estas consideraciones juzgó Huayna-Cápac más conforme, aún hasta por los principios de la ley natural, y con los dictados del corazón, matrimoniarse con una princesa extranjera, a la que no le unían vinculaciones íntimas consanguíneas, antes que con su propia hermana, según costumbre imperial dinástica; pues, estas vinculaciones por consagradas que hubieran estado por la costumbre de los Incas, repugnan a la razón psíquica y biológicamente consideradas y traen consigo la idiotez y el raquitismo de la prole. Y el mismo Emperador de los hijos del Sol tuvo que palpar en sus propios hijos las funestas consecuencias de aquella ley fatal de la herencia: Huáscar fué un príncipe raquítico y afeminado; en tanto Atahualpa fué de inteligencia despejada y de constitución atlética y vigorosa; muy altivo y de singulares dotes administrativas y marciales. El soberano de los Incas vió en el brote de su nuevo matrimonio el tipo más

representativo de su clase y de su raza y en el que se habían reproducido con mayor fuerza las actividades psíquicas y conquistadoras de sus mayores.

En cuanto los invasores españoles enarbolaron el estandarte castellano en una de las fortalezas de la abatida ciudad, comenzaron a tomar posesión de los lotes que les fuera señalando el intrépido Adelantado, de acuerdo con sus dignidades y servicios prestados en beneficio de sus soberanos y nacionalidad, y ajustándose a la delineación de la nueva Villa que se fundaba en nombre de Su Majestad y del Gobernador Pizarro, con el título de San Francisco de Quito.

De la antiquísima Metrópoli de los Quitus por casualidad habían quedado pocas casas diseminadas de aquí y allá sin el menor concierto y en las que se albergaron los fatigados combatientes. El gran patriota General quiteño, para evitar que la ciudad de sus lares fuese tomada a saco y profanados sus ídolos tuvo a bien en su retirada reducirlo a escombros. De allí ese aspecto de tristeza y de ruina. Los habitantes indígenas vagaban por las desiertas calles lamentándose a gritos del exterminio del Imperio y de la esclavitud de la raza. Y de cuando en cuando, en medio de su excesivo dolor, opostrofaban a sus dioses por haber permitido que se cumplan los vaticinios de sus adivinos.

Diversos criterios se han dejado oír respecto del sitio elegido para la fundación de la nueva ciudad. Muchos no aciertan a explicarse cómo, existiendo extensas planicies al Norte y al Sur y el pintoresco valle de los Chillos hacia el Oriente, los ocupantes hispanos no se decidieran por una de ellas, en donde la misma naturaleza habría contribuido de modo espontáneo en el desarrollo de una gran ciudad! Parece que primó en la determinación del Adelantado la idea de ponerse en salvo de los continuos acometimientos indígenas. Pero en la legendaria residencia de los Quitus descubrió varios elementos de enorme importancia que los tuvo, sin duda, en cuenta:

1º— Su configuración topográfica rodeada de abismos le ofrecían una formidable fortaleza, a prueba de todo sitio; pues, fundadamente vió el Mariscal de Su Majestad que sólo en este lugar podían sus escasos contingentes contrarrestar los asaltos sorpresivos de la raza subyugada;

2º.— El conservar aún políticamente sus preeminencias conquistadas en siglos de haber sido Metrópoli de los Shyris y luego el haberlas adquirido mayores con el triunfo que obtuvo el Príncipe quiteño Atahualpa sobre los ejércitos de Huáscar; triunfo con el cual Quito vino a ser la gran Metrópoli del Tahuantisuyo:

3º.— El convidar su mismo retiro a la meditación y el recogimiento y que el espíritu, muy lejos de las auras oceánicas conductoras de las olas inmigratorias, se entregue con hondo sentido religioso a la contemplación de la naturaleza y conviva místicamente con el alma de ella y con esa floración de estrellas en perpetua germinación de vida rítmica;

4º.— El encontrarse al abrigo de recios temporales y ser uno de los pocos lugares de eterna primavera y con un cielo en cuya transparencia se recrea el mismo sol y se inspiran en él los pintores y poetas.

Todas estas propiedades concurren para que el alma del pueblo de Quito sea eminentemente espiritual y artista y ame con predilección lo bello. Todo este conjunto de características físicas y psicológicas las to-

mó en cuenta, Sebastián de Benalcázar, para que Quito fuese una típica ciudad en el Continente y no pretendieran inquietar su sociego ojos profanos ni quebrantar las sacerdotisas sus votos.

El alma del peninsular

En el alma de los doscientos diez españoles que fundaron la Villa de San Francisco de Quito vibraban esos rasgos psíquicos, esos rasgos temperamentales que matizan el espíritu de esas dos figuras inmortales: Don Quijote y Sancho, figuras vaciadas en la romántica turquesa de los siglos medios. Y por lo mismo que la esencia de aquellos que se domiciliaron en este suelo es trasunto de estos héroes forjados por el Manco de Lepanto es muy natural que por su fantasía cruzaran oleadas de ensueños como renuevos vigorosos de esa raza soñadora, que hizo de varias ciudades de España una nueva Arabia.

Sus casas y castillos y el paisaje mismo añorados por ellos ansiaban trasladarlos para endulzar los amargores de la proscripción; para suavizar las angustias de aquel que se ausentó eternamente de la Patria, dejando en ella, junto con sus más caros afectos, jirones de su existencia. Por eso los edificios los iban fabricando conforme al tipo de los abandonados por ellos en Castilla la Vieja, en Granada, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Almería, etc. Por todos los medios procuraban decorarlas con patios, jardines, fuentes de agua y más adornos que constituían el encanto del alma mudéjar. A primera vista se nota que todo este conjunto de edificios requerían la unificación de esfuerzos y materiales diversos en cuya fabricación tenían que tomar parte activa elementos idóneos en los diferentes ramos. Merced a estas energías mancomunadas progresaron notablemente las artes mecánicas y cobraron incrementación las casas y más edificios que iban presentando la apariencia de una población de no escasa importancia. Si esas falanges de conquistadores dieron repetidas pruebas de suprema audacia arrollando los bárbaros ejércitos aborígenes; como colonizadores y constructores de ciudades desplegaron todavía mayores actividades. Apenas habían transcurrido siete años de fundada la Villa de San Francisco de Quito, cuando el 14 de marzo del año de 1541 recibe el título de Ciudad concedido por Real Cédula de don Carlos Emperador y de doña Juana, su madre, Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de Granada, etc., etc.

La categoría de ciudad engendraba en sus pobladores mayores necesidades y exigía para contrarrestarlas esfuerzos, igualmente, muy grandes; pues, es ley inevitable que a medida que se progresa, la lucha por la existencia, por lo mismo que es más complicada, resulta demasiado árdua y muy gravosa. Pero si las necesidades reclaman el empleo inteligente de actividades de todo orden que causan desmayo; no es menos cierto que constituyen el acicate más formidable del progreso. Sin ellas no hubiera progresado la humanidad y se mantuviera en plena edad de piedra, sin que el tiempo ni el espacio hubieran forzado su estado de crisálida.

Necesariamente, los vecinos de Quito, ante las variadas necesidades que surgieron del impulso que recibe la población, se vieron en el imperativo caso de promover el intercambio de productos y de fomentar el

comercio. Frutos de los diferentes climas tropicales son enviados a la Metrópoli y vienen de allá otros que en estas tierras vírgenes desarrollan con notable vigor. Lo propio acontece con la fauna, cuyos ejemplares traídos del exterior y aclimatados en estos sitios de climas no muy rígidos ni sofocantes contribuyen de manera muy activa para el desarrollo de diferentes ramos manuales e industriales. De allí la incrementación de los tejidos, de la tenería, de la guarnicionería, de la agricultura, etc.; oficios en los que demostraron los indígenas instruídos por los peninsulares singulares aptitudes, hasta lograr que sus trabajos fuesen calificados de artísticos.

La flora ecuatorial tan rica y tan prodigiosa contribuyó para que la terapéutica europea contara con portentosos remedios para combatir enfermedades que hacían su agosto en aquellos centros. Hasta hoy se desconocen las propiedades medicinales de muchas plantas que sólo los hijos de las selvas las conocen y que no las descubren por ningún precio.

Los Museos zoológicos y botánicos europeos hánse, igualmente, enriquecido con ejemplares raros y de variadas clases.

Antes de que los conquistadores se adueñaran de los dominios de Atahualpa, los grandes rebaños de llamas que para los aborígenes constituían un ramo de imponderable valor, por cuanto se aprovechaban de la lana para manufacturar sus mantones y vestidos, fueron casi totalmente destruídos. Los españoles las mataban en gran número para comerse tan sólo el corazón. Con el aniquilamiento de aquella especie tan útil y tan bella, la industria textil indígena declinó notablemente. Más tarde cobró mayor incremento con la introducción de carneros europea.

El ganado bovino traído por los peninsulares juntamente con las semillas de cereales desconocidos en este Continente, contribuyeron a comunicar vigoroso impulso al primitivo laborío agrícola de los campos indígenas. También de aquí fueron llevados a Europa el maíz, las patatas, la yuca y otras plantas umbelíferas. El cacao, calificado muy mercedamente de pepa de oro, y el café son frutos que por sus excelentes propiedades alimenticias y de riquísimo gusto sostienen un comercio muy activo en el exterior y constituyen una fuente de riqueza nacional.

En el aspecto agrícola debe mucho el Reino de Quito al P. Fr. Jodoco Rycqz, quien con un fervor extraordinario, como si hubiese nacido en este suelo, fué un elemento de valiosa actividad para amaestrar prácticamente a los indígenas en los nuevos procedimientos de labrar la tierra. Mediante los cultivos de las plantas farináceas europeas introducidas por este benemérito Religioso y el verdear de las gramíneas y legumbres nativas, el paisaje se volvió más pintoresco y cobró mayor animación y vitalidad. Las sementeras miradas de lejos semejaban inmensos lagos de oro o de esmeraldas.

Mestizaje

Los fundadores de la ciudad de San Francisco de Quito, según expresamos anteriormente, procuraron, para sosegar un tanto sus aflicciones, calcar las tonalidades y coloraciones del panorama peninsular. De allí que en los patios, jardines y huertos se percibieran esas melodías que

flotaban en el ambiente de las ciudades abandonadas en fuerza de su espíritu aventurero. Pero la nueva techumbre, a la que tanto amaran por estar impregnada de sudores y fatigas y quizá de lágrimas, no humeaba y en su interior se experimentaba un frío intenso proveniente de la falta de calor; de lumbre que, a modo de las sacerdotisas de Vesta, aviva, sustenta y enardece la sultana del hogar.

Con tal motivo viéronse los castellanos en la necesidad de recrear la crudeza del ambiente de sus moradas construídas con auxilio de los indígenas, sometidos al dominio absoluto de su voluntad. Para alejar esa soledad matadora del espíritu y comunicar ardor y vida; y de otro lado para aplacar ese instinto genésico que propende a la reproducción y supervivencia universales, decidieron los españoles tomar por compañeras a las princesas y cortesanas de la raza cautiva. Ya el nuevo hogar, en fuerza de mestizaje, en virtud de las estrechas vinculaciones conyugales, fué nidada de embelesos y sacras afecciones. Elevada la mujer indiana a la categoría de sultana de la mansión doméstica, el peninsular, no obstante ser de una raza superior y de mayor cultura, concluye por amarla apasionadamente; porque ella para él es la poesía misma desde que encarna los ideales más bellos que el hombre puede apetecer en la vida.

Pero la mujer indígena, no por estar elevada a un alto sitio doméstico se ensoberbeció. Por lo mismo que comprendía el generoso renunciamiento de la superioridad racial del ibérico al mezclar su sangre con la de ella y ser el objetivo de sus afectos y emotividades, entrególe su alma y desde ese instante, con ejemplar resignación, ayudóle a sobrellevar los pesares y angustias que trituran las entrañas en el terrible bregar por la existencia. Ya ella afanosa limpia la casa; escarda en el huerto las malezas; siembra hierbas olorosas para sazonar con ellas sus guisados y pueda su marido extranjero acostumbrarse a la comida criolla; váse a la selva a leñar con su marido y a su regreso trae sobre las espaldas el combustible para calentar su morada y preparar sus viandas.

La mujer indiana no se entrega al descanso en ningún momento. Muy de madrugada, al tercer canto del gallo, que es para ella su reloj despertador, se encuentra avivando la lumbre, disponiendo sus vasijas y, a poco, con decadencia de ritmos se la oye moliendo el maíz para sus guisos y tortas. Como alivio reparador de las fuerzas toma el huso y la rueca para hilar y va tejiendo la tela para sus vestidos entre melancólicos acentos que se elevan al cielo entremezclados con la humareda que se escapa por las hendeduras de su techumbre.

Lo que sí conservó en medio de su habitual mansedumbre, fué la altivez tan propia de su raza, especialmente de las princesas y cortesanas quiteñas; altivez con la que las jóvenes aborígenes pudieron rendir el temperamento indómito y aguerrido del emperador de los hijos del sol. Pero la altivez de la indiana quiteña, por el claro instinto que tuvo de su transpariencia psíquica, fué floración de sus honestos hábitos; de sus gracias y virtualidades espirituales. Prefería ella mil veces el sacrificio más horrendo, la muerte misma antes que pasar por la degradación de que sus formas fuesen ajadas por la lascivia de los sátiros. Proverbial es la manera de conservar inalterables los aromas de sus senos. Con las coloraciones sinfónicas más excelsas narra la tradición de la

huída de las Cien Vírgenes del Sol a la entrada de los conquistadores a la metrópoli del abatido imperio. Burlando la vigilancia del ejército victorioso salieron precipitadamente por la puerta oculta del templo y por entre un laberinto de malezas fueron trepando una escarpada eminencia hasta coronarla y quedarse ahí perpetuamente en el servicio de su culto, en cuya cúspide existía un adoratorio desde muy antiguo. En ese lugar destinado a la oración y el recogimiento, que fué descubierto no ha muchos años, encontraron las sepulturas de aquellas sacerdotisas que abandonaron el templo de la ciudad por el fundado temor de que el temerario invasor profanara sus votos.

De esa condición ética fué la indiana quiteña y en la turquesa de su espíritu esmeróse en moldear el alma de sus vástagos. Atahualpa es el ejemplar más auténtico de la inteligente educación que recibió de su madre y de sus sabios directores. Y los vigorosos brotes de su unión con el peninsular demostraron singulares capacidades en los diferentes ramos a que se dedicaron hasta rivalizar con sus maestros. El Presbítero Lobato, hijo de un español que se casó con la viuda de Atahualpa, fué párroco de San Blas, buen teólogo, hábil músico y estuvo adornado de tantas prendas morales y espirituales que lo candidatizaron hasta para Canónigo de la Catedral Metropolitana; pero no pudo obtener tal dignidad por ser su madre indígena. Pero en aquellos tiempos no sospecharon los prodigios que obra el cruzamiento en la perfectibilidad psíquica y orgánica de la sucesión. Prácticamente se confirmó, en la fundación de la ciudad de Quito, que de la estrecha unión de esos contrapuestos elementos étnicos brotaron retoños robustos que participaron de las virtualidades biológicas de las dos razas.

Desgraciadamente, el mestizaje se operó entre el español y la indiana; mas no entre el indio y la mujer peninsular. Por eso el indio continuó en la colonia como un elemento despreciable y de ínfima condición y destinado a desempeñar los oficios más rústicos y pesados. El trato que recibió de los españoles fué demasiado temerario, no obstante la prohibición de maltratarlo y de las humanas y sesudas disposiciones del Consejo de Indias que lo amparaban. Muy a menudo tenía que soportar en silencio y con rebeldías interiores que no las podía exteriorizar que su esposa e hijas fuesen el objetivo de la lubricidad y receptáculo vil de las frenéticas pasiones de los blancos; de los patronos. Tal abuso, que destruía reiteradamente la fidelidad conyugal y alteraba sus castos hábitos, contribuyó de manera funesta a su degradación y a excitar su rencor hacia el usurpador de su honra.

El indio, palpando su sacra mansión profanada de ordinario; víctima de un trato despótico y asaz depresivo; explotado, con honrosas excepciones, por los mismos curas y encomenderos; con un salario irrisorio que no guardaba la menor relación con sus grandes fatigas agrícolas; salario que le inducía necesariamente a la rapiña para medio sosegar la angustia de sus hambres; todos estos factores cooperaron aciagamente, en su abatimiento, en su degradación moral y quizá en su embriaguez.

Defectos de la raza indígena

Es indudable que por muy humanas y sesudas que fueron las disposiciones del Consejo de Indias por defender al indio del maltrato del elemento hispano y recomendar su educación; aquellas disposiciones no fueron casi nunca obedecidas. De propósito se procuraba abatirlo y se lo tenía como ser despreciable y de inferior condición. En confirmación de lo expuesto pueden leerse las cartas dirigidas al rey Don Felipe II y al Oidor Pedro de Hinojosa por el Franciscano Fray Antonio de Zúñiga, con fecha 15 de julio de 1579, que se encuentran insertas en la obra de Varones Ilustres del P. Compte. Largamente expone este Religioso la mísera condición de la clase indígena y los remedios que serían necesarios para levantarla y regenerarla. (1)

Mucho se ha escrito por ver la manera de arrancar al indio de su absoluta inconsciencia, de ese estado de degradación ética en que se encuentra para, por medio de una educación apropiada, dignificarlo e incorporarlo social y políticamente a la unidad nacional. De ese arsenal literario son pocas las piezas que se han escrito de acuerdo con nuestras realidades sociales. Es preciso penetrar en esa obscura psicología del indio para buscar los estímulos que puedan aquietar eficazmente los elementos primitivos que se ocultan en los glaciares de su abrupta naturaleza. Con enseñarle a leer y escribir no se atemperan aquellos instintos que han hecho de su naturaleza un pedernal sumamente difícil de fascetarlo. En vano se pretende despertar estímulos en esa volición en perpetuo eclipse que propendan a avivarla y obtener una vitalidad consciente. El abatimiento y la indolencia, tan propios de la raza, fueron incrustados en su entraña por el mismo invasor incásico con esa ley rígida y despiadada de arrancar de sus propias heredades, de su propio ambiente, harto queridos, poblados enteros para trasladarlos a perpetuidad a lugares lejanos, en donde el medio les era sumamente extraño e indiferente, sin que lograran encontrar en él algo que emocionara su espíritu. Y, cuando la indolencia y el abatimiento vienen a constituir las características temperamentales de un individuo o de una raza, con dificultad se logran obtener en aquellas constituciones, favorables reacciones. El brusco destierro de sus sitios en los que habían nacido, desarrollado y vivido en contacto íntimo con cuanto le rodeaba, era muy natural que engendrara en su entraña un rencor muy crudo; rencor que posteriormente vino a recrecer y hechar hondas raíces con la conquista y el trato despótico y grosero del elemento ibérico. La indolencia y el rencor hánle arrastrado no pocas veces a consumir crímenes horripilantes que han producido una verdadera inquietud social.

La superstición y la embriaguez son otros elementos que han ocasionado en sus interioridades verdaderas ventiscas. Las catequizaciones religiosas no han podido destruir su credulidad en los prodigios que obran

(1) Fr. Francisco María Compte.—Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador.—Págs. 40 a 62.

en la suerte próspera o adversa de los hombres las ablusiones de los adivinos, los amuletos o las virtudes de ciertas hierbas. Sus mismas manifestaciones religiosas están impregnadas de idolatría. La embriaguez constituye para la raza el mayor de los placeres. Hasta en el nacimiento o la muerte de sus hijos o parientes íntimos los celebra con boracheras. Y, lo propio lo efectúa en las fiestas religiosas, en la que encuentra fundados motivos para entregarse a la bebida días de días. La embriaguez es innata en la raza. No se puede atribuir a que sea consecuencia del estado de abatimiento en que le colocó la esclavitud de siglos. En la época del predominio incásico sus fiestas las celebraban con bebidas espirituosas a fermentadas. Y, en estas festividades públicas o privadas se les presenta a la raza una ocasión muy propicia para hacer realzar en toda su deformidad su espíritu borrascoso; pues, siempre terminan éstas con insultos y contiendas y ocasionándose graves heridas. Y, lo que sorprende sobremanera es que, aún estando velando el cadáver de una persona de respeto o de un pariente muy íntimo, termina siempre el fúnebre cortejo en la misma forma antes anotada.

En la humillación y amortiguamiento volitivo de la raza influyó en gran manera el predominio incásico con la voluntariedad autocrática del emperador y el establecimiento de castas. La clase trabajadora o labriega estaba destinada al lobarío de los campos, que eran propiedad exclusiva del Inca, para el sostenimiento de la corte, del culto, del ejército y del pueblo. El producto íntegro de la cosecha era entregado al emperador para que lo repartiera proporcionalmente, según el número de familia. Este régimen comunista de los incas, que ha dado motivo para que muchos lo celebren como un brote sabio de política económica social, es, en nuestro concepto, matador de las mejores energías e iniciativas del individuo. Tal régimen responde a organizaciones sociales primitivas, en las que, las necesidades del bregar por la existencia eran puramente las orgánicas, y se desconocían en absoluto las demasiado complejas que el vivir de la civilización moderna ofrece, a cada paso, al individuo para que desarrolle mayores actividades y pueda contrarrestarlas. Las sociedades homogéneas, por su misma simplicidad, no cuentan con mayores necesidades; y mientras más civilizada es una sociedad se manifiesta más heterogénea y de necesidades más complejas. Luego el tal régimen comunista, tan celebrado está completamente al margen de las realidades sociales de la civilización moderna. Por otra parte, bregar por el establecimiento de un régimen comunista, ponderando sus excelencias igualitarias en lo social y económico, sencillamente es desconocer los afectos y egoísmos que palpitaban en el fondo de la naturaleza humana. El individuo lucha y se ingenia en desarrollar inteligentes energías por el afán de atender al bienestar y educación de su familia y las esperanzas de contar con una pequeña reserva para su invalidez de mañana. Quitad por un momento esos objetivos que le estimulan al individuo en la lucha por la existencia y haced que sus actividades las emplee, únicamente, en beneficio de la colectividad, habrá desaparecido para él la razón de ser de la lucha y por consiguiente la poesía de la vida. Previa estas consideraciones puede asegurarse que el rudo trabajo agrícola a que estuvo sujeta la clase labriega aborigen en el poderío incaico contribuyó en gran parte a su decadencia. Y esta aseveración podía confirmarse con la relación de Cieza de León que da

cuenta de la decadencia en que encontró a las razas indígenas a su paso por estas comarcas por los años de 1547 y 1548. [1]

Cualidades de la raza indígena

Cuando en los trabajos agrestes llega la hora, en la que deben tomar el almuerzo los labradores, un alma culta y observadora goza en sumo grado al palpar objetivamente el bellísimo cuadro de encantadora familiaridad, de dulce compañerismo que ofrecen al comer todos sin el menor recelo su guisado y tortas en el mismo plato que van pasándose unos a otros. A primera vista ese cuadro de psicología pastoril, de melodías elegíacas que parece arrancado de las Geórgicas de Virgilio y digno de ser imitado por las otras clases; ese cuadro de exteriorizaciones de afectos fraternos de honda raigambre cambia bruscamente sus líricas tonalidades virgilianas, en la primera oportunidad. Sus reuniones, que no tienen otro objetivo que la embriaguez, sean éstas del género que fueren sin que se excluyan las de carácter luctuoso, demuestran su alma rencorosa y enconada envuelta en las sombras trágicas; pues, siempre termina aquellas reuniones con encarnizadas contiendas.

Aunque uno de los matices temperamentales es la lentitud, sin embargo en las faenas agrícolas es paciente, laborioso y muy observador del cielo, en cuyas constelaciones se fija de ordinario para dirigirse en los sembríos y preservarlos de las heladas que hacen su agosto en los campos serraniegos requemando hasta las raíces. Los labriegos indígenas salvan sus sementeras en tales accidentes por medio de grandes fogatas. Sin este elemento indígena la agricultura de la sierra habría padecido enormes quebrantos, como padecen en la actualidad algunas haciendas en donde lo han sublevado algunos abogados y leguleyos, no por un sentimiento de piedad hacia su disfrazada esclavitud, sino con la malévola intención de explotar a patronos y labriegos.

La dignificación de la raza debería conseguirse por medio de infiltraciones éticas que tiendan a fortalecer la disciplina y los compromisos contraídos en las obligaciones contractuales. No se la conseguirá en ningún tiempo ni con el libertinaje ni con el terror; porque uno y otro conducen a los mismos efectos. ¡Ay de aquellos que pretenden obtener la regeneración de la raza y su incorporación a la unidad social y política por medio de la insubordinación y del desconocimiento absoluto de sus compromisos. Serán los primeros en sufrir las acometidas de la fiera bravía! ¿Por qué el querer que el indígena tenga sólo derechos sin reconocer deberes u obligaciones? Exigir que el patrono sea el único que deba reconocer forzosas obligaciones sin que le sea lícito reclamar derechos; es la mayor de las injusticias; como, igualmente, es la mayor de las injusticias sociales el exigir del labriego, so pretexto del terreno que le ha señalado el propietario para sus siembras, un rendimiento en su trabajo mayor que el miserable jornal que se le paga.

(1). José María Le Gouhir.— Estudios de Prehistoria Ecuatoriana.— Boletín de la Academia Nacional de Historia.— Pgnas. 42 y siguientes.— Vol. XVIII.— Núm. 54.— julio-diciembre de 1939.

Algunos patronos han abusado en tal sentido; otros muy al contrario se portan con mucha gantileza y más bien son víctimas de sus hurtos, incumplimiento y mentiras. El emprender en una cruzada de sanear la psicología de la raza, a fin de que desaparezcan esos monstruosos atavismos que sirven de capullo a su ninfa, pensamos que sería la manera más científica y humana de regenerarla, de dignificarla.

En las fiestas religiosas encuentra la raza el mayor de los alicientes para la embriaguez. Sorprende el enorme séquito que acompaña al prioste que conduce la imagen o el estandarte al templo, para la celebración de la fiesta. En el trayecto que recorre la procesión aparece un cuadro de típicas tonalidades contrapuestas, en las que se notan la extraña mezcla de las creencias religiosas de sus antepasados y las que han conseguido infiltrar en su espíritu los catequistas sin lograr destruir la supervivencia de aquellas que se relacionan con sus falsos ídolos. Basta fijarse en los ángeles, sahumeriantes, disfrazados y danzantes que van saltando delante o detrás de la procesión; espectáculo en el cual se palpan las huellas idólatras de sus antepasados.

Mucho se obtendría en la atemperación del vicio, si la Iglesia eliminara la costumbre de que el indio celebre esas festividades religiosas que le dan pretexto para la bebida. No se interprete esta sugerencia en el sentido de que convendría eliminar de la conciencia indígena los sentimientos religiosos que refrenan sus primitivos instintos. Somos supremamente espirituales y gustamos de que el pueblo, las muchedumbres sustenten con sinceridad y sin fanatismos la religión. Por lo mismo, deber es de sus pastores mantenerla en un nivel muy alto, evitando ocasiones que se presten a censuras que desvirtúan sus eminentes finalidades de orden moral. Perfectamente se le puede catequizar a la raza sin necesidad de apelar a las fiestas que le ofrecen un pretexto muy propicio para la embriaguez.

El alma de la raza oculta mucho. Con singular talento de observación psicológica ha pintado el artista Víctor Mideros dos tipos de indígenas de tamaño natural y que por la indumentaria que llevan son de distintas regiones. En la expresión y el mirar indeciso y sombrío de uno y ótro ha conseguido captar esa alma de esfinge que vive dentro de esa contextura sin descubrir sus secretas interioridades, sus ocultos designios. ¿Cómo podremos adentrarnos a esas entrañas australes en las que pocas veces alumbran crepúsculos boreales? ¿De qué medios pedagógicos deberemos servirnos para acercarnos a ella y esculturar su alma de selvaticidad primitiva? Muchas consideraciones se han dejado sentir en tal sentido. El problema es un tanto complicado y no es para tratarlo en este ligero esbozo de la ciudad de Quito, en el que nos hemos visto en la necesidad de ocuparnos someramente de la raza por ser uno de los elementos étnicos del conglomerado social.

Las características más salientes de su alma de esfinge es el secreto, la reserva. No se da el caso de que la raza lo hubiera violado. Para ella es de lo más sagrado como que fuera uno de los ídolos de su culto. Si el Presbítero Espejo hubiese confiado el secreto de la gigantescas revolución emancipadora que iba a efectuar su hermano, el protoprócer, a una confidente indiana y no a una cuarterona falsamente patriota, el Continente Hispano-Americano se habría independizado de súbito, el mismo día y a

la misma hora, sin pasar por tantos sacrificios, amargores y derramamiento de sangre fraterna.

El secreto de la raza es autóctono y un matiz de su psicología. Y se afirmó más en su espíritu, con los caracteres de inviolabilidad, desde que los antiguos Cañaris, mitimaes, del Cuzco y de Bolivia, fueron terriblemente castigados, casi exterminados, por el Príncipe quiteño Atahualpa, en razón de su deslealtad, de su engaño y de haber violado su juramento de fidelidad a la patria. La perfidia y la traición a sus lares, y a su propio suelo los conceptuaba el Monarca quiteño como los crímenes que no merecían perdón. Por eso los Cañaris pagaron demasiado caro su infidelidad.

El Cabildo

Refiere la historia que en cuanto el intrépido Adelantado Benalcázar tomó posesión de la Metrópoli del Reino de las antepasados maternos de Atahualpa, reunió el Cabildo para que tomase sobre sí los múltiples oficios que debía desempeñar desde aquellos instantes en pro del adelanto de la nueva ciudad y del bienestar de sus pobladores. (1)

Esta entidad que Benalcázar la creara con extraordinario sentido de su significación social y política, acordándose, sin duda, de la elevada finalidad autónoma dentro de la comunidad, dentro de las relaciones domésticas, que desempeñan desde muy antiguo las comunas en la Península con absoluta independencia del gobierno monárquico; esta Entidad desde sus lejanos comienzos ha venido correspondiendo con extraordinario fervor y entereza a la confianza que depositaran en ella los electores, el pueblo.

Señalada honra es para el Cabildo de Quito el alto puesto que ocupa en la historia por su ardimiento y celo en laborar; por el adelanto y embellecimiento de la población; por la instrucción de las masas; por la higiene y salubridad pública; y por defender con heroísmo legendario los intereses, derechos y prerrogativas del pueblo hasta hacer frente a la misma Audiencia, al mismo Gobierno. Véase su actitud levantada a fines del Siglo XVI en la famosa revolución de las Alcabalas y posteriormente en los diversos movimientos de los patriotas quiteños para alcanzar su independencia.

Ese sentimiento de libertad que ha sido la característica del pueblo de Quito y por el cual ha luchado con tanto brío desde los lejanos tiempos de la invasión de los Incas; ese sentimiento lo ha sustentado en su espíritu el Cabildo Quiteño con un fervor místico hasta conseguir que la comunidad lo conceptuara como el símbolo de sus bellos ensueños libertarios. Y, a la verdad que se ha desvivido en medio de sus estrecheces económicas, por dotar a la ciudad de los adelantos modernos y mantener el prestigio de la Metrópoli, conquistado con sus virtudes y grandes acciones heroicas. Si por cualquier accidente o ciertos delirios de política

(1) Fr. Francisco María Compte.—Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador.—Págs. 4 y siguientes.—Tomo 1º

interna se intentara despojarle de sus blasones y preeminencias recobrados por el Príncipe quiteño Atahualpa; el Cabildo Quiteño ocuparía la vanguardia en aquella expedición militar.

Junto con la fundación de la Villa de San Francisco de Quito efectuada el 28 de agosto del año de 1534 se funda el Cabildo; y es tanta la actividad que desarrolla en asocio de los colonos peninsulares, que a los siete años, esto es el 14 de marzo del año de 1541, obtiene que la Villa sea elevada a la categoría de Ciudad, según Real Cédula expedida por Don Carlos y Doña Juana, Reyes de Castilla. El Cabildo es la Entidad decana de las Instituciones que se fundan en la Capital; pues la misma Audiencia aparece en el año de 1565, a los 31 años, en que la funda el Licenciado Fernando de Santillán por orden de los Soberanos de Castilla.

El Cabildo en posesión del plano de la Villa comienza el trazo de las calles y a señalar los solares para la edificación de las casas, de los templos y monasterios. Por allí aparece Fr. Jodoco Rycqz solicitando del Cabildo un sitio adecuado para edificar un templo y convento de su orden. El Cabildo accede gustoso a la petición de aquel Fraile celeberrimo que fué el conductor más auténtico en compañía del P. Gosseal, gran artista, del nuevo movimiento artístico renacentista que, a raíz de la caída de Byzancio, naciera de un grupo de espíritus selectos, sabios, humanistas y artistas en quienes la revelación de las obras clásicas difundidas en Italia por los monjes byzantinos hizo proclamar el primer grito del *torniamo all'antico*.

Habíase fijado Fray Jodoco, con singular sentido estético, en el lugar en el cual debía lucir con mayor esbeltez que otro alguno la Iglesia y el convento que se proponía construir de acuerdo con el plan que alimentaba en su fantasía. El Cabildo experimentó íntima satisfacción de que el sitio, en el cual había sido residencia predilecta de Huayna - Cápac y de su corte y de sus grandes capitanes, se levantase aquel templo como para mantener siempre fresco el recuerdo de que en otro tiempo fué asiento, igualmente allí, de la célebre monarquía de los Schyris o Quitus narrada con tanta novedad e interés por el ilustre historiador Juan de Velasco, a quien tanto debe la Patria, en razón de haber dado a conocer su prehistoria.

Ateniéndonos a la misma narración histórica del P. Compte afirmamos que Benalcázar, obedeciendo a las instrucciones del Marqués Francisco Pizarro, contribuyó con los demás conquistadores con cuantiosas erogaciones a la construcción del templo de San Francisco y el convento. Y, por el año de 1534, vemos que Fr. Jodoco y sus compañeros y con el auxilio de los trabajadores indígenas que les proporcionara el Cabildo, comenzaron con sumo entusiasmo la edificación de las mencionadas obras en cuya terminación, según se refiere el historiador González Suárez, tardaron más de un siglo; [2] afirmación que se fortalece con la inscripción que aparece en el arco de la portería del convento. El Cabildo, con una condescendencia que le honra mucho, accede a dos pedidos más de terrenos que le hace el P. Jodoco destinados al ensanchamiento del con-

(2) Fr. Francisco María Compte.—Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador.—Tomo I, págs. de 4 al 8.

vento y a vivienda y laboreo agrícola de los indígenas que sirven y servirán a la Casa. [3]

No se puede tener la menor idea del trabajo gigantesco de arquería subterránea que hubo de trabajarse para nivelación de las desigualdades topográficas y comunicar fortaleza y seguridad a ese monumento de arte que pregona la fama de la arquitectura de la Colonia y constituye una joya de la que se enorgullese Quito por su inapreciable valor artístico. Fijándose en el conjunto de este templo y en la hermosura del atrio que le da mayor suntuosidad y le matiza de ensueños y fascinaciones místicas supraterrrestres, se puede valorizar el grado de espiritualidad y misticismo de este pueblo, así como su fantasía que responde al influjo del gusto mudéjar. Cuando en las noches de luna se pasea por ese extenso atrio, insensiblemente el alma prosaica se espiritualiza y experimenta en sus adentros un ardimiento de religiosidad que le mantiene en un estado de supraconciencia. Con sobrada razón aquella joven española de Avila le decía al Profesor Casadío una tarde: "mirando de este atrio tan encantador hacia el oriente, el paisaje habla un lenguaje de divinas musicalidades y la luna teje por sí misma encajes realzados de estrellas y de vaporosas alegorías theosóficas que tienen el poder maravilloso de despertar sensaciones de un orden superior que le ponen en relación íntima con el alma del Universo y le inducen a poetizar. Ante este paisaje de espiritualizaciones misteriosas y sinfonías de claros de luna, aún la mente del hombre que se encuentra abrumada por los glaciares de un desconcertante pesimismo, puede salir airosa de aquella lobreguez que le aproxima a la tragedia y sentirse alumbrada por un despertar de risueñas esperanzas. De pertenecer yo al sexo fuerte, obedeciendo a los estímulos mudéjar que palpitan en mi espíritu y obran con suma eficacia en mi fantasía, habríame reducido sin vacilación a este convento para gozar de ese ambiente arábigo que se lo siente en la solemnidad de sus claustros en sus extensos patios con jardines y plantas ornamentales y en sus fuentes de agua, que no cesan de convidar a la meditación y al retiro con sus cadenciosos murmullos".

Estas poéticas frases descubren la impresión que causa en los espíritus cultos la grandiosidad arquitectónica de este monumento; el cual, con sus escalinatas alternadas y semiovaes del centro y las alargadas rítmicas de las que dan al frente de la Basílica de la Merced, es ejemplar único en el Continente. Hasta la leyenda ha intervenido en atribuir la famosa obra de este atrio al Diablo, el cual fué sorprendido en sus portentosas actividades por la aurora que interrumpió su faena para que fracasara el poder de sus prodigios.

El alma española y la cultura

El espíritu aventurero del alma española que obedece a las matizaciones étnicas que esmaltan su entraña, contribuyó de manera prodigiosa en el abandono del solar de sus ensoñaciones para lanzarse a los mares y

(3). Fr. Francisco María Compte.—Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador.—Tomo 1º pág. 7.

venir a estas tierras tan lejanas de la Península atraída por la monstruosa grandiosidad de su paisaje, su lujuriente vegetación, la fertilidad de su suelo y sus tesoros de oro, plata y piedras preciosas, tan ponderados por los mismos castellanos que, a su regreso a la Patria, habían propagado tal especie.

Aún temperamentos flemáticos, que no participan de los fascinadores espejismos de la fantasía ibérica, se habrían cautivado con factores de tal naturaleza, con mayor razón almas vaciadas en la turquesa imaginativa mudéjar, cuya personificación más excelsa es la del andante caballero, Don Quijote de la Mancha, bellamente figurado por el inmortal Manco de Lepanto y que pinta muy a lo vivo la índole imaginativa, audaz y aventurera del alma española.

En cuanto algún bajel se hacía a la mar con destino a las Indias Occidentales, gentes de toda condición se embarcaban alucinadas para ver la manera de cambiar de suerte. Los multicolores matices del Continente nuevo aceleraron la emigración española; circunstancia que contribuyó en gran parte a la despoblación de España. Familias castellanas, muchas de ellas de grandes virtualidades, de ilustre prosapia y emparentadas con la nobleza de la corte, se trasladaron, a pesar de la distancia y de frágiles caminos a las capitales coloniales. Las que tuvieron la suerte de ser destinadas para asientos de Virreinos dieron acogida a personas de elevada jerarquía. Quito, no obstante encontrarse muy lejos del mar, por ciertas ráfagas casuales favorables a su desenvolvimiento moral y material, vióse favorecida por el arribo de elementos valiosísimos; de elementos que, en los diferentes ramos profesionales y artísticos, contribuyeron con sus capacidades y eficientes conocimientos a la formación de la cultura y al adelanto y urbanización de los sitios elegidos para el desarrollo material de la población.

Las depresiones del terreno en que estaba situada la ciudad y las profundas quebradas que la atravesaban exigieron para su aplanación y cerramiento atrevidos trabajos subterráneos de abovedación, en los que forzosamente tenían que intervenir arquitectos de suma competencia. Y dadas la solidez y maestría con que se han ejecutado estas obras, muchas de las cuales soportan algunas manzanas y monumentos que se atraen la atención, se confirma que vinieron arquitectos de reconocida celebridad en el viejo mundo. Efectivamente, de ellos aprendieron nuestros indios albañiles tan hábiles en su ramo y nuestros arquitectos como el hermano Rodríguez, franciscano, que ejecutó obras de extraordinaria audacia. Sólo así se concibe el que ostentara Quito edificios coloniales que difícilmente pueden ser superados en el continente y el que se manifestara con una fisonomía tan típica y tan característica como aquellas viejas ciudades castellanas impregnadas de leyendas.

Ciñéndonos a la verdad histórica y a la justicia, a la que no debería faltar persona alguna que se precie de culta, a la acción de los Religiosos de algunas comunidades, debe Quito su cultura y su prestigio arquitectónico y artístico. El P. Jodoco y sus compañeros no sólo les enseñaron a los indios a leer y escribir, sino que les adiestraron en la música y el canto

y en el manejo de algunos instrumentos inclusive el órgano. (4) Habían transcurrido apenas veinte años de fundado el Convento y se apresura a crear el Colegio de San Andrés con aprobación del Marqués de Cañete, Virrey del Perú; establecimiento que fué único en su género en el Continente, por haber recibido los naturales y los hijos de los españoles del competentísimo P. Fray Francisco de Morales una educación muy esmerada y eficiente, de donde salieron excelentes albañiles, carpinteros, sastres, herreros, zapateros, pintores, cantores y demás oficios necesarios en una República. (5)

Los Padres Jesuitas fueron otro elemento de imponderable valor en el desenvolvimiento cultural y artístico de la Colonia. Con motivo de la construcción de su templo merecidamente calificado como un monumento de extraordinaria hermosura en América y en cuya edificación tardaron más de ciento veinticinco años, tuvieron dichos Religiosos oficinas de arquitectura, dibujo, pintura y una fábrica para trabajar ladrillos apropiados para la construcción de la Iglesia y de la serie de abovedados subterráneos para sostener gran parte del convento que descansa sobre una quebrada. Bajo el Rectorado del P. Nicolás Durán Mastrelli, jesuita napolitano, los trabajos que se ejecutaban, ajustándose estrictamente a los planos que no sufrieron modificación alguna, recibieron extraordinario impulso. Estuvo al frente de la construcción el magnífico arquitecto jesuita Hermano Coadjutor Miguel Gil del Madrigal, y cuando la obra de la Iglesia y de la sacristía estaba casi al terminarse, se lo encuentra dirigiendo al Hermano Coadjutor Francisco de Ayerdi, otro arquitecto de gran competencia. El retablo del altar mayor de singular esplendor y aristocrática sobriedad fué trabajado por el hábil escultor e insigne maestro de carpintería Hermano Jorge Vinterer natural de Tirol. (6)

La fachada se la trabajó en su mayor parte con piedra traída de la hacienda de Tolóntag y bajo la inteligentísima dirección del famoso arquitecto P. Leonardo Deubier, natural de Bamberg. En nuestra humilde opinión la fachada es de estilo barroco con capiteles corintios y dada la maestría y exquisita delicadeza con que han sido ejecutadas las figuras y símbolos que sobresalen con tanta esbeltez en la decoración, parece que la esculpturación de la fachada fuera ejecutada en cera. De estas estatuas hay constancia que diez y nueve fueron trabajadas por el P. Leonardo Deubier S. J. Y las demás no fueron cinceladas por manos extranjeras, según relación de los mismos PP. Jesuitas, sino por humildes canterones quitenses (7).

Y este singularmente hermoso poema esculpido en piedra, cuyos símbolos estilizados en una plástica vibrante de ritmos y cuyas figuras expresan las modalidades religiosas y místicas del espíritu de una poesía de

(4) Fr. Francisco María Compte.—Varones Ilustres de la Orden Seráfica:—Págs: 13 y 25:—Tono 1º.

(5) Fr. Francisco María Compte.—Varones Ilustres de la Orden Seráfica.—Págs. 31 y 32.—Tomo 1º.

(6) La República del Sagrado Corazón de Jesús y la Dolorosa del Colegio.—Abril ce 1939.—Págs. 195 a 200, N.º. 142.

(7) Francisco Vásquez, S. J.—El Templo de Sn. Ignacio de Loyola en Quit.o—1939.—Pág. 17.

muy elevada espiritualidad, es el testimonio más elocuente de los elementos que intervinieron en la formación profesional y artística de los obreros quiteños y de las capacidades de éstos que supieron asimilar los variados conocimientos de sus maestros, según se desprende del testimonio de los mismos PP. Jesuitas, que se funda en el libro inventario existente en el Archivo de la Comunidad. Por ese mismo inventario se sabe con certeza que la fachada del templo de la Compañía la terminó el Hermano Jesuita español González, y en cuanto partió de aquí fué recomendando la obra a otro Hermano de la misma Comunidad de apellido Mariño, quiteño, hijo de una familia de Portugal establecida en esta ciudad. Por lo tanto, ciertos datos que han publicado algunos intelectuales que se han consagrado a esta clase de estudios respecto de los que dirigieron y trabajaron la fachada y que se apartan de los dados a conocer por el P. Jesuita Francisco Vásconez, carecen en absoluto de fundamento. La dignidad y entereza de los PP. Jesuitas no les permite entrar en polémica de ninguna clase con nadie. Tienen prohibición superior al respecto, según nos ha manifestado repetidas veces un Religioso de la misma Comunidad (8).

La expulsión de los PP. Jesuitas, decretada por Carlos III en 1767, por el aspecto de la cultura del país fué calamitosa y verdaderamente lamentable. Sostenían la Universidad de San Gregorio Magno y el Colegio de San Luis. El Rey mantenía en el primero de estos Establecimientos doce becas que se distribuían entre los hijos de los Oidores y Oficiales Reales. Fuera de esto su acción de cultura la ejercieron de manera práctica desde sus comienzos. En el siglo XVII se lo ve al Hermano Coadjutor Hernando de la Cruz, panameño, enseñando pintura en su estudio a cuantos se sentían con verdadera vocación artística. El P. Francisco Vásconez, por quien tenemos especial aprecio, atribuye a este Religioso el ser autor de los famosos cuadros de los Profetas que comunican tanto lustre de grandeza al templo de la Compañía. Varias veces hemos sostenido y sostendremos que son de Goríbar; mas esta fundada afirmación nuestra no viene en mengua de la muy merecida reputación pictórica del Hermano Hernando de la Cruz.

Los Jesuitas ecuatorianos que partieron a paladear los amargores del destierro, fueron eminentes como lo comprueban el alto aprecio y las consideraciones que se conquistaron con su saber en Italia. Allí escribió la célebre Historia del Reino Quito el P. Juan de Velasco que tiene el mérito indiscutible de haber dado a conocer la prehistoria patria, apoyándose en autores desconocidos y cuya existencia era puesta en duda por algunos que se dieron a la ingrata y antipatriótica tarea de ensombrecer la integridad y reputación históricas del P. Velasco. Ventajosamente el P. Le Gouhir con sus magníficos Estudios de Prehistoria Ecuatoriana ha colocado en su sitio al eximio historiador, abatiendo, sin pretenderlo, la osadía de aquellos que quisieron concluir con un positivo valor nacional.

(8) La República del Sagrado Corazón de Jesús y la Dolorosa del Colegio.—Año XIII.—Tomo XIX.—Junio de 1939.—Pág. 293.



Altar lateral de la Iglesia del Hospital. (Arte colonial)

Los Religiosos de Santo Domingo contribuyeron activamente en la intensificación de la cultura con las cátedras que dictaron en el Colegio de San Fernando, bajo el patrocinio de Santo Tomás. Contaban con Religiosos extranjeros bien preparados en las diversas asignaturas que tuvieron a su cargo. Desde el último tercio del siglo XVI tiene Religiosos como el P. Bedón que por sí solos honran a toda una Comunidad y a su ciudad natal, no sólo por sus singulares dotes intelectuales y artísticas, sino por su actitud levantada en determinados momentos del vivir histórico de un pueblo. A esta pléyade ilustre pertenece el P. Bedón. Fué enviado a Lima por sus Superiores a que perfeccionara su educación. Allí en el convento se dedicó con verdadero entusiasmo al aprendizaje del dibujo lineal y de adorno y a la pintura con el Padre Fray Adrián de Alesio, gran pintor, nacido en Lima en la segunda mitad del siglo XVI, e hijo de Mateo Pérez de Alesio, el discípulo célebre del insigne Miguel Buonarroti (9). A su regreso a esta ciudad desempeñó altos cargos honoríficos en la Comunidad, sin que fuera esto un obstáculo para seguir cultivando la pintura, en cuyo ramo se perfeccionó tanto, hasta apropiarse de ese estilo sobrio, expresivo y dulce de la escuela clásica italiana. El P. Bedón es el precursor de la célebre Escuela Quiteña de la Colonia. Entre sus discípulos aparece el P. Castillo de la misma orden, a quien se atribuye el retrato del P. Bedón ejecutado a vista de su mismo cadáver (10).

(Continuará).

(9) El Vble. P. Maestro Fr. Pedro Bedón.—Su vida y sus escritos.—R. P. José M. Vargas, O. P.—Págs. 9 y 10.—Editorial Santo Domingo.

(10) El Vble. P. Maestro Fr. Pedro Bedón.—Su Vida y sus Escritos.—R. P. José M. Vargas, O. P.—Pág 41.

Centenario de un historiador de Sucre

No ha tenido el Abel de Colombia, hasta ahora, mejor biógrafo que su compatriota el doctor don Laureano Villanueva, de cuyo nacimiento en la ciudad venezolana de San Carlos, cúmplase el primer centenario.

Al hablar de las "Fuentes para la historia del Perú" escribía recientemente el erudito Jesuíta P. Rubén Vargas Ugarte, que "sobre Sucre hay que consultar la magnífica *Vida del Gran Mariscal de Ayacucho* de Laureano Villanueva." El calificativo es justo, pues, no ha sido superada esta admirable biografía por ninguna otra. Y es que su autor puso en ella todo su gran talento, su inmensa erudición, sus dotes de escritor y de orador y, sobre todo, su amor por el Gran Mariscal. En once capítulos distribuyó las 590 páginas de su áureo libro, y en ellas estudió toda la sorprendente carrera del héroe, desde su nacimiento en Cumaná, el 3 de febrero de 1795, hasta su asesinato en las selvas de Berruecos.

La primera edición de la obra salió en Caracas el año de 1895, en la Tipografía Moderna, en cumplimiento del Decreto de 15 de julio de 1894 del Presidente don Joaquín Crespo. El artículo 1º del Decreto, dice así: "Designo al ciudadano doctor Laureano Villanueva, Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia, para que escriba la biografía del Gran Mariscal de Ayacucho". El artículo 4º agrega: "Esta biografía deberá estar concluída para los días en que se celebre el Centenario del Gran Mariscal".

Rareza bibliográfica de primer orden, somos muy pocos los afortunados poseedores de esta edición original. Es más conocida la segunda que de ella hizo la ya extinguida Librería Ollendorf de París, en los primeros años de este siglo. La segunda edición conservó el texto de la primera, pero omitió el precioso retrato de Sucre, grabado al acero, que lleva la primera con esta leyenda: "De un retrato del natural, hecho al óleo en Quito, para la señora Mariscalá Sucre, Marquesa de Solanda." También se omitió en la segunda edición la carta en colores de la Campaña de Ayacucho. Una y otra son ahora imposibles de hallar para el que quiere conocer a fondo la vida de Sucre, y la en-

tividad o persona que acometiere la reimpresión de este libro de veras magnífico, prestaría gran servicio a la cultura.

Su autor fue doctor en Medicina, habiendo profesado en Valencia las cátedras de terapéutica y anatomía. Honró el Rectorado de la Universidad Central de Venezuela y fué Ministro de lo Interior, Hacienda e Instrucción Pública.

Por dos veces Presidente del Estado de Carabobo, estuvo también en dos ocasiones Encargado de la Presidencia de la República en su Patria. Orador brillante, escritor atildado, periodista infatigable, a más de su "Vida del Gran Mariscal" nos dejó las Biografías del doctor Ezequiel Zamora y del doctor José Vargas.

Para componer la Biografía de Sucre, acudió a todas las fuentes conocidas entonces y publicó la nómina de las personas que le prestaron libros, periódicos, mapas, manuscritos y otros objetos históricos que le ayudaron en esta obra de veras recomendable. Cuando la redactó no se conocía el paradero de los restos venerables del Gran Mariscal, por eso pudo decir: "Su cuerpo ha desaparecido; pero los asesinos no han podido borrar de la conciencia humana la memoria de sus servicios a la Patria, y de sus talentos; ni los preceptos de su redentora doctrina de moral y de política". Concluye así su libro:

"Si en el seno inmenso de la eternidad, llamara Dios a juicio las almas de los Grandes, para coronar de inmortal luz divina al más virtuoso, ni Bolívar, ni Washington, ni Lincoln, ni los Antoninos querían disputar el lauro celeste al heroe martir, que reveló a los americanos, una política moral que enseña la purificación del patriotismo por la abnegación, la probidad y el ejemplar cumplimiento del deber".

En esta fecha consagrada a la memoria de Sucre, no olvidemos a su gran biógrafo, que vió la luz el 23 de marzo de 1840, en Venezuela, la gran Patria de los Libertadores. Ojalá su libro anduviera un día en manos de todos los ecuatorianos, en edición salida de las prensas de nuestra Municipalidad de Quito. Rendiríamos así a Sucre el mejor de los homenajes.

J. Roberto Páez.

Señor Don Nicolás Jiménez Mena

El Sr. Jefe de la Oficina Municipal de Quito



Señor Don Nicolás Jiménez Mena

El más ilustre de los escritores y críticos Ecuatorianos

EL CONCEJO MUNICIPAL DE QUITO

Profundamente impresionado por el fallecimiento del señor don NICOLAS JIMENEZ MENA, distinguido literato y valioso exponente del periodismo quiteño, quien prestó importantes servicios a la ciudad y contribuyó con el aporte de sus obras y escritos a la cultura nacional, laborando por ella con incansable anhelo, abnegación y patriotismo sin otro estímulo que el bienestar colectivo; y

Considerando, además, que es deber de los Poderes Públicos, especialmente de los Ayuntamientos, enaltecer las virtudes ciudadanas para ejemplo y estímulo de las generaciones presentes y futuras,

ACUERDA:

Deplorar tan irreparable pérdida que priva a la ciudad de uno de sus mejores hijos y a la Patria de un ciudadano ejemplar por sus virtudes tanto públicas como privadas;

Publicar esta nota de sentida condolencia por la prensa y en la "Gaceta Municipal" y remitirla original a sus afligidos deudos.

DADO en la Sala de Sesiones del I. Concejo, en Quito, a cuatro de Mayo de mil novecientos cuarenta.

El Presidente del Concejo,
Gustavo Mortensen G.

El Secretario Municipal,
Julio Prado

EN LOS FUNERALES DEL SEÑOR DON NICOLAS JIMENEZ MENA.

La Academia Nacional de Historia, me ha confiado el doloroso encargo de despedir, en su nombre, al distinguido Miembro de Número, don Nicolás Jiménez, que rindió la jornada de la vida en la hospitalaria ciudad del Guayas, a donde se trasladó hace algunos años, en busca de alivio para sus dolencias.

Tuve la suerte de departir largamente con el ilustre fallecido, cuantas ocasiones el deber me llevó a nuestro Puerto principal. Pude así aquilatar cómo la enfermedad y el dolor, lejos de disminuir el brillo de sus facultades mentales, las habían elevado y afinado. Si las fuerzas físicas habían venido a menos, la parte moral se había depurado.

Desde su modesto alojamiento de la calle Luque, seguía con ojo avisor el movimiento intelectual del País, auscultaba el pensamiento nacional y no le era extraña ninguna manifestación del intelecto, si había en ella algún destello de verdad o de belleza. Cuando en marzo de este año disfruté de su amistad, ignorando por cierto que era la última vez, le hallé complacido por la reaparición del Boletín de la Academia de la Historia, en el que había escrito no pocas páginas de verdadero mérito.

Ampliamente conocido fuera de la Patria, afluían a él los libros y las cartas de sus admiradores y amigos. Yo sé de muchos, particularmente en Colombia, que sentirán humedecerse sus ojos, cuando sepan que no es ya del mundo de los vivos el atildado escritor ecuatoriano que, con maestría y soltura, dignas de envidia, comentaba hábilmente las producciones del espíritu.

Nicolás Jiménez, venciendo el dolor físico y el más acerbo aún que le producía vivir fuera de Quito, su ciudad natal, a la que amaba con delirio, llevaba a cabo una tarea periodística en EL UNIVERSO, que había tenido el acierto de franquearle sus columnas y en donde era estimado y respetado. Completaba así su escaso presupuesto y daba al propio tiempo expansión a

la necesidad que siente el hombre de letras de poner por escrito las observaciones que le sugieren la lectura y los diarios sucesos de la vida.

Raro ejemplo de entereza moral el de este dignísimo quiteño: enfermo, escaso de medios materiales, ausente del hogar natal, no se doblegó un instante al peso del infortunio. Le sostenía el espíritu que siempre lo tuvo levantado y le alentaba la fe en un más allá dichoso, en el que creyó desde su infancia. No en vano escribió el Dante que "el hombre, sin la certidumbre de la vida futura, sería el más infeliz de todos los seres".

Quito debe al Académico fallecido el renombre que le ha dado, como uno de sus mejores ensayistas y críticos, y le debe, ante todo, la glorificación del mayor de sus hijos; de ese hombre providencial, todo luz, todo patriotismo, todo virtud; de ese coloso contra el cual nada podrán las pasiones, ni la envidia, ni el ciego partidismo. Quito debe a Nicolás Jiménez la Biografía del Ilustrísimo Federico González Suárez, que, con ocasión del cuarto centenario de la fundación española de la ciudad, obsequió él al Concejo y que este hizo circular el 1º de diciembre de 1936, décimonono aniversario de la muerte del insigne Prelado quiteño.

Al evocar la sagrada memoria de González Suárez, y cada día se la evoca más y más, fuerza será recordar, en todo tiempo, a su insigne biógrafo; al que con amor y diligencia, con discreción y talento, tejió la corona que había de colocarse en las sienas del Padre de los estudios históricos en el Ecuador.

He aquí por qué la Academia Nacional, fundada por el insigne Arzobispo, crecida y desarrollada bajo su sombra protectora, no podía dejar inadvertida la partida del señor Jiménez, cuyos ojos, cerrándose a la luz de este mundo sensible, se abrieron ya a la indeficiente de la eternidad, en la que él confió y en la que él creyó siempre.

Torne el querido ausente a su amada Quito. Vengan sus despojos mortales a reposar bajo la tierra que le vió nacer y crecer y en donde cosechó los frutos más sazonados de su talento singular. El solar quiteño abre sus brazos al hijo que le dió lustre y fama; que le sirvió en todo campo de actividades, con tesón, con honradez ejemplar, con abnegación nada común; y ya que no pudo tenerlo vivo en los últimos años de su afanoso existir, conservará con amor y con respeto sus cenizas, hasta el día en que pueda colocarlas, junto con las de otros insignes hijos suyos, en monumento digno de sus méritos.

J. Roberto Páez.

Señores:

Desde la sombra del pesar, que enmudece la palabra y empaña las ideas, traigo el inmenso dolor del Círculo de la Prensa, el hondo sentimiento del diario "El Universo" y el mío, muy íntimo y sincero, para rendir un homenaje, ante la luz de un gran espíritu en transitorio eclipse: Nicolás Jiménez.

Nos hallamos frente al espectáculo, siempre igual y siempre nuevo, de un hombre que se va; pero en estos instantes, el viajero y protagonista del drama, es un personaje de excepción, un gigante de las letras, una montaña pensadora, que vaciara su grandeza como en una catarata de su verbo, hecho tinta, para una pluma de acero, maestra y genial en el decir admirable de la crítica, el comentario, la filosofía y los matices todos, de todas las facetas de su mentalidad extraordinaria.

Felices quienes entendieron e interpretaron el valor de esta vida ejemplar y saben, por eso, la supervivencia de su memoria, que ha de cruzar triunfante los polvorientos dominios del olvido

Si la gloria es la medida, en luz, de la obra realizada; he aquí el noble caso de un hombre que la merece, porque supo fijar en su camino recto, por cada paso de marcha un pie de sol, haciendo de su obra algo como una línea clara y magnífica, que -hoy- se prolonga en los brillantes puntos suspensivos del más allá

Rudo es el golpe de la muerte, cuando rompe el reloj de una vida, que sólo se ocupó en contar, por cada grano de arena, un provecho egoísta, una ambición bastarda, un interés mezquino; pero, es un milagro de paz y un premio de justo reposo la muerte que pone su dedo de silencio sobre los labios cansados ya de pronunciar palabras de verdad, de lucha, de belleza y patriotismo; la muerte que detiene, por fin, la mano infatigable, aún dolorida, del escritor que, viviendo del alma de su pluma, sabe, -también- que está muriendo del cuerpo de tantas miserias positivas.

Los que hoy venimos a dejar los restos en esta Necrópolis de los que fueron; en esta muerta colmena de los futuros negativos, sabemos que sólo presenciamos una ceremonia de la materia, que no alcanza a las excelcitudes vigorosas del espíritu; que en esta nueva

tumba, entrará Jiménez —individuo, pero nó, Jiménez— pensamiento, porque, la luz espiritual, aurora de la idea y meridiano de la inmortalidad, no puede ser encerrada por la Muerte, y, porque, los tres Reyes Magos de la gloria, bajo el signo estelar de este suceso, há tiempo que llegaron al Belén de los predestinados, para rendirle el oro de la justicia, el incienso del recuerdo y la mirra del elogio.

¡Imposible sería recoger, en un puñado de frases, la personalidad múltiple de Jiménez; únicamente, quiero que la tierra de mis palabras caiga, como un puñado de letras cariñosas, sobre la lápida de quien las amó tanto!

Quito, 6 de mayo de 1940.

PABLO ANIBAL VELA.